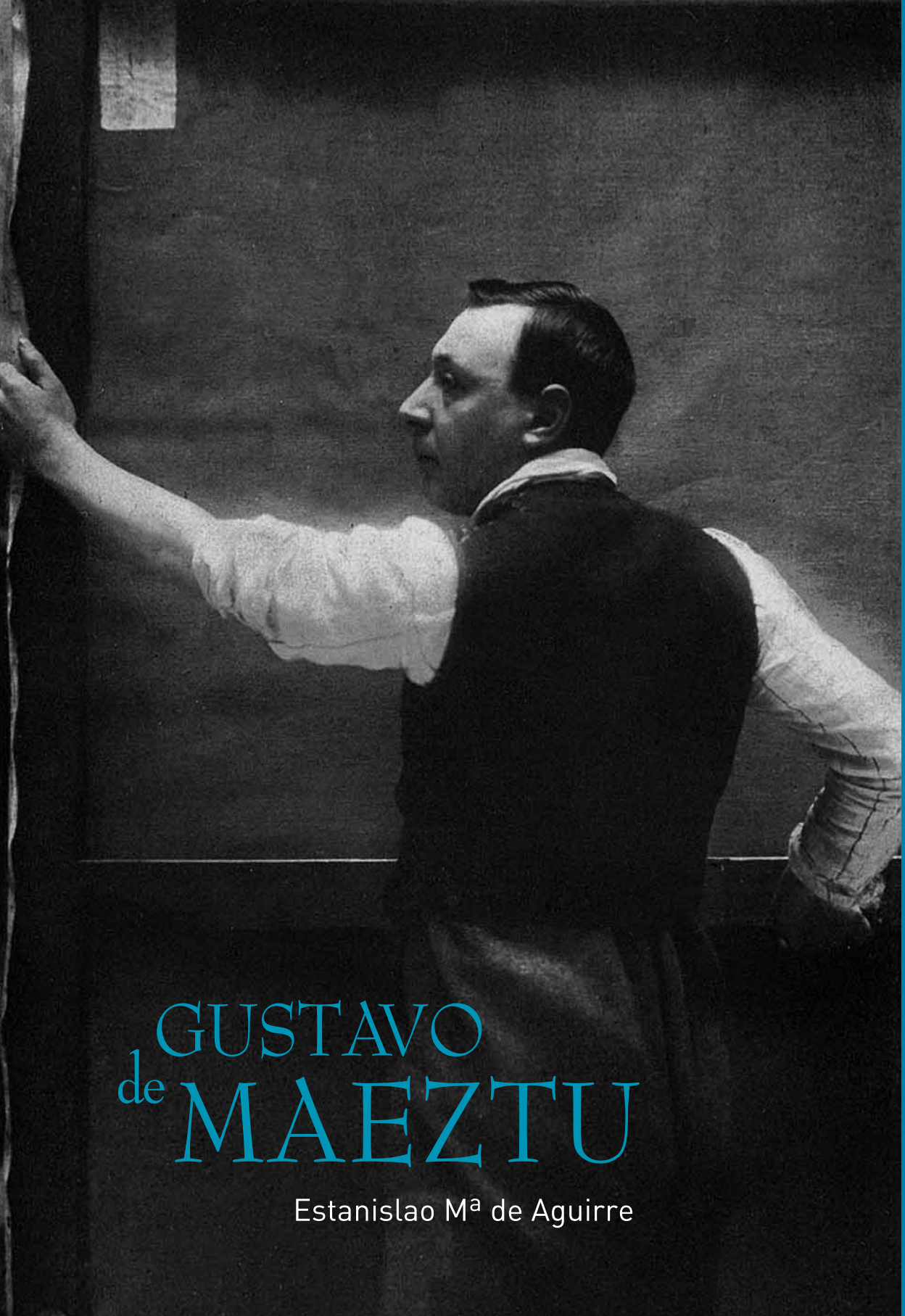


GUSTAVO de MAEZTU

Estanislao Mª de Aguirre

Edita:
MUSEO GUSTAVO DE MAEZTU
Calle de San Nicolás, 1. 31200 Estella-Lizarra (Navarra) España
Tel.: 948 546 037 Fax: 948 553 257
www.museogustavodemaztu.com

Realización y diseño:
Publicaciones Calle Mayor cm@callemayor.es

D.L.: NA-464-2011

AYUNTAMIENTO
ESTELLA-LIZARRA
UDALA

Patrocina:
calle mayor
PUBLICIDAD
COMUNICACIÓN

GUSTAVO de MAEZTU

Estanislao Mª de Aguirre

GUSTAVO DE MAEZTU

por

ESTANISLAO M.ª DE AGUIRRE

Portada interior de la primera edición.

INTRODUCCIÓN

"Aunque Gustavo de Maeztu tiene el pecho de cristal, es necesario convivir con él algún tiempo para conocerlo. Gustavo de Maeztu -mi amigo del alma- es un producto rubio, con una cabeza llena de porqués, al servicio de una vibrante sensibilidad. Despreocupado y voluble, su gran fantasía y su ágil inteligencia escapa a los detalles y resbala los matices. Como es sincero, a pesar de su pelo de zorro y su alma de arandino, su obra es su propio reflejo; de concepto grande, desdeñado el detalle, de trazo siempre fuerte como sus músculos de gabarrero y a veces lírica, a ratos decadente y humorista". Con esta glosa de Maeztu da inicio Estanislao María de Aguirre a uno de los capítulos que conforman el libro que sobre Gustavo acabó de escribir el 18 de noviembre de 1922: *"¡Es el Otoño melancólico!"* nos dice el escritor al que Gustavo le pide en la carta introductoria que construya un héroe todo ello *"noblemente amasado en risas y lágrimas"* y así viajamos por un texto donde el bohemio, dandy, escritor y poeta, pintor y acuafortista, inventor y conferenciante, artista integral como lo definió su amigo, el tudelano José María Iribarren, se nos muestra en su totalidad.

El libro formaba parte de un ambicioso proyecto dirigido por Miguel de Maeztu, su hermano. Nacido en Vitoria en 1880 dedicó parte de su vida al periodismo, llegando a dirigir entre 1911 y 1913 (año en que desaparece), la revista *"Nuevo Mundo"*, en donde Gustavo publicó por entregas su obra *"Andanzas y episodios del Señor Doro"*. Dedicado a la actividad empresarial, tuvo conexiones comerciales con el ramo metalúrgico en el País Vasco y negocios de importación y exportación con oficinas en Madrid y Portugal y, más tarde, en Argentina, llegando a residir durante varios años en Buenos Aires. Su actividad empresarial tuvo importantes altibajos económicos a lo largo de su vida. Una de sus aventuras fue la publicación de la colección *"Biblioteca Color"* en edición lujosamente cuidada. El 18 de noviembre de 1922, Estanislao María de Aguirre, personaje que bien podía figurar en cualquiera de los folletines de la época, dio a la imprenta un texto biográfico sobre Gustavo de Maeztu, que vería la luz, poco después, en diciembre de 1924. El libro entraba dentro de un proyecto más amplio, que pretendía editar, de manera siempre muy cuidada y exquisita, monografías dedicadas a artistas. La colección llevaba por título *"Biblioteca Color"* y estaba dirigida por Miguel y Antonio Ortiz Echagüe, el primer fotógrafo artístico de España.

Como ejemplo de su bella edición, es su magnífica encuadernación con tapas realizadas en cuero repujado, dorado y policromado, obra del artista santanderino Luis Quintanilla e Isasi, el mismo con quien Gustavo había trabajado en el tríptico *"La Lírica y la Religión"* y al que define Estanislao en el mismo libro como *"el astuto cazador de vacas cordobesas, que ha conseguido con su ciencia oculta y su metier secreto rehabilitar a éstas en su tradicional utilidad, forrando de piel de vaca el enorme mareo de policromía extraña"*. En el interior del libro apreciamos un exlibris realizado por su amigo Antonio de Guezala y una caricatura dibujada por Luis Bagaría. El libro contiene un total de 256 páginas realizadas en papel cartón (fabricado, especialmente por Sucesoria Editorial de Miguel Rivilla Oteiza, en la localidad guipuzcoana de Zegama), de grandes dimensiones, en una edición limitada a 500 ejemplares numerados.

Cada página supuso la edición de tres tiradas: la orla, el texto y los recuadros de las láminas y los títulos. Los grabados tirados a papel couché y, adheridos por la parte superior a las páginas, pasan en número de ciento cincuenta y reproducen óleos, pasteles, gran número de dibujos y apuntes y una serie de fotografías, íntimas y curiosas, referentes al artista, episodios de su vida mostrando un repertorio iconográfico muy importante para dar a conocer la obra del artista alavés.

El autor del texto, personaje peculiar donde los haya, nació hacia 1888, en el mismo momento en que surgía una generación formada por artistas como Gustavo de Maeztu, Alberto Arrúe y Ramón de Basterra, poeta y diplomático y de los que fue gran amigo. Estanislao fue un popular escritor y bohemio bilbaíno conocido por seudónimos como *"Sánchez"*, *"Fígaro"* o *"Florito Louel"*, manera de firmar muy corriente y que el propio Gustavo usó, desde el que recuerda al viejo hidalgo castellano, como *don Tejón Velez de Duero* o uno más sencillo como *"Espinardo"*. Su vida, acabó de manera trágica en 1949, tras pasar varios años en el penal de Santa María, como prisionero del bando alzado en la guerra civil.

La relación entre Gustavo y Estanislao fue muy temprana, colaborando desde la aventura del periódico bilbaíno *"El Coitao"* en 1908. Ambos tenían los mismo enemigos: el nacionalismo, *"¡No, yo no soy patriota! No puedo serlo, ya que sólo agravios la debo. Si algún día sintiese esta necesidad, por lógica, sería nacionalista vasco y, a demás, separatista convencido, ¡Pero la idea de la patria me da frío y terror!"* dice Estanislao, junto con los conceptos de religión, patria, orden social y justicia. Crítico mordaz, ácido con sus contrarios, tampoco tenía inconveniente en venderse al dinero, como ocurrió con la revista *"Amania"* que se publicaba en la localidad burgalesa de Villasana de Mena. Entre sus actividades ejerció como secretario de la Asociación de Artistas Vascos, y director y solitario articulista del boletín-revista publicado por la asociación bajo el título de *"Arte Vasco"*. Al ser el único artífice de la revista se vio en la obligación de hacer uso constantemente de seudónimos como *J. Luno*. Este recurso era muy corriente. Así lo hizo Gustavo en *"El Coitao"* y en el ámbito europeo es de destacar a Karl Krauss (1874-1936), escritor, periodista y director de su propia revista *"Die Fackel"* (La antorcha), que escribía él solo, a partir de 1911 y hasta su muerte.

El libro se presenta encabezado por una carta manuscrita de Gustavo dirigida a Estanislao desde Londres, el 20 de enero de 1920. En ella Maeztu afirma sentir pudor, *"ese pudor legítimo de las grandes damas, rutilantes, como soles en el crepúsculo, y sabias como serpientes del Paraíso"*. Para Gustavo, un artista monografiado es como una gran mundana a punto de fundirse con su galán (el público) temiendo defraudarlo *"y eso que mi pintura no llega a crepuscular"*. A Estanislao le pide que construya un *"héroe que pueda competir con otros relativamente célebres a base de yute, escayola y purpurina; pero todo ello, notablemente amasado en risas y lágrimas... Las risas que tú has oído en las noches dionisíacas y las lágrimas que no has visto, pero que brotan en la lucha tenaz y oscura, al buscar en la paleta un poco de verdad y emoción"*.

Bellamente ilustrado, nos encontramos ante un libro donde se relata la vida de Gustavo, pero de una manera no estrictamente biografiada, más bien recreada, novelada en el sentido folletinesco tan del gusto de ambos personajes, convirtiendo el relato en un compendio de vida y crítica, pero

no solo artística, también social, y aderezada con anécdotas, sarcásticas las más de las veces, pero siempre humanas. En el relato la sonrisa aflora en numerosas ocasiones, pero predomina un fondo de tristeza que hace que tan protagonista sea Gustavo como Estanislao: desde los estudios de Estanislao en el colegio de Orduña, recogidos al principio de la obra, hasta ese final triste, por melancólico, que lleva por título *"¡Y caen las hojas!": "El aburrimiento chorrea por mi cuerpo, como la esperma por un cirio funeral, que alumbrase mis pensamientos grises y la desesperanza que me ahoga"*, un capítulo final donde las figuras que lo componen son todas marginales: un desterrado y una joven mujer que lleva en sus ojos el estigma de su vida pecadora *"y que espera.. espera.. espera.."* Un colofón para una obra escrita desde la amistad y desde la verdad.

Este libro es muy importante para conocer a Gustavo de Maeztu, siendo una de las escasas fuentes de primera mano que poseemos, ya que la totalidad de la documentación personal que guardaba Gustavo fue desapareciendo con el tiempo. El libro es algo más que una recopilación de anécdotas, ya que no estamos ante una nota, un apunte simpático, cordial y sincero; hay un gran cariño puesto en el personaje, en nuestro artista: *"Aunque Gustavo de Maeztu tiene el pecho de cristal, es necesario convivir con él algún tiempo para conocerlo. Gustavo de Maeztu -mi amigo del alma- es un producto rubio, con una cabeza llena de porqués, al servicio de una vibrante sensibilidad. Despreocupado y voluble, su gran fantasía y su ágil inteligencia escapa a los detalles y resbala los matices. Como es sincero, a pesar de su pelo de zorro y su alma de arandino, su obra es su propio reflejo; de concepto grande, desdeñado el detalle, de trazo siempre fuerte como sus músculos de gabarrero y a veces lírica, a ratos decadente o humorista... Su taller es la Meca de la Amistad y es un contínuo ir y venir de amigos... Pero su alegría de perro, sus carcajadas estranguladas, sus zalemas y sus abrazos, se apoderan de uno, le comunican, a pesar de todo, su alegría"*.

El libro tuvo un buen recibimiento y enseguida fue reseñado en numerosas páginas de prensa; sin embargo, se centraron en el anecdotario y otros elementos más o menos folletinescos, estrambóticos que encajaban con una imagen más de consumo popular. Edgar Neville, conde de Berlanga de Duero, diplomático, destacado miembro de lo que José López Rubio calificó como *"la otra Generación del 27"*, autor teatral, cineasta, escritor (participó, entre otras cosas, en la revista *La Ametralladora*, embrión de lo que luego sería *La Codorniz*), poeta, pintor, creador de un mundo ficticio, desmitificado y desmitificador, y fino humorista, resaltaba el libro en las páginas del diario madrileño *"La Época"* (21 de abril de 1923), como un texto plagado de anécdotas de los años rebeldes de Maeztu. Las revueltas políticas en las que intervino Gustavo, su obsesión por la Guardia Civil y por la religión, todo acentuado en un ambiente provinciano, a lo Baroja *"que fue, sin duda, lo real"*. Reseña su paso de la opulencia a la escasez, de la gloria al desdén y su afición por asistir a fiestas y aventuras nocturnas. Destaca a Gustavo como un estereotipo del bohemio que él nuca fue y, sin embargo, esa es una de sus contradicciones. Siempre pretendió ser y alentó para que el biografo trazase una imagen novelesca que en el fondo le encandilaba.

El libro se convierte en una auténtica catarsis para Gustavo de Maeztu. Podemos entender el libro como un proceso de depuración, de limpieza, de purificación emocional, corporal, mental e, incluso, religiosa, en el que Maeztu quiere utilizar a Estanislao. El artista alavés se convierte en espectador de la obra creada por el escritor, se transforma en un personaje que se enfrenta a sus

propias pasiones, a sus miedos, a sus triunfos y fracasos, a sus alegrías y tristezas, lo que le permite ver lo inestable de las emociones, pero sin ser él mismo, transmutado en otro trasunto. Permite que el lector experimente sus propias pasiones, aunque sin temor a sufrir sus efectos verdaderos. Como Eva, se ofrece al espectador, pero protegido y, además, después de leer la obra, el libro, se podrá entender mejor a sí mismo.

Recreador del propio yo, el libro termina con la necesidad de fabular, no solo de Maeztu, sino también de Estanislao; así, el misterio adorna uno de los capítulos que transcurre poco antes de su partida de Londres, en el que *"una mañana en Chelsea, patio por medio del taller de Gustavo, apareció degollado y ensangrentado sobre su cama, el cuerpo desnudo de una mujer hermosísima. Las gentes devoraban las gacetillas con gran ansiedad. Aquel mismo día salía Gustavo, camino del Canal, para París, y los periódicos de la noche terminaban sus gacetillas..: "el criminal no ha sido habido"*. El misterio que tanto gustaba, deja una pregunta en el aire y dota de carácter rocambolesco a la salida de Gustavo de Londres, una salida, más prosaica, a la búsqueda de nuevos mercados artísticos donde triunfar.

Es preciso valorar en este texto el amor de ambos al folletín, nos muestra un mundo de bohemios muy estereotipado, contando con los aquiescencia de Gustavo, interesado tal vez más en la creación de un nuevo personaje -él mismo- que se asemejase a los aventureros que describía en sus obras. Y donde gustaba incluir elementos autobiográficos. Estanislao recurre a sucesos en los que Gustavo malvive con su arte en un clima de *"frio intensísimo, nieve y agua abundantes"*, donde tendrá que ir a vender sus cuadros bajo el brazo, sobreviviendo solo gracias a su fuerte salud. La amistad y la literatura quieren elevar a nuestro personaje-artista, y permitirle alcanzar la sublime cota que enaltezca al ser humano, desdibujando los márgenes de la realidad perecedera.

Es ahora cuando podemos incluir una de las mejores definiciones que de Gustavo nos da Estanislao María de Aguirre en el libro que prologamos: *"No es más que un seducido por el gesto. No es un hombre de acción, y la teoría hace más prosélitos que la acción"*.

Antes hemos hablado que hay mucho de catarsis purificadora por parte de Maeztu en la aceptación de esta obra, no tanto para mostrarse con sus temores y miedos a los lectores, sino para limpiarse a sí mismo de sus propias contradicciones. Con la publicación de su biografía, Gustavo, como un Quijote, se deja vapulear. En este libro, se convierte, con la ayuda de su biógrafo, en un gran mistificador de sí mismo y esta purificación es para él lo importante, especialmente en un momento en que quiso dotar a su pintura de una nueva orientación, abandonando la línea simbolista para adquirir un aire más popular. Quiere cerrar un ciclo de su producción, al considerar que lo realizado hasta ahora es algo recargado, para lo que recurre al símil del literato que utilizara muchos tropos.

Este libro refleja, desde la amistad, la realidad humana de un artista que ama la vida y el arte realizando una simbiosis de ambas, imposible de disociar, quedando reflejado en un texto donde lo humano y lo divino, lo heróico y lo terrenal, la humillación y lo sublime van cogidos de la mano.

GREGORIO DÍAZ EREÑO
Director. Fundación-Museo Jorge Oteiza

62A CHEYNE WALK
CHELSEA-LONDON S. W.

Mi querido amigo — Insistes de nuevo
en hacer una monografía sobre mi pintura
Es decir, tratas de ponerme al desnudo ante
un público heteroseneo de amigos, de grafa
-nos, de envidiosos y de indiferentes.
Antes de entrar en cuantos detalles me pi-
des, francamente, siento un poco de pudor.
Ese pudor legítimo de las grandes damas,
rutilantes como soles en el crepúsculo, y sabias
como serpientes del Paraíso. Ellas, con ardido
legítimo temen desnudar la arrebatada pasión
de su galán. En mi escultura, ya otoñal,
comienzan algunos alifafes. Salta, y quizás car-
-ne en algunos sitios y falte tal vez en otros.
. . . . .
Un artista monografiado, y agujetado en
la balanza de precisión de la crítica, es también
una gran mundana á punto de caerse con su
galán - ese eterno galán de los artistas, el
público - y, por mi parte, temo desnudar á los
aficionados en esta arriesgada escena del
diván de mi favorito, y eso que aun

mi pintura no llegà à crepuscular.

Pero tú, querido amigo, eres el maese Pedro de este mucho retablo. Tienes en tus manos el algodon y la purpurina. Administra bien estos elementos y procura dar á tus lectores, profanos, amigos, envidiosos é indiferentes, una impresion bastante seria de tu monografiado. Construye un héroe que pueda competir con otros relativamente celebres, á base de ~~yute~~ yute, escayola y purpurina, pero todo ello, noblemente amasado en risas y en lagrimas... Las risas que tu has oido en las noches dionisiacas, y las lágrimas que no has visto, pero que brotan en la lucha tenaz y oscura, al buscar en la paleta un poco de verdad y de emocion.

Saludos a los amigos y para ti el afecto de tu viejo amigo

Gustavo

Londres. 20 de Enero. 1922

CARILLÓN

I

LA HORA DE LOS ESPÍRITUS

RUIDO de campanas conocidas, quisiera el campanero embrujado, que fueran para vosotros, el vibrar de sus campanas en la hora azul de los espíritus. Ondas de emociones vividas, que recoja vuestra ilusión como el eco lejano de vuestra misma vida.

Voy, pues, a comentar simplemente -sin la pluma de avestruz empapada en erudición, sin los fríos anteojos de la crítica y despojado de ese inhumano espíritu analítico- al margen de la vida, de uno de aquellos dos sujetos, la del optimista, que en los días de la infancia de Chesterton vagaban por el mundo.

Como su *alma amiga*, que bebe en su misma copa, guiados por la misma estrella, conozco su Gran Secreto, ya que de él hemos compartido en las noches de luna, junto al mismo lago, en la orilla de las serenas aguas de la Teosofía. Por esto, yo mejor que nadie, os contaré algo de la vida de ese hombre deliciosamente extravagante, que con su cabeza inteligente a todos los vientos, persigue a la Fortuna, como Eskol, el enorme perro de la mitología escandinava, persigue a la luna para devorarla.

. . . . . .

Allá, hace algunos siglos, debió echar sobre mi cuello su brazo de amigo en Hilleh, ciudad que en sus amaneceres aspira el aroma de sus rosales y la brisa del Oriente. Gustavo era hijo único de un mercader de Ispahán, un pícaro que engañaba a los persas, con los colores de sus pedrerías falsas. Yo jamás conocí mi procedencia. Trabajaba entonces con Ali-Nur, un escribano sucio y tuerto que me pagaba poco, tarde y refunfuñando.

Por los arrabales de Hilleh, merodeaba entonces, entre los perros sarnosos y vagabundos que hociqueaban en los escombros y montones de basuras, entre los negros africanos que trabajaban con el sol en las espaldas y entre un enjambre de moscas, un extranjero hombre extraño, al parecer, con el propósito de comprar mujeres y a quien la chiquillería desarrapada de la ciudad llamaba *el Moro*, demandadero de un gran Emir y jefe de menor de su harén. Por la influencia del *Moro*, pasé al servicio del Emir.

Tiempo después, caía en desgracia del Emir -decía él- que por descarado y por mirar por las cerraduras de las puertas, y no sé cómo, terminé en una galera tunecina, donde agarrado al remo y maldiciendo al cielo, perdí la memoria.

Después, nada supe de estos amigos.

. . . . . .

En nuestra *Karma*, nos hemos vuelto a encontrar y en nuestra memoria han florecido los gratos recuerdos de Hilleh. Es, sin duda, la simpatía que brota espontánea e inquebrantable, el despertar de la memoria de *cuando fuimos*, el recuerdo de una vieja amistad que reverdece.

Pronto nos ofrecimos la flor de la intimidad. Esta tarde -me dijo- tienes que acompañarme. Necesito dinero y he citado al Diablo en una taberna de Derio, para venderle mi alma.

Aquella tarde, el temporal azotaba los cipreses del Cementerio y la lluvia los cristales de la taberna. Yo empezaba a creer en Satanás. Recuerdo, cómo junto a nuestra mesa, Rasura, el sepulturero, guareciéndose del temporal, canturreaba agarrado a su vaso de vino, después de haber cavado la fosa de un suicida.

Un perro ladraba con insistencia hacia el vacío a algo invisible... pero, el Diablo, no vino aquella tarde.

. . . . . .

¿Te acuerdas, Gustavo, de aquella luz roja en casa de Lady Moor?

¡Más vale que creas que fue alucinación! Pero bien pudo ser la luz guía, en tu momento crepuscular.

II

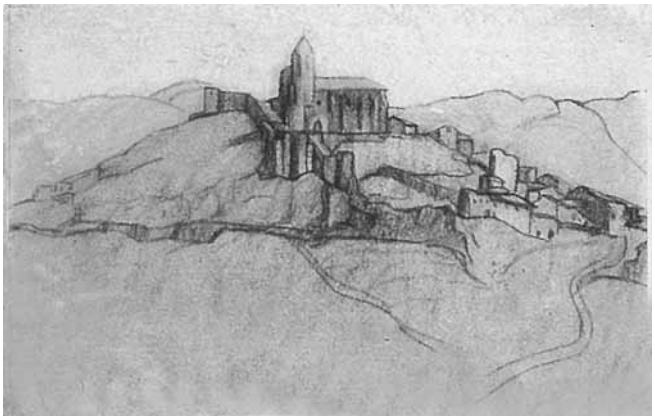
EL GORRO ROJO DE LA LOCURA

EN el crepúsculo de una tarde invernal, a la hora prodigiosa de las grandes ciudades, entre la multitud que transita por el Strand de Londres, dialogaba Chesterton con un amigo, ¿Quiere usted que le diga dónde están los que creen en sí mismos? Y sujetándolo del brazo, le indicaba un ómnibus cuyo letrero decía: «Hanwell». Ahí terminan, en los asilos de lunáticos.

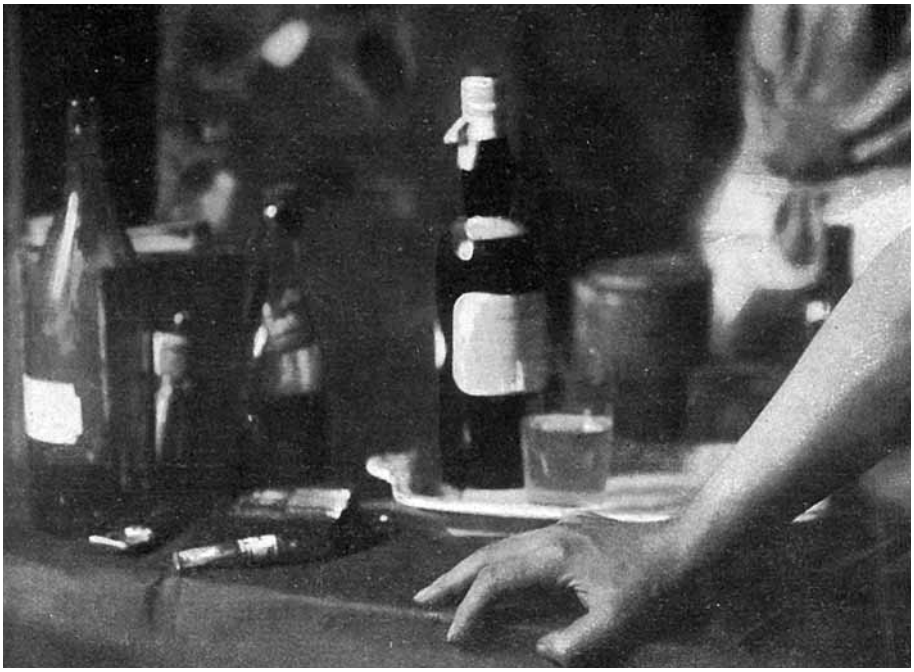
Yo no sé, si mi amigo Gustavo de Maeztu y Whitney irá algún día engañado entre varios amigos, en la plataforma del ómnibus de Hanwell hacia una de esas desoladas mansiones, donde la risa de la locura dilata su eco humano. Pero lo cierto es, que Gustavo de Maeztu cree en sí mismo, como creen en sí, la generalidad de los optimistas y más que nadie los filósofos, por ser esa la debilidad del filósofo, desde Chesterton, el filósofo cuerdo del *justo medio*, el equilibrado filósofo y afortunado rebuscador de bellas paradojas de destellos vaticanistas, hasta el antipático y pesimista Schopenhaüer, el filósofo de la *desesperación* y de la *nada*, el que un día, que su íntimo amigo Govinner le preguntaba confidencialmente, dónde le gustaría ser enterrado, contestó: «Qué me importa el lugar si la posteridad sabrá encontrarme.»

Gustavo de Maeztu equidista tanto de la modestia infatuada de Chesterton, como del amargado pensador de Dantzig.

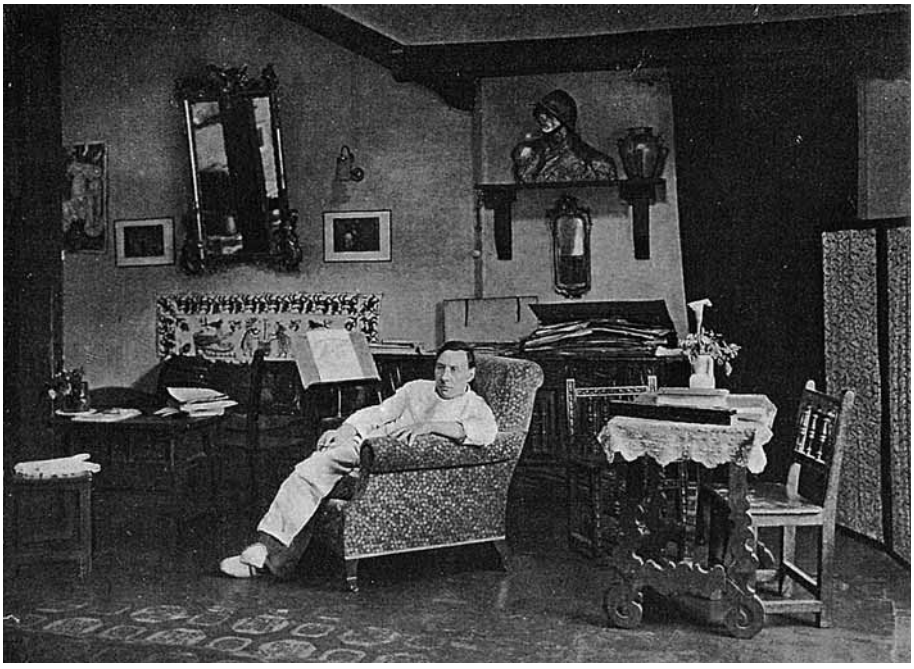
Porque Juana Troisieuer, le retiró una vez el pecho dolorido, con el pezón ensangrentado, el pequeño Arthur, el glotón Schopenhaüer, el filósofo en pañales, le guardó un rencor tan enconado a su madre, que jamás supo perdonarla. Desde entonces, desde el regazo de Juana Troisieuer, empezó el filósofo alemán a mirar al mundo de reojo.



Estudio. (dibujo)



La mano del pintor.



Gustavo de Maeztu en su estudio.

Mi amigo Gustavo, en cambio, sólo por Juana Whitney, mujer inteligentísima y madre admirable, sabría sacrificarse. Egoísmo en el fondo, porque sabe todo el caudal insustituible de valores que atesora una madre.

Para este egoísta con pintas de romántico, todos los demás valores son circunstanciales. La amistad es un pasto sabroso de su tesis filosófica. Un amigo para él no es más que un accidente sensible en el mundo animado. Un amigo es un fenómeno óptico, a través de una copa de whisky de tan escasa importancia, que cuando el camarero retira la copa, el amigo desaparece, fundiéndose en el gris de las cosas indiferentes.

Del amor, su teoría personalísima lo hace amoldable a su lógica egoísta. El amor para éste es algo cómodo, algo como un colchón de lana comprado a plazos. Y si de sentimientos tan humanos tiene conceptos tan raquíticos, figúrese el rechoncho magistrado, el concepto que tendrá de ideales tan sublimes para nosotros, como la Religión, la Patria, el Orden Social y la Justicia.

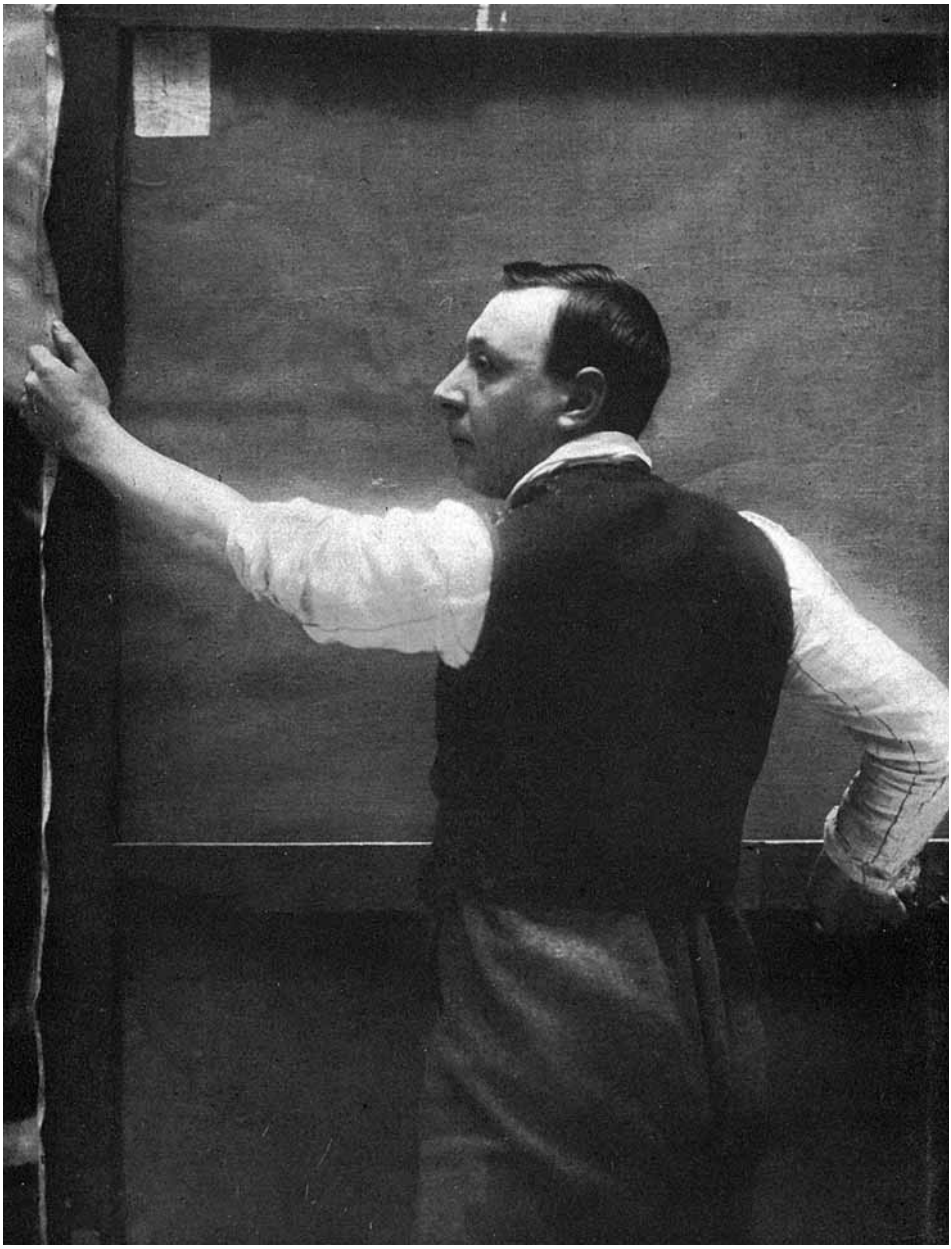
Para Gustavo de Maeztu, estos son chirimbolos.

Sería mahometano, sin ningún inconveniente, si la carne de cerdo y el whisky fuesen compatibles con el estilo árabe. ¡Cuántas veces me ha confesado esta preocupación en el Bar Iruña!

La Patria para él, no es más que un invento afortunado, del gentil cuerpo de Carabineros para fumar gratis. Con la bandera no creo que tendría grandes escrúpulos en hacer una funda para su gramófono.

En cuanto al Orden Social, esto ya es otra cosa. Alguna vez hemos hablado de ello y se ha soltado el chaleco, porque se ponía malo de risa. Pero, sin embargo, no le toquéis su dinero. Cuando tenía cuenta corriente en el Banco de Bilbao escondía el talonario debajo del colchón.

No; Gustavo de Maeztu no irá en el ómnibus «Hanwell», aunque cree en sí mismo, porque se ha mirado a su ombligo y cree firmemente que Dios, partiendo de él como centro, con su cordón umbilical, trazó la circunferencia que le salió un poco defectuosa para proyectar este mundo.



Gustavo de Maeztu en su taller.

III

UNA CIUDAD POCO COMPLICADA

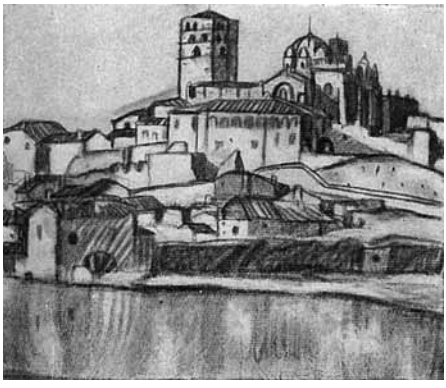
CUENTA Baroja, que el convencional Garat nació en Bayona, pero decía siempre que era de Ustariz. A Gustavo de Maeztu debe ocurrirle algo parecido. Siempre habla de Marañón, como queriendo ocultar un pasado vergonzoso. Aunque la vida es tan burlona, que no sé a quién diablos le ha dado por decir que el Destino le deparó a Vitoria como su cuna y para más burla en la calle de Don Eduardo Dato.

Para un hombre cualquiera, esto sería algo depresivo digno de ocultarse; pero para un hombre de acción, para un espíritu fuerte, esto es lo suficiente para deslucir toda una biografía.

Yo, francamente, por Vitoria no siento gran admiración. Bien es verdad, que apenas conozco aquella ciudad rociada de rancho y de agua bendita, y por esto haya formado de ella un juicio equivocado. Quizás cuando se subleve algún regimiento o el obispo *agarre* una borrachera episcopalmente escandalosa, cambie de criterio; pero, hoy por hoy, mi admiración es muy poca.

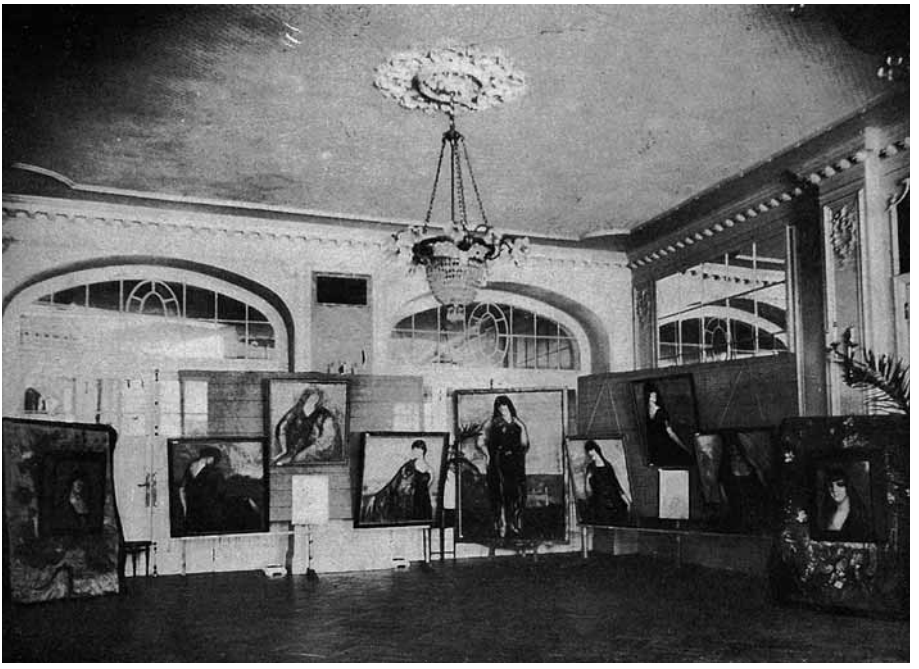
En Vitoria he estado dos veces. Una, no recuerdo con qué motivo, aunque sí recuerdo dos detalles, quizás para las gentes, insignificantes, pero que muy bien podrían dar el matiz de una población poco complicada. Paseaba aquella tarde inacabable, curioseando los rincones de la episcopada ciudad, cuando un gato que pasaba de un lado al otro de la calle, se me quedaba mirando sin apresurar el paso, con cierta insistencia impertinente. ¿A qué habrá venido este hombre a Vitoria? -pensaría.

Por este detalle que me dejó algo preocupado deduje: Aquí necesariamente, debe de haber hombres con barba. Efectivamente, la comprobación tenía a mi lado, cuando se me ocurrió entrar en un café, donde un hombre de barba rubia y partida, con un palillo entre los dientes, hacía grandes elogios de Ricardo León.



Estudio. (dibujo)

Grupo de Artistas en las «Galerías Layetanas» con motivo de la Exposición Maeztu, celebrada en Barcelona, el año 1916.



Detalle de la Exposición Maeztu, celebrada en el Hotel Palace de Madrid, el año 1915.

Grupo de Artistas en la velada celebrada con motivo de la Exposición Maeztu, en el Slón de «La Tribuna» el 8 de Mayo de 1916.

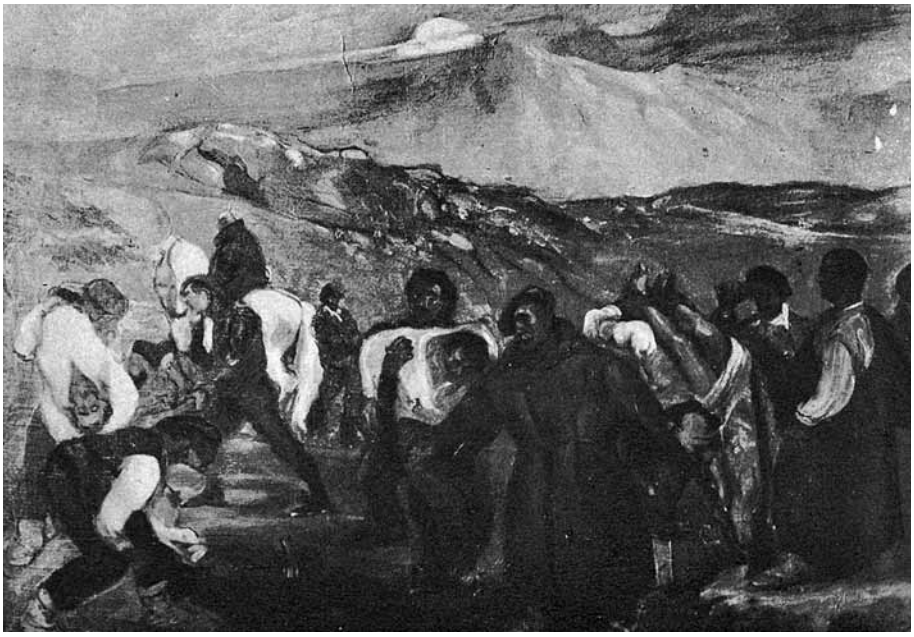
Al oír a aquel insensato, hermoso ejemplar de barba florida, me dieron ganas de marcharme sin pagar el café. Pero, por si aquellos camareros tienen la manía de agarrarle a uno de la solapa cuando no paga, me dejé regir, una vez más en mi vida, por la prudencia.

Otro día, algún tiempo después, en mi época de *maurista*, de memez maurista, entrábamos en aquella población, entre una lluvia de papelitos de ¡Maura, sí! y ¡Maura, no![1], viaje que sólo por fidelidad histórica lo recuerdo, como seguramente lo recordará un hombre gordo, que me puso la cara tan cerca, que no pude sustraerme a la sugestión de darle una bofetada. Y perdóneme aquel hombre rechoncho, y bueno seguramente, si creyó que le aticé por *ferrerista* o porque gritó ¡viva Vitoria!

Desde entonces, he decidido no volver por Vitoria, y no es porque pudiera encontrarme con el *ferrerista* de la carota -encontronazo poco agradable- ni porque Vitoria tenga poco interés; pues aseguran los bien informados, que el paseo de la Florida es delicioso y que aquella ciudad tiene un agua riquísima; pero como a mí me gusta más el whisky, decididamente no volveré más por Vitoria.

Adolfo Guiard se indignaba apoplégicamente porque en Vitoria a la cabra la llaman antílope, Esto a mí me tranquiliza mucho, pues, si por casualidad, este libro cae

[1] Sport político a que se dedicó España desde el año 1911 al 1914.



Sepelio en la Carlistada. (óleo) *Colección de D. Jesús Arrese. Bilbao.*

Pastor del Gorbea. (óleo)

Estudio. (dibujo)

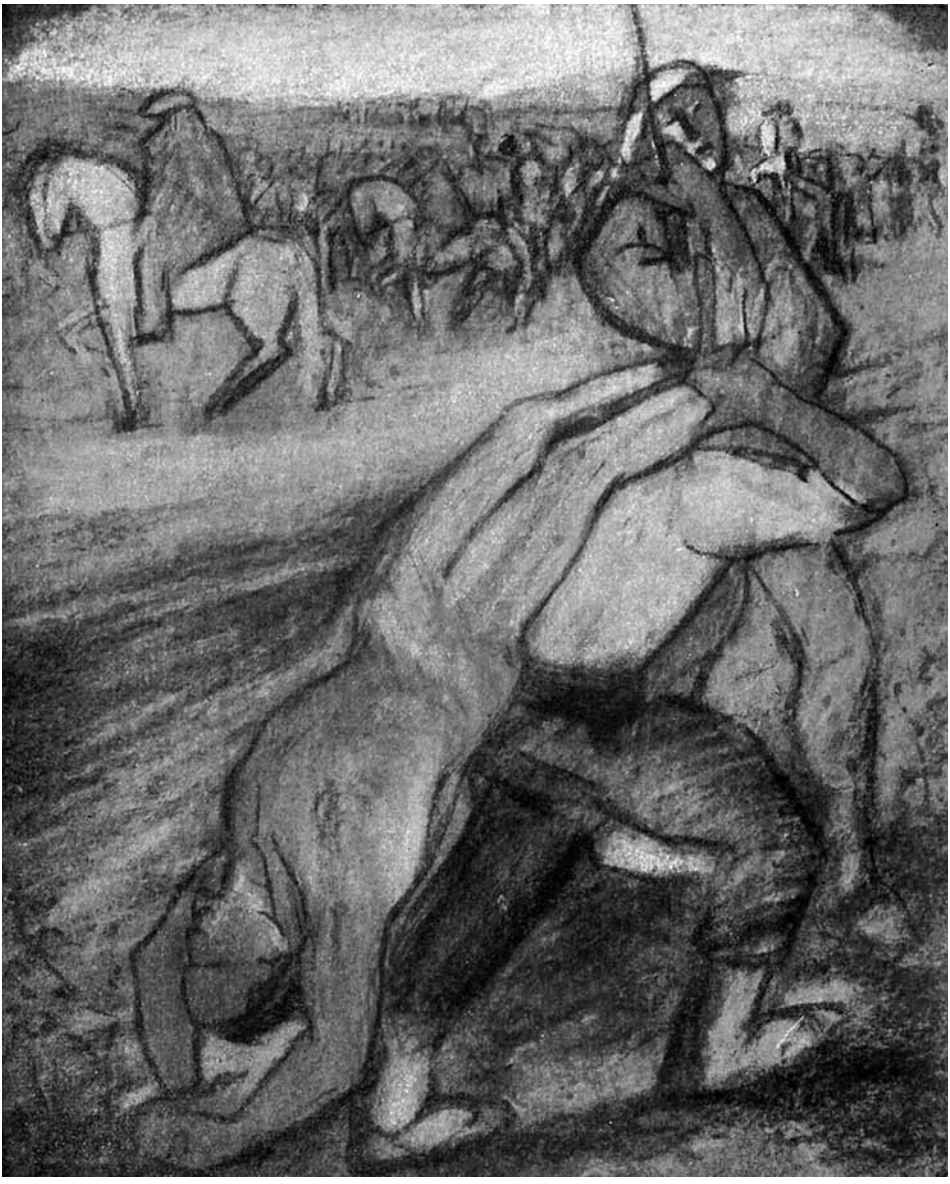
en manos de algún vitoriano, de suyo tan dados a la cultura, bien pudiera ocurrírsele llamarme antilopón, en su indignación mal reprimida, y la verdad, dicho así, es más soportable el ultraje.

Nuestro amigo Gustavo, tan pagado de su rebeldía, se sonroja de haber nacido donde el letrero más sedicioso escrito en los urinarios públicos, lugar de todos los desahogos políticos, es «¡Mueran los idóneos» «Viva Goicoechea!», ha inventado la aceptable disculpa, para que no duden sus correligionarios que no es precisamente de Vitoria, sino de Marañón. Invención afortunada, que en resumidas cuentas, sólo Dios y él lo saben.

Claro está que de Dios tengo las mejores referencias y como Dios es tan bueno no quiere ponerle a Gustavo en evidencia, ya que además debe *ser amigote* de la Casa, pues hace unos días, entre los papeles rancios de esta familia, encontrados en el desván, el experto que ha preparado los datos de esta monografía asegura que, lanzado al mundo y seguramente escrito por el dedo divino, hay este reto:

«Maeztu y Dios
contra otros dos.»

Lo mismo decía D. Guillermo Hohenzollern, atusándose fanfarronamente el bigote, cuando era Kaiser: «Yo soy el amigo íntimo de Dios», y con un espadón de palo andaba haciendo el coco por los cuarteles. Y ahí está el desgraciado llorando a moco tendido y pensando en casarse otra vez. ¡Tan viejo y otra locura!



Estudio para el «Sepelio en la Carlistada.» (dibujo)

IV

EL ORANGUTÁN NEGRO

BILBAO estaba consternado aquellos días. La garra de la Muerte acariciaba con insistente melosidad a la Villa, mientras las gentes de *mal retiro* celebraban aquella noche una fiesta extraña, allá en el vientre de la tierra, en los sótanos, en un cabaret.

Yo soy sonámbulo, e inconscientemente, por lo visto, arrastrado por una fuerza superior que me empuja, soy cliente asiduo, con otros sonámbulos, de estos cabarets y de aquel, donde aquella noche de gripe se celebraba la fiesta de la Muerte. Unas coronas fúnebres, con sus tristes flores de trapo, entrelazadas con crespones negros y lazos donde se leía: «A mi querido esposo», «Tus íntimos», «Tu madre desconsolada», y cosas por el estilo, cubrían las paredes. En el centro de la sala, un ataúd rodeado de blandones completaba la festiva ornamentación. A la entrada decía un rótulo: «Se construyen capillas y panteones».

De pronto, entre las cabriolas alocadas de mujeres y ancianos, entre la alegre clientela, apareció la Muerte seductora, con las cavernas de sus ojos vacías, coqueteando entre las mesas y admitiendo galante las bromas de los borrachos que saltaban en racimos en torno del ataúd.

Esto hizo mucha gracia a las mujeres ebrias y a los viejos calaveras, y la noche transcurrió alegre y tormentosa.

Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

Al día siguiente le contaba yo a un señor de orden, con cara de chivo, cómo Bagaría saltaba por encima de un ataúd.

El chivo se santiguó y se indignó mucho, marchándose refunfuñando: ¡Cómo ha cambiado Bilbao!

No, Bilbao no ha cambiado tanto como cree ese chivo, que lee todas las mañanas *El Noticiero Bilbaino* y toma una taza de café con leche con sopas, antes de irse a abrir la tienda de fajas, boinas y pañuelos que tiene en la calle Tendería.

Bilbao no es una ciudad de grandes pecados, y por desgracia no puede comentar aún, cuando despierta, el gran escándalo del día anterior. Bilbao se conforma con sus picardías, con haber tenido un ridículo Curding-Club, y con mirarse todos los días al amanecer en su ría prodigiosa para contemplar en sus aguas grises su fisonomía y su empaque de gran ciudad. Aunque detrás de esa fisonomía y de ese empaque de gran ciudad, Bilbao sigue siendo mucho más pueblo de lo que cree ese chivo tendero que cuelga las fajas, los pañuelos y las gorras en la puerta de la tienda a la mañana temprano, cuando yo voy para casa, escapando de la mano de infelices, que a esas horas salen de la suya, carraspeando, mirando de reojo a los bolsillos ajenos y el pensamiento anidado de perversas intenciones.

Bilbao tiene su crónica de cadáveres aparecidos sobre las aguas de su ría, que le dan bastante prestigio. Las pipas de los marinos extranjeros extienden su aroma de miel y tabaco por sus muelles. Las chimeneas empenachadas de humo y los mástiles de los barcos, empavesados por las banderas del mundo, dibujan su gracioso arabesco, y su despertar desgarrador anuncia a la ciudad doliente. Pero a Bilbao le falta espíritu, ese espíritu de ciudad que necesariamente ha de adquirir, puesto que tiene una ría maravillosa, que será su camino espiritual, ya que un río es como la frontera única de los pueblos.

El *jazzband*, con su estrépito extravagante y su casaca colorada, es el mejor invento del Demonio, en este siglo de pecados y militarismo.

Pero hasta que esto ha llegado, transcurría Bilbao enrarecido por la continencia y la austeridad. Triste campamento del tullido y derrotado carlismo, donde la gestación de un gesto romántico se iniciaba.

Por entre sus calles sombrías, que emanan efluvios de café tostado, de chocolate y demás esencias ultramarinas, por entre sus calles, de aspecto judío, de comerciantes y de tabernas, con un palo de regaliz en la boca, y debajo del brazo un folletón comprado donde Pepita, Gustavo de Maeztu y Whitney merodeaba las cercanías del Instituto ya derruido por el instinto salvaje de un arquitecto. En aquellos años, el Destino, y lo poco que aprendí en Orduña, quisieron que coincidiese yo, en la clase de Agricultura que explicaba Ferrer, con Gustavo de Maeztu.

Ilustración para la novela «Andanzas y Episodios del Sr. Doro.» (dibujo)

Ilustración para la novela «Andanzas y Episodios del Sr. Doro.» (dibujo)

Yo sentí, por Gustavo, algo muy raro, traducido en simpatía franca, que luego la Teosofía me ha descifrado con su transmigración de las almas, y lo reconocí de cuando fuimos. Tímido como soy de temperamento, sentí gran admiración por mi antiguo amigo, porque fumaba y decía palabrotas, porque tenía amigos de alpargatas y porque decía, echando humo por la nariz, que era ateo. Le observaba y le admiraba, hasta el extremo de que un día miró para atrás, puesto que sus espaldas de chicarrón las tenía en el banco de delante, y de emoción sé me olvidó la lección.

Una tarde de Carnaval, una de esas tardes de Carnaval que Bilbao babea la sucia lujuria contenida durante todo el año, Ramón Basterra y Juan de la Encina me presentaron, por fin, a Gustavo de Maeztu en los jardines de los Campos Elíseos. Aquella tarde fue la primera vez que bebí con Gustavo, después de tanto tiempo.

Mi memoria íbase aclarando, después de la reencarnación, mientras observaba la nariz extraña de mi amigo y sus ojos de celuloide de bazar; pero pronto, comprendí que se trataba de mi antiguo amigo de Hilleh, aunque yo tenía sin desvanecer mi última duda. A la cuarta botella de cerveza, ya teníamos dentro tres litros de intimidad y me decidí a desvanecer aquella sospecha.

Oye, Gustavo -le dije, rodeándole con mi brazo efusivo-, ya sé que hoy estamos en Carnaval, pero dime: ¿esa nariz es tuya? Gustavo, algo turbado y agarrándose a la nariz, me dijo al oído: Sí, y aunque a ti te parezca extraño, éste es el secreto de mi éxito con las mujeres. Este año se llevan así.

Con Ramón Basterra he tenido siempre gran amistad, aunque también mis reservas. No sabía, si se reía de mí o de mis cosas, ya que él, era un experimentado en la vida literaria. Basterra y yo fuimos discípulos en el colegio de Orduña, de un salvaje que tenía pelos en la nariz y en los oídos, así que más probable es que también los tendría en el corazón. Era el hombre más parecido al orangután que he conocido. ¡Qué recuerdos tan desagradables de aquel peludo! Porque me *cogió* hablando con Ramón Basterra, dirigiéndose a mí, dijo con su voz tiplona, precisamente el primer día que actuaba en el Colegio: ¡Ese niño gordito, sin bollo! A Ramón Basterra le entró tanta risa que, antes de llevarse las manos a la boca para contenerla, se encontró con el puño peludo del orangután en la cara, con tal violencia, que su cabeza fue a dar con la de José María Arellano, que desde entonces se volvió rubio.

Luego, volviéndose, me dio a mí una patada en el costado, que me entró un sudor frío y me hizo cambiar más colores que un camaleón, y, por añadidura, el orangután negro me puso al sol, castigado contra la pared durante el recreo, cuyas consecuencias fueron cuarenta días de cama en grave estado, precisamente en la misma cama donde también Sabino Arana estuvo gravísimo. Aquello que según los profesores, para mi pobre madre fue una pulmonía, se curó creo que con *cerato*, ungüento misterioso, que cura todo en aquel Colegio. Con tales procedimientos pedagógicos, así tenemos sus dis-

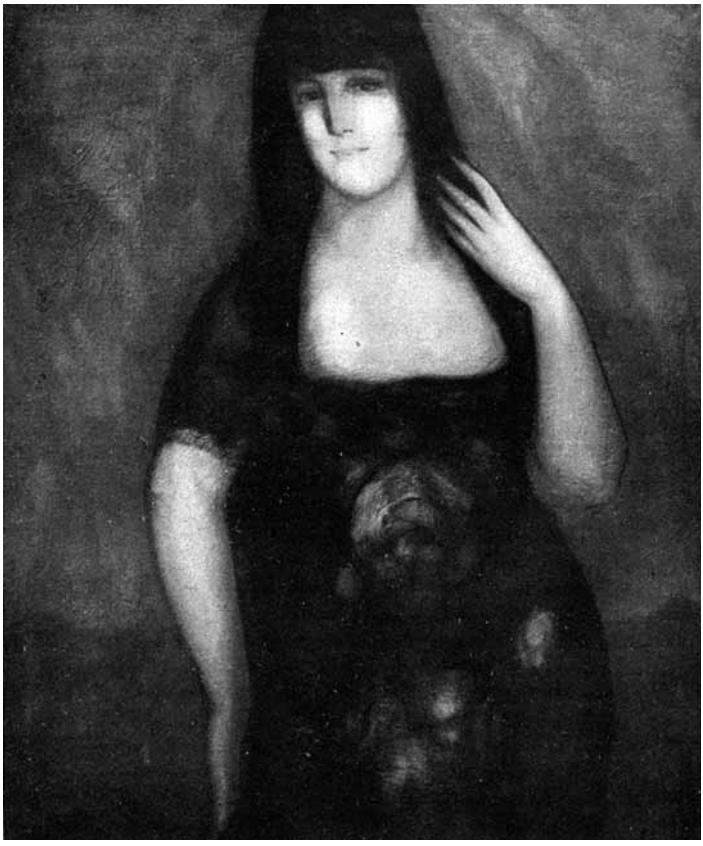
Soledad. (óleo)

Antonia. (óleo)

cípulos la idea que tenemos del Algebra, por ejemplo. Para mí, el Algebra es una pesadilla, una danza de letras y números donde veo a la X bailar un danzón extraño que me da dolor de cabeza.

Por terror al procedimiento, cogí al estudio un odio enorme y opté por la profesión del vago, como diría el comerciante de cara de chivo que cuelga sus géneros en la puerta de su almacén de Tendería, por la literatura y empecé a escribir.

Una tarde en Begoña, fuimos a merendar a un chacolí. Sobre la mesa larga, un cura que rezaba en su breviario, paseando de un lado a otro, dejó su bonete sobre la mesa. Yo lo miré de reojo y por asociación de ideas renació el encono en mi corazón contra el orangután negro y vi la oportunidad de mi venganza, Mientras, mis amigos se alejaban, cuando yo decidido cogí el bonete y apreté a correr hasta Bilbao. Luego, me relamía la venganza, mientras el cura pensaría: ¡Se lo habrá llevado el viento!



La del Mantón Azul. (óleo) *Colección Segura. Barcelona.*

La Sembradora. (óleo) *Colección Segura. Barcelona.*

Pensativa. (óleo) *Colección de Don Mario de Arregui. Bilbao.*

La Dama de la Rosa. (óleo) *Colección de Don Gregorio de Ibarra. Bilbao.*

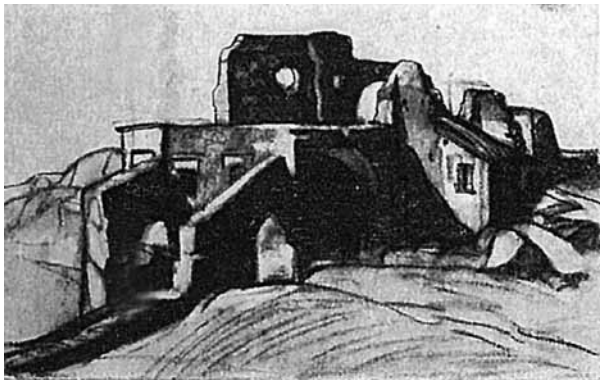
V

LAS AVES FRÍAS

HACE veinte años, bajo el resplandor rojizo que proyecta en el cielo la ciudad doliente, andaban sueltos y a colmillazos, por las calles de Bilbao, el clericalismo y el anticlericalismo; el segundo, como lógica sombra del primero. No transcurría un día, sin que un estandarte se tambalease por los aires, entre un bosque de cirios y garrotes. Pero aquella intransigencia no llegaba a los límites de la ferocidad como en Estella, donde a un comisionista catalán, por estar leyendo *El Motín* tranquilamente sentado a la puerta de la fonda, haciendo la digestión después de haber hecho una *nota* importante, un fanático carlista, le soltó un trabucazo en la cabeza, y los sesos y el periódico quedaron estampados en el rótulo del fonducho.

En Bilbao, la intransigencia no tomaba estos sangrientos caracteres, gracias a que fue oportunamente acorralada por las gentes de espíritu. Pero la intransigencia había enrarecido completamente el ambiente. La psicología bilbaina por una parte, a pesar de sus dos guerras civiles, es propicia a tal atmósfera, más quizá por tradición y coitadez que por convicción; la timidez aldeana y la estupidez de un señoritismo inculto y repugnante, por otra, contribuían también a enrarecer aquel ambiente, profundamente hostil para cualquier hombre de espíritu.

Para el pueblo, por ejemplo, un sombrero grande, una corbata descarada, cualquier prenda desentonada de un gris dominante, le divierte, le extraña y le hace verter su socarronería burlona. Para el señoritismo uno que escriba o uno que pinte, era algo raro, algo así como un hombre verde, que llevase un ojo en la frente, cuando no lo envolvían en su gracia de recetas y en sus desdenes de cretinos. Y es que en el fondo, no hay ninguna diferencia entre unos y otros, pues como dice La Bruyére, ¿dónde empieza y dónde acaba el pueblo? En Bilbao la diferencia está en un sombrero de



Estudio. (dibujo)

La Sibila del Amor. (óleo)

paja y en unas botas más caras. En Bilbao todo es pueblo, pero no ese pueblo, por el que La Bruyére opta en sus *Caracteres*.

Hoy la inteligencia se ha aclarado y, por lo tanto, el ambiente ha cambiado, aunque muy poco por desgracia. Bilbao tiene un diputado socialista y lo que es más interesante, un grupo de jóvenes -de señoritos- con la inteligencia abierta a todas las ideas, llenos de curiosidad y de elegancia de espíritu. Con sus ojos en la revolución rusa y con su simpatía franca, por la acción sindicalista, florece un nuevo romanticismo, apasionado y desinteresado, como en el París revolucionario de 1848. Pero, sin embargo, hoy como entonces, para las gentes sesudas, para las gentes de orden, para tener patente de sensatez o simplemente *juisio* hay que tener *comersio* o por lo menos *ofisina*.

Estudio. (dibujo)

En aquella época, hace veinte años, un pintoresco grupo de románticos, con el orgullo en la frente, y su fisonomía completamente *deplassé*, compartían del profundo desdén y del odio cordial de todo el vecindario. Eran, como decía Bilbao entero, en un tono deprimente, los *intelectuales*. Así juzgaba Bilbao a la inteligencia, a aquel pequeño grupo de desinteresados que se reunía en la rotonda del Café Arriaga.

Entre carcajadas, blasfemias y bocanadas de humo, salpicado el diálogo de donaire, se sentaban con el ademán altanero de los años, Nemesio Mogrovejo, Gustavo de Maeztu, Pepe Arrúe, Luis Mogrovejo, Ramón Basterra, Tomás Meabe, José Madinabeitia, Julián Tellaeche, Juan de la Encina y Alberto Arrúe con sus barbas negras de inquisidor, bajo las miradas oblicuas rencorosas, de los chamelistas y de las gentes anónimas.

Y así como el usar cuello, de muchacho, era en Bilbao, correr el riesgo de verse perseguido por una chiquillería de instintos malvados y una lluvia de barro fresco, porque el *colín*, era perseguido como un negro en Norte-América, en los tiempos que la rubia Eva coronaba de rosas frescas y encarnadas al viejo Tom, mientras la negra Cloe

Armonía en Rojo y Plata. (óleo)

Remedios. (óleo) *Colección del Sr. Costa. Barcelona.*

le aguarda en la cabaña con sus hijitos, el sombrero grande de Gustavo de Maeztu sacaba de quicio al *orden social*, con gran razón en el fondo -la intuición no descifra los porqués- y aquel grupo de muchachos quebrantaba la tranquilidad aldeana, con su presencia solamente.

En aquella tertulia se pensó editar *El Coitao* y a las pocas semanas, la idea era una realidad y la realidad un documento sentimental interesantísimo para los anales bilbaínos. ¡Qué difícil es hablar a un pueblo a contrapelo! Para algunos, aquello era chino, pero la curiosidad, ese pecado tan humano, había ya prendido entre las gentes, y detrás de la curiosidad es muy posible que viniera la simpatía. Pero el ambiente hostil era superior a los nervios mejor templados y el pan de cada día, no suele ser el mejor, el amasado en nuestro pueblo. Aquel grupo se fue disgregando. Algunos, para no volver jamás.

Un día, Nemesio Mogrovejo le visitaba a su íntimo amigo Alejandro de Zaballa. La calentura le consumía y el presentimiento le envolvía en un negro pesimismo. Estaba enfermo y quería irse a Gratz, donde tenía enterrada a su compañera. Alejandro de Zaballa le dio dinero, y Nemesio salía para Austria. La buena amiga Eleonora Doelter no se separó un instante de la cama del artista, hasta que por fin llegó su Dama pálida, la Muerte, para cerrar sus ojos.

Sólo su amigo Karl Reinisch, su íntimo, le acompañaba aquella tarde al cementerio de Gratz, donde la tierra amorosa guarda los restos de aquel gran artista.

Algunos años después, Gustavo de Maeztu y yo nos retirábamos a casa bastante tarde. Noche de lluvias y temporal. Las aves frías pasaban sobre nuestras cabezas con esos silbidos tristes y agoreros que deprimen el espíritu y ponen ahogo en el alma.

De improviso apareció un amigo y nos dijo: ¿Sabéis que ha muerto Meabe? Gustavo se emocionó mucho, y acelerando el paso hacia su casa, desaparecía en el fondo de la calle.

La ciudad parecía desierta, vacía, y las aves frías con sus silbidos misteriosos pasaron esta vez mucho más cerca, por encima de nuestras cabezas, casi rozando con sus alas la tierra. Aquella tierra del Cementerio Civil, de Madrid, a las pocas horas cubría el cuerpo de Tomás Meabe, de aquél que todo fue bondad, sacrificio e inteligencia.

¡Quizás hoy unas flores rojas broten sobre aquella tierra!

La Maja de espalda. (óleo) *Colección de D. Ángel Eguidazu. Bilbao.*

La de los ojos garzos. (óleo) *Colección Segura. Barcelona.*

Carmen. (óleo) *Colección del Exmo. Sr. Marqués de Foronda. Barcelona.*

VI

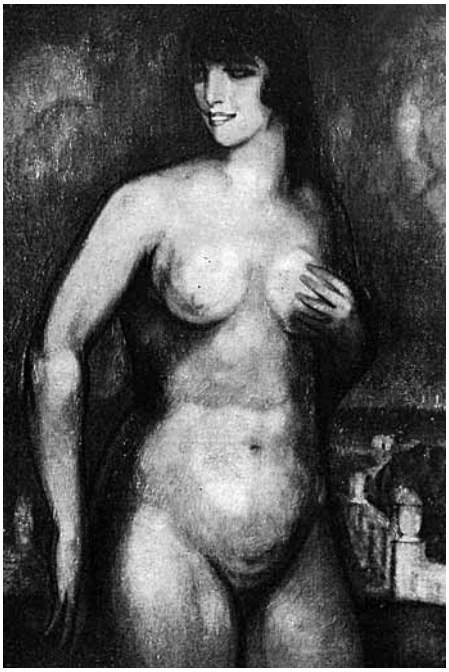
ESPIRAL DE HUMO EN *CLOSSERIE DES LILAS*

NADIE responde a los golpes del recién llegado en la puerta del desván de la casa número 6 de la rue Campagne Premiére, en el Boulevard Montparnasse. Las llamadas suenan en el vacío.

Para Gustavo de Maeztu aquella vecindad era insufrible. Un italiano madrugador que toca el fiscornio en un tabarín escandaloso no le permite una mañana de tranquilidad. Además, en Val-de-Grâce, había una habitación más en razón y allá se fueron. Era necesario un carrito de mano para transportar los muebles. Gustavo, con su vivacidad nerviosa y con su decisión muscular, en mangas de camisa, se cargaba a sus espaldas un colchón de muelles. Luego un armario grande, subiendo y bajando las escaleras resoplando como un ternero jadeante y blasfemando como un cochero de punto. Tomás Meabe, con aquella risa serena y con una mesilla de noche en los hombros, bromea con todos y Garrote se alivia de salud, con los largueros de la cama o alguna silla de rejilla.

El carrito con los cuatro trastos para automáticamente en todos los *bistrós*. Gustavo tira de varas con una decisión magnífica, y Garrote y Meabe remolonean detrás, cuando no tiran en sentido contrario. Pero carro, muebles y amigos son arrastrados siempre por el ímpetu de este folletinista, todo decisión.

Castillo de la Mota. (óleo) *Colección de Don José Camiño. Bilbao.*



Eva. (óleo) *Colección de Mr. F. Stoop. Londres.*

Flora. (óleo)

Hacía algún tiempo que Maeztu y Meabe se habían instalado en Val-de-Grâce, desfilando por su estudio ese mundo pintoresco que anida en el París de la quimera y de lo inverosímil. El canallita español, con su capa y su guitarra, el atorrante sudamericano, medio señorito, medio literato. Un servio de vida sombría. Muchos españoles sin oficio, que se dicen revolucionarios, y el imprescindible catalán de siempre.

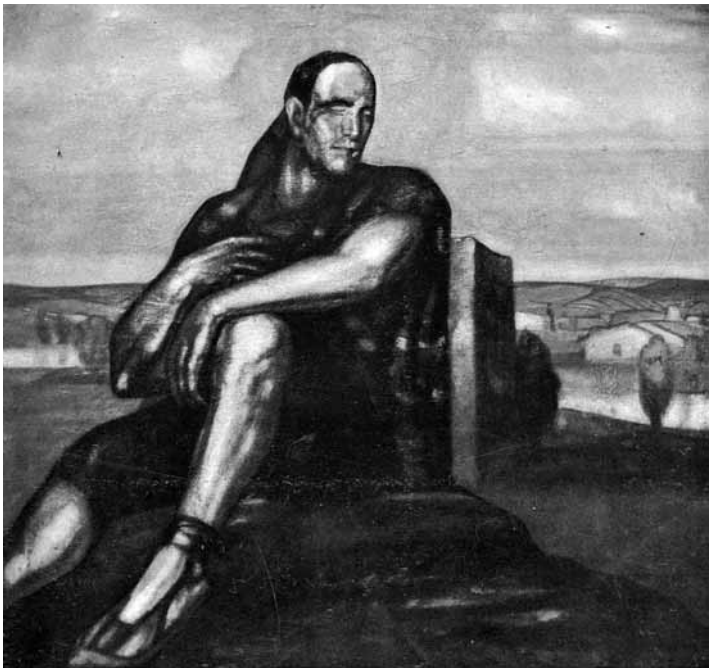
Un ventanal grande da al patio, frente por frente, donde unas sirvientas asoman alegres sus gracias de cuando en cuando.

¡Cuántas tardes lluviosas y tristes distrae el tedio de todos las ocurrencias chispeantes de Gustavo! Meabe traducía entonces para la editorial Garnier y precisamente, aquellos días, la edición francesa del siglo XVIII, de Platón. En la penumbra se distingue en un rincón del estudio, Bellido, un irunés desterrado por insultos al Rey de España. También acuden a menudo Jáuregui, un socialista de Vergara, decorador y protector de los artistas jóvenes. Pablo Arriarán, el gran pastichista e imitador de Museos. En la pared hay colgada una guitarra sin cuerdas, que nadie sabe tocar. Algunas tardes, cuando el sol invernal acaricia el ambiente, Maeztu abandona el desván de Val-de-Grâce y se deja perder entre el hormiguero voluptuoso de la gran ciudad, en un cafetín ignorado, de cualquier *faubourg*, suelta el hilo de su optimismo y deja que la cometa de su ilusión vuele alta, muy alta.

Las noches de estrellas, cuando las heladas empañan las vidrieras de los restaurants y cafés, atraídos por la sugestión de una tradición romántica, concurren a la «Closserie des Lilas» en la *Place de l'Observaioire*, donde en noches parecidas acudían Paul Verlaine, Alfred de Musset, George Sand, Chopin y todo el París interesante. A las clásicas reuniones de los martes acuden en esta época Anglada Camarasa rodeado ya, de incondicionales admiradores, el interesante pintor americano Tito Salas, Gómez Carrillo, con su estela de grandes antipatías y simpatías, Guillaume Apollinaire, el crítico moderno, el verbo del cubismo y el ardiente defensor desde las columnas del *Mon Joie*, del monumento a Oscar Wilde, de la creación discutidísima por su concepto, del escultor inglés Stein.

Otras noches, la silueta pintoresca de Gustavo vagaba por entre las mesas del café «D'Arcourt» muy concurrido también por los artistas y donde el puño de un gendarme animal, de uno de *les brutes*, terminó de un puñetazo con Henri Murger, el novelista cantor de la vida bohemia de artistas, grisetas y estudiantes. El público de este café era muy complicado y mal mirado por los polizontes. Concurrían muchos extranjeros, principalmente rusos y españoles, Bellido, Meabe, Jáuregui, Arriarán y Gustavo de Maeztu por su espíritu folletinesco, entre ellos.

Un ingeniero belga, un tal Rull, hombre de extraordinaria simpatía, había llegado aquellos días. Su inteligencia clara y su bondad pronto encontraron la amistad sin-



El Ciego de Calatañazor. (óleo) *Museo de Bilbao..*

Castillo Cristiano de Ágreda. (óleo) *Colección de Don Gregorio de Ibarra. Bilbao.*

Estudio. (dibujo)

cera de los españoles del «D'Arcourt». Soledad Villafranca, la amiga de Don Francisco Ferrer y Guardia, también acudía entonces a este café.

Pero las detonaciones de la rue Rivoli, la noche del atentado, hicieron desaparecer a muchos de aquellos muchachos y la figura del simpático ingeniero belga se fue fundiendo en el olvido de los asiduos concurrentes al cafe «D'Arcourt».

Tiempo después, los contertulios al clásico café se enteraban, con gran sorpresa, de que el ingeniero belga Rull, era Mateo Morral, suicidado en Madrid después del atentado de la calle Mayor.

En la rue Val-de-Grâce, como en Campagne Première, la situación económica de Gustavo no ofrecía variantes. Cualquier devaneo desequilibraba su presupuesto y estos devaneos en la tentadora ciudad eran demasiado frecuentes. Gustavo, además, aún no tenía ese vil marchante que a humillante precio le arranca al artista su mejor cuadro, y con una tela bajo el brazo tenía que concluir con lo más difícil del arte: vender.

Días de frío intensísimo, nieve y agua abundantes; pero a Gustavo no le hacía el mal tiempo perder el buen humor folletinista, y su salud de oso polar dejaba en ridículo a las inclemencias invernales.

El ultramarino de la esquina es uno de los odios seculares de todo artista, y con sobradísima razón.

Soriano. (pastel) *Colección del Sr. García Verde. Madrid.*

Retrato de Don Luis Bilbao. (dibujo)

Un buen día no había comida. Gustavo pintó un cuadro y como no había lugar para colocarlo, dado lo reducido de la habitación, lo puso a secar en la ventana del patio -por donde unas encantadoras vecinas asomaban la sana alegría de su juventud- marchando luego a visitar al simpático Bellido. Unas carcajadas estrepitosas picaron la curiosidad de Meabe, que trabajaba en unas traducciones para Garnier y su sorpresa fue grande cuando encontró el suelo lleno de patatas, cebollas y otras hortalizas variadas.

Meabe lo comprendió todo y llorando de risa bendijo mil veces al cielo, diciéndole a Gustavo cuando regresó de conferenciar con Bellido: «Este cuadro te ha de producir mucho dinero.»

Efectivamente, cuando Gustavo salía de casa, Meabe asomaba a la ventana el cuadro famoso e invariablemente se repetía la lluvia de patatas, cebollas y demás hortalizas. Este milagro que achica al del maná de los israelitas, se estuvo repitiendo en Valde-Grâce, núm. 10, 6.°, durante mucho tiempo, y gracias a él resolvieron en parte el difícil problema de la alimentación que entonces, como hoy, es casi insoluble, para los pocos amigos de la diosa fortuna, como por aquel entonces acontecía a Garrote, Meabe y Maeztu.

Pero al fin, Gustavo se entera de todo. Cambia de color y en dos zancadas se presenta al dueño de la habitación de enfrente para pedirle explicaciones.

Unos gritos angustiosos, unos insultos atroces en un francés detestable y agarrados del pescuezo caen rodando por las escaleras abajo, abrazados como dos osos que luchan hasta el descansillo del segundo piso.

Autorretrato. (óleo) *Colección de Mr. F. Stoop. Londres.*

VII

LOS AMIGOS DE ARRAUCHI

POR entre las arcadas de la melancólica Plaza Nueva paseaba Gustavo una tarde lluviosa, de esas clásicas que han dado tanto carácter a Bilbao, dialogando consigo mismo y riéndose como un maniático, al parecer, de sus propias ocurrencias.

Cuando un hombre es inferior al ambiente y, por lo tanto, más débil que el medio, cae necesariamente en esa depresión nerviosa que se llama neurastenia y huye de la concurrencia como un animal enfermo. Cuando el hombre se ajusta al ambiente, se adapta, convive y desliza tranquila su existencia acudiendo a la jura de la bandera, a los fuegos artificiales y a los paseos públicos. Pero cuando un hombre es superior al ambiente, se le crispan los nervios y despide descargas eléctricas, en sus diversas maneras de producirse.

Para Gustavo el ambiente bilbaino de aquella época era intolerable. Las gentes se reían de sus pantalones de trencilla, de sus sombreros grandes y de sus cuellos alemanes y, lo que es peor, de sus ideas *chirenes*. Las perspectivas de Bilbao, por otra parte, son cortas y las vidas pintorescas donde saciar la curiosidad de su pico folletinesco, escaseaban, teniendo su exceso de salud necesidades apremiantes que satisfacerse. Gustavo sentía la necesidad de gritar, de insultar, de hacerse oír, de levantarse sobre un banco o sobre una barrica -desde luego vacía- para tener su primer prosélito.

Acacia. (dibujo) *Colección Segura. Barcelona.*

Extremeño. (óleo) *Colección de D. José M. Oyanguren. Bilbao.*

Manrique. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

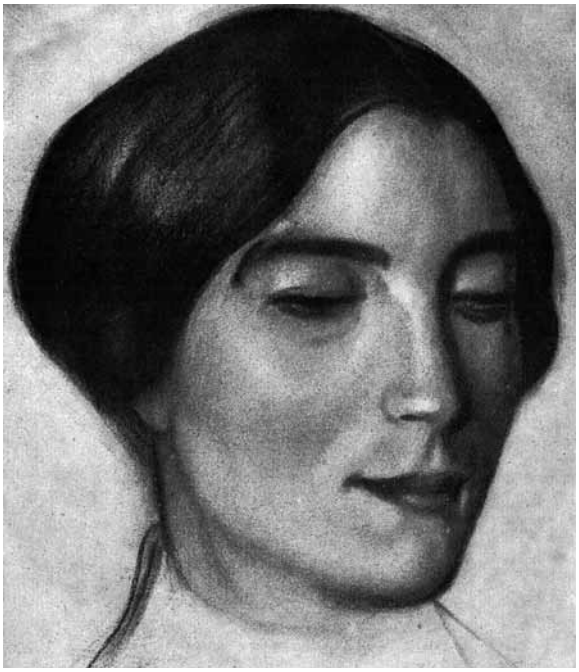
En la rotonda del café Arriaga, atraídos por la simpatía de los intelectuales, empezaban a agruparse los primeros amigos, algunos jóvenes republicanos que jamás hablaron, algún criminal que otro, dos o tres carteristas y el *glover troter* que, de cuando en cuando, caía por Bilbao. Gustavo era el centro de aquellos pintorescos Círculos donde se maduró el propósito y se decidió la suerte de *El Coitao*.

Pepe Arrúe tenía ochocientas pesetas que las aportaba al negocio, Gustavo de Maeztu, desde entonces «Don Tejón Vélez del Duero», aportaba *el alma*, ya que no se la pudo colocar al Diablo y ya que los sinvergüenzas del Monte de Piedad no las toman, y, Luis Mogrovejo, su casa -como redacción- en la calle Santa María.

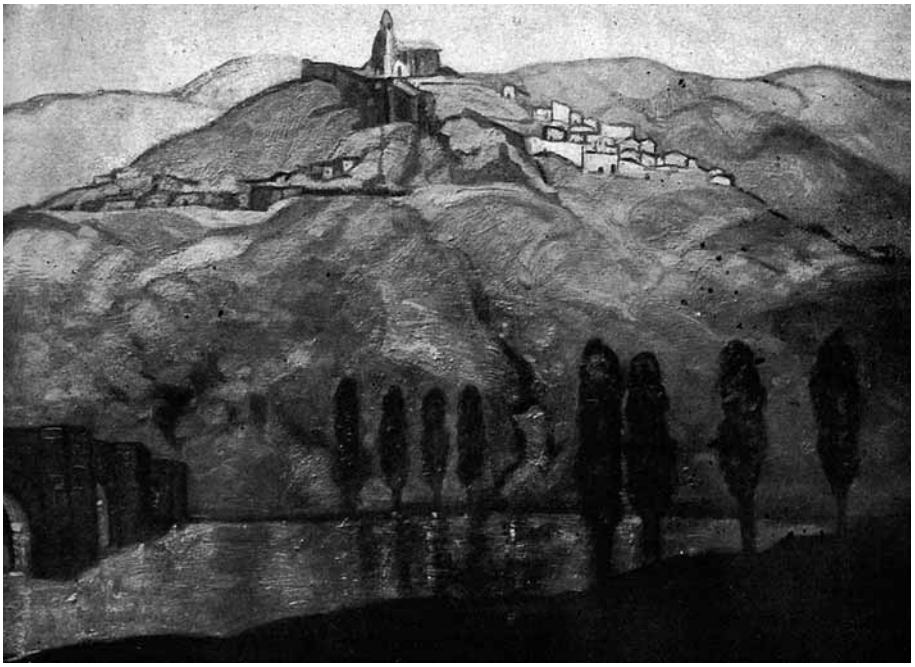
Un semanario nuevo, en una población pequeña, es siempre un acontecimiento que pica la curiosidad de las gentes y, por lo tanto, *un negocio*, debió de pensar «Don Tejón Vélez del Duero» y la llama del optimismo prendió en los corazones de los tres consejeros. ¡Qué duda cabía! ¡Estaban sobre un negocio! ¿Por qué privarse, por lo tanto, de menudencias?

Tres cafés, tres copas y tres puros, para los tres consejeros y Hurtado de Amézaga arriba, camino del frontón, como tres señores constitucionales, o como tres señores establecidos. Un ochenta a cien, una vuelta, otra vuelta, un sudor frío y ¡pum! la pelota al colchón. Epítetos y más epítetos y... una ilusión desvanecida.

Pero «Don Tejón Vélez del Duero», sobreponiéndose al desastre y sacando fuerzas de su desconsuelo, habló con gran sabiduría: ¡Oye, Pepe! ¿Cuántas pesetas nos quedan? -Seis- Pues tráelas. Vamos a comprarnos tres puros para dar sensación de riqueza, y, echaremos el humo a las narices del impresor para convencerle.



La Petra. (dibujo) *Colección de D. Tulio Bonafoux. Londres.*



San Vicente de la Sonsierra. (óleo) *Colección de Don Arcadio D. de Corcuera. Bilbao.*

Así debió suceder, porque *El Coitao* aparecía el 26 de enero de 1908. En las sacristías fruncieron el entrecejo y rascándose la coronilla, dijo un coadjutor:-No sé, no sé, pero éstos deben ser de los de *la cáscara amarga*-. ¡Canastos! -dijo otro- yo creo lo mismo. Algunas beatas de las siete calles encendieron unas velas para sus santucos.

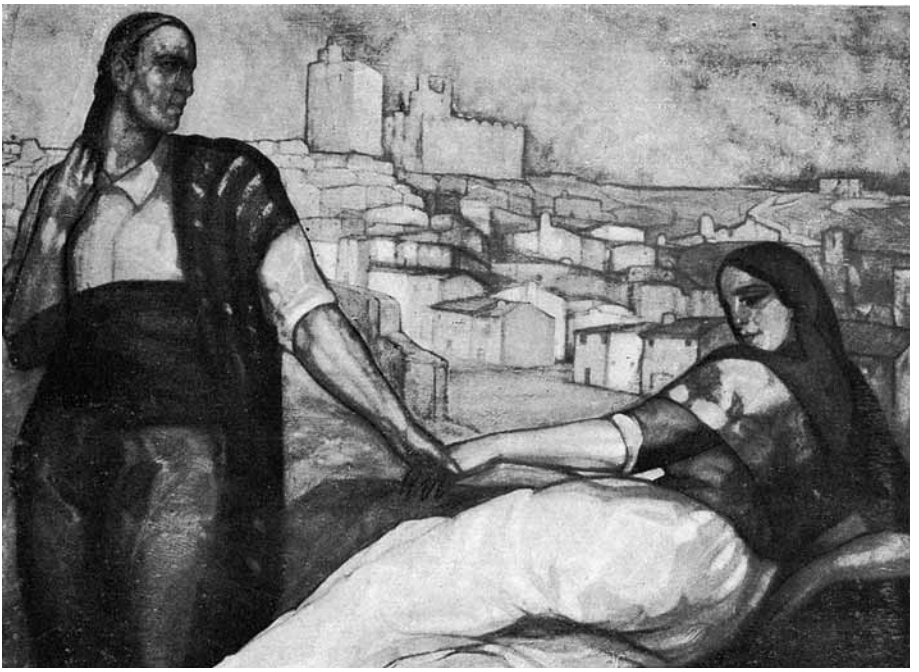
Pero no pasó nada. *El Coitao* fue una equivocación de medida. Era demasiado semanario para el Bilbao de aquella época, y la decepción fue grande para los tres consejeros, quienes cayeron como buitres sobre la calde¬rilla, con más codicia que nadie «Don Tejón Vélez del Duero». Del primer número se vendieron ochocientos cuarenta y dos ejemplares. Se publicaron ocho números, hasta que el pobre Don Serafín Arrauchi y Arrauchi, *El Coitao*, después de arrepentido, tuvo que morirse perteneciendo a la Congregación de la Buena Muerte, pero siempre burlón y anticlerical, aunque, como es natural, creía en Dios y en la Santísima Trinidad. Ante el cadáver de Don Serafín Arrauchi y Arrauchi, «Don Tejón Vélez del Duero» exclamó dolorido: ¡Lástima grande que te vayas! Habrá que hacer -dijo luego a Pepe Arrúe- otro «Pan de los Pobres», que tenga más éxito que el pobre *Coitao*.

Peor para Bilbao, repuso un desconocido, si no puede sostener un semanario decoroso por falta de inquietud, de espíritu y de rebeldía. Pepe Arrúe se mordía la boina de dolor y todos rezaron arrodillados un responso por el alma del pobre Don Serafín Arrauchi y Arrauchi. «Don Tejón Vélez del Duero» cubrió aquella cara con un pañuelo blanco y uno por uno todos fueron desfilando.

Entre los colaboradores de *El Coitao*, recuerdo a Pío Baroja, Ramón Basterra, Maeztu, Unamuno, Juan de la Encina, Ramón Sánchez Díaz y, entre otros, Linacero. aquel muchacho tan azotado por la vida. En la cárcel, en una celda con su boca abierta como una llaga por el dolor, dejó lo mejor de su salud. Aún en sus últimos días, acudía a la tertulia del café, con la sequedad de la Muerte en los labios. ¡Esto de venir un agonizante al café!, pensaban algunos. Y el pobre Linacero quedaba solo con la fatiga agitando su pecho. Algunos días, su amigo Villaverde, empleado en el Cementerio de Vista-Alegre, le decía: ¡Oye, Linacero! ¿Por qué no vienes por Derio? Linacero callaba, inclinando la cabeza.

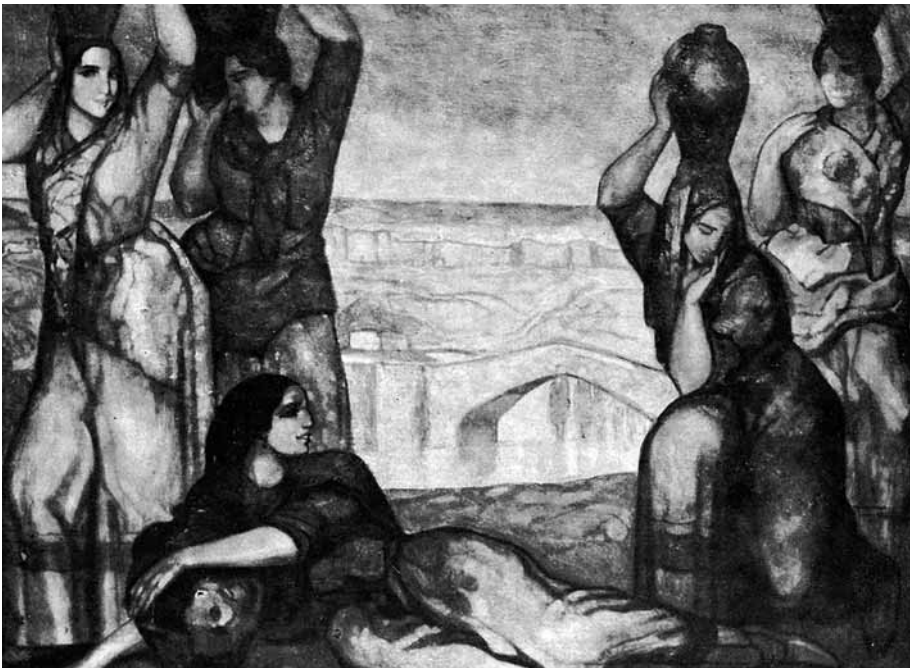
¡Tengo frío!, nos dijo una noche de verano. La orquesta del café del Boulevard servía de contraste. ¡Tengo mucho frío! Yo callaba. Villaverde insistía, ven por Derio, que el campo te conviene. Al fin, el pobre Linacero obedecía a su amigo. A los dos días le enterraban en Derio.

¡Otra vida quebrada!



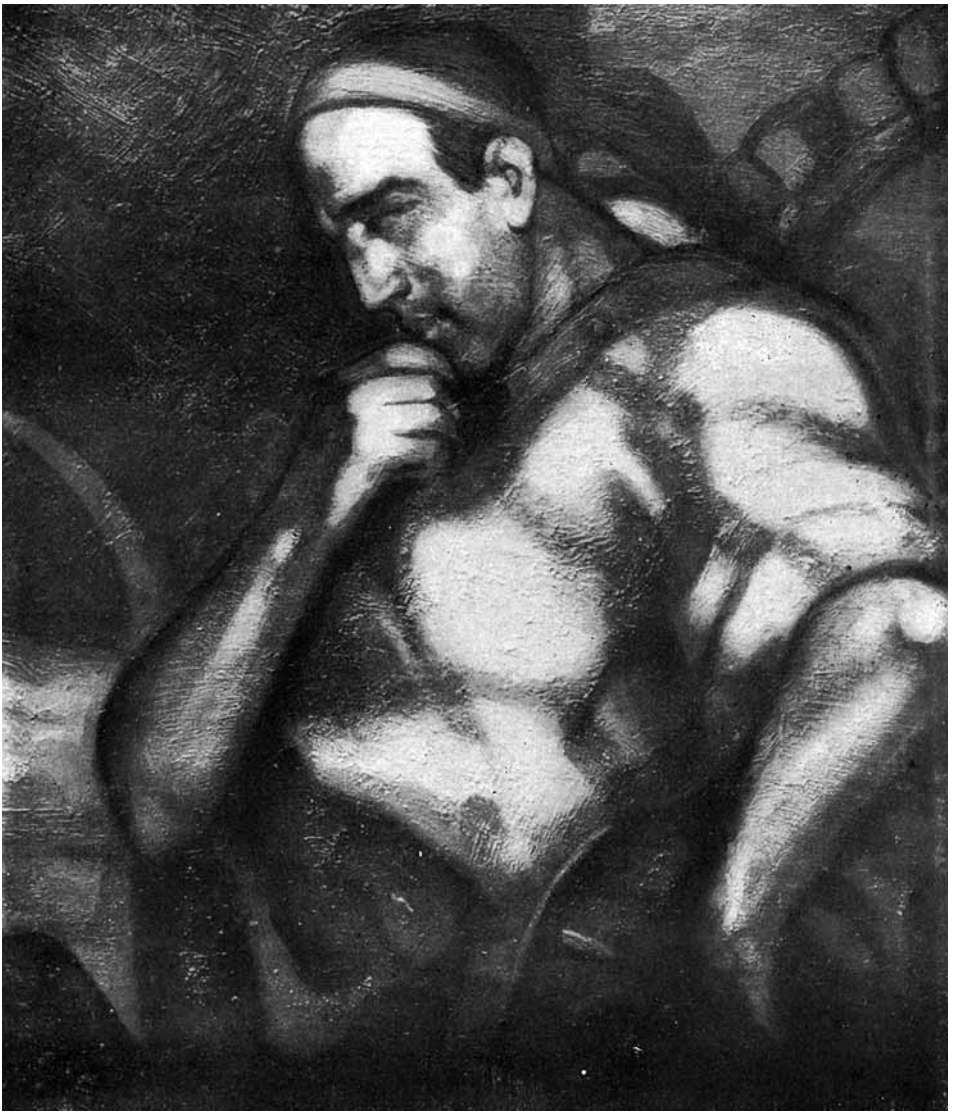
Los Novios de Voz-Mediano. (óleo)

Estudio para «Los Novios de Voz-Mediano.» (dibujo)



Las Samaritanas. (óleo) *Colección de Mr. Vandersouten. La Haya.*

«La Tierra Ibérica.» Tríptico Panneau central. (óleo) *Club Español. Londres.*



Fragmento del panneau lateral derecho del tríptico «La Tierra Ibérica.»

VIII

DESDE EL CAFÉ farniØre

GUSTAVO no es más que un seducido por el gesto. No es un hombre de acción, sino un teórico de la acción, y la teoría hace más prosélitos que la acción. Así que con sus palabras sobre la revolución, con sus teorías revolucionarias acerca de todo lo que no está para él cómodamente dispuesto, con su donaire, con el sabor pintoresco de sus narracciones, ensanchó pronto el corro de sus amigos y a punto estuvo de dedicarse a revolucionario profesional.

El Casino Republicano de Bilbao le ofreció su tribuna y allí obtuvo un éxito con su tema «Crisis de la retina y defensa del color», presentándose con su corbatón y su *posse* de *fauve*, para epatar a los chamelistas del Casino.

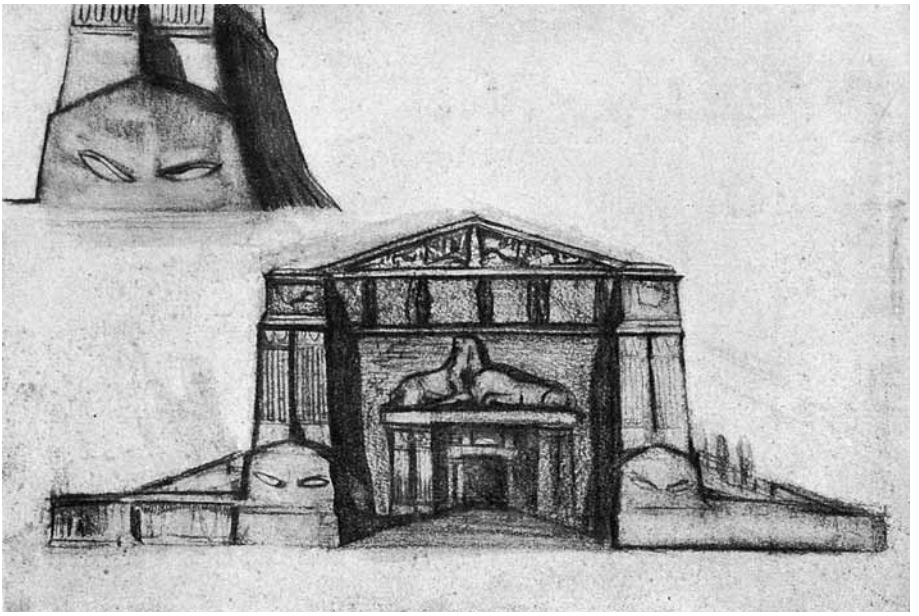
Al conferenciante lo presentó el traga-curas y hombre de temple revolucionario, Angel Anguiano.

¡Cómo cambia un mostrador! Hablarle ahora a Anguiano de Revolución, es lo mismo que presentarle la Cruz al Diablo, que según dicen las beatas, le da mucha rabia y se sube a los faroles. Angel Anguiano tiene ahora en la cabecera de la cama el retrato de un director de Banco, apoyado sobre un tricornio de guardia civil, alumbrado por dos velas.

La semilla revolucionaria, que tan pródigamente sembraban los teóricos de la revolución, iba fermentando la revuelta, mientras los sembradores tomaban serias precauciones.

El tren de Achuri es un tren incómodo, como para negros del Senegal; pero, ¡qué caramba!, sólo son cuatro horas hasta la frontera francesa y Gustavo se instaló aquel verano en Biarritz, en un hotel modesto de *cocottes*, y *chauffeurs* de burgueses. En España no había suficiente tranquilidad, y Gustavo, dado su carácter impulsivo, «se temía a

Rincón de Orio. (óleo) *Colección de Don Eugenio Leal. Bilbao.*



La Tumba del Genio. (dibujo) Proyecto de Arquitectura.

Estudio (dibujo) *Colección de Mr. C.R. Smith. Londres.*

sí mismo», como le dijo un día en secreto a un revolucionario de la Junta directiva del Casino, «Sección, Bailes y Kermeses».

Tomás Meabe, siempre trashumante, continuaba desterrado de España en Saint Jean de Pied de Port y esta circunstancia le llevó al lado de su íntimo y buen amigo.

De Biarritz a Bayona y de Bayona a Saint Jean de Pied de Port y de aquí a Saint Jean le Vieux a su casa «Lutchinea», donde con Tomás Meabe recibían visitas extrañas de españoles que estaban refugiados en aquella frontera.

Cuando en España el sentimiento revolucionario palpitaba con intensidad, para Gustavo era aquella época, un paréntesis de calma abierta en la deliciosa campiña vasco-francesa, en sus atardeceres incomparables, en esos crepúsculos de tintas rojas y azules, que como dice Mourlane Michelena, parece que están organizados por sus «Sindicatos de Atracción al Forastero».

En aquella encantadora región donde Rostand edificó el paraíso de sus ensueños de poeta, todo él, museo, todo él, hogar, y que la asquerosa realidad ha convertido en veinticuatro horas en suntuosa y aristocrática residencia de un burgués.

Unos cuantos sostenemos que el espíritu es superior a la materia. ;Qué sarcasmo! Las exquisitas joyas artísticas atesoradas por el gusto refinado de un intelectual coleccionista pasan a poder de un cualquiera, mediante entrega de unos cuantos discos metálicos, ¡Cuánto tenemos que aprender los eternos protestantes, de este hecho! Y menos mal que al buen Rostand le ha cogido el acontecimiento cuando, desde hace algún tiempo, está dedicándose a la dulce tarea del reposo eterno.

Vivían Gustavo y Tomás en la apacible tranquilidad de «Lutchinea», mientras sobre el Pirineo francés, el resplandor rojizo de las hogueras, de los conventos barceloneses que ardían en pavesas, reflejaban en el cielo.

Un aire de tragedia llegaba de España, cuando los primeros fugitivos traspasaban la frontera, burlándose graciosamente de la vigilancia de los carabineros.

El movimiento había fracasado y Gustavo, al atardecer, rodeado de varios amigos, tomaba vermouth en el cafe *Farniére*, de Bayona.

Acosado y acorralado por sus correligionarios en la terraza del *Farniére*, por su infame deserción, Gustavo contestaba muy serio: «Yo he estado aquí, conteniéndome a mí mismo, por ser éste un sitio estratégico para acudir al lugar de más peligro; pero no he recibido ningún aviso.»

Después, a París, a organizar la tumultuosa manifestación contra el despotismo español, y apedrear el consulado de Su Majestad Católica, aunque luego se conformó con abrirle la cabeza a un guardia de un brutal ladrillazo. Esto debió convencer a los más exaltados correligionarios, porque Gustavo siguió disfrutando de su crédito revolucionario, como hombre de acción, entre los chamelistas del Casino.

¡Cuántas veces recuerda el vermouth del *Farniére*!

Panneau izquierdo del tríptico «Ofrenda de Levante a la Tierra Española.»

Panneau derecho del tríptico «Ofrenda de Levante a la Tierra Española.»

Panneau central del tríptico «Ofrenda de Levante a la Tierra Española.»
Proyecto de decoración.

IX

EL REGISTRADOR DE LA PROPIEDAD DE SEVILLA

CÓMO ser romántico y no vivir una temporada en Sevilla? Aunque ya no creen en Sevilla, más que los ingleses y los señoritos flamencos españoles, esa lepra tan extendida por toda España, allá se fue Gustavo, con su carpeta bajo el brazo, a pasar una temporada en las orillas del Guadalquivir,

Más que a esa Sevilla del señoritismo, de sosos y de castizos, más que a esa Sevilla flamenca que nutre de estupidez todos los escenarios de varietés, más que a esa Sevilla de guitarreo y de mujerío de ojazos, como dicen los castizos chipén a la hermosa ciudad del Betis, a la Sevilla quimérica de Don Juan, probablemente para ver si la osadía del burlador dejó algo, y campear en sus atardeceres como gentil sustituto.

Y allá en Triana, en la misma calle del Betis y frente a la Torre del Oro, se instaló en compañía de Pepe Arrúe y de Pablo Arriarán, para paladear mejor el carácter.

A Gustavo siempre le ha perseguido el folletón y en Sevilla quiso este pájaro negro que su albergue fuese una iglesia abandonada y convertida por su propietario en carbonería y talleres con vivienda para artistas. La distribución de tal vivienda era muy pintoresca. Los huecos que formaban sus naves laterales estaban habilitados para un vecino y por este motivo tuvo Gustavo que anidar sobre lo que en otros tiempos fue un altar.

Santificados por el ambiente, la vida de estos tres nuevos vecinos fue honesta y tranquila, tal como a su situación correspondía y más cuando la abundancia de dinero no podía turbar la paz de sus espíritus.

Una tinaja, llena de vino de la hoja donde de vez en cuando caía de bruces Gustavo como en un pozo de inspiración, le hacía hablar a menudo en un extraño andaluz, mientras Sevilla languidecía plácidamente arrullada por el Guadalquivir.

Pero un día entró al taller un perro de la vecindad y olfateando, mordisqueando y enredándolo todo, se llevó la bota izquierda de Gustavo, quien ajeno a la gracia, estaba sobre un lienzo donde sus pinceles eran alas ligeras de su fantasía.

Desde aquel momento, ya no hubo tranquilidad en aquella corte celestial. Gustavo, indignado, protestaba de lo que él creía una broma pesada de Arriarán, volviéndose loco buscando entre cajas y trastos viejos del taller la bota desaparecida.

Al fin, después de asegurar que los andaluces no tenían gracia, que los graciosos son los catalanes, no tuvo más solución que salir a paseo, aunque refunfuñando, con las botas de la patrona.

Castillo de Lesaca (óleo) *Colección de Don Carlos Prado. Bilbao.*

Aldehuela de Ágreda. (óleo) *Colección de Don Ignacio Zuluaga. Zumaya.*

Rosario (dibujo)
Colección de Don F. Pedrajo. Bilbao.

Carmela. (dibujo)

Con una bimba vieja, después de cortadas las alas y pintarla de color de rosa y con lana del colchón de Gustavo, como luengas barbas, se hizo Arriarán un cierto parecido a San Pedro para estar más en carácter en aquel santo lugar. Y con una bata roja de la patrona y sin calzoncillos siquiera, salía hasta la taberna de la esquina a tomar unas cañas, seguido de toda la chiquillería del barrio.

Así Sevilla era bastante divertida y más cuando se vendió el primer cuadro. Con el importe, lo primero se compraron unas botas para Gustavo. Después, a cenar copiosamente y tres butacas para el «Teatro del Duque», donde se representaban Los intereses creados. A Gustavo le apretaban las botas nuevas y tenía un humor del diablo. Era en el prólogo, cuando en la sala sumida en sombras, la impertinencia de un sevillano que comentaba en voz alta, exasperó los nervios de nuestro amigo, cayendo sobre el importuno con gran estruendo. La representación que se suspende, la sala que se ilumina y los acomodadores, velando por el sagrado orden del espectáculo, que sacan arrastrando a nuestro amigo, aún con la presa entre sus garras. Gracias a una amistad no paró en la comisaría.

Al día siguiente, lo sucedido, fue la comidilla de los asiduos concurrentes a los aristocráticos círculos sevillanos, porque entre el texto de un periódico de la mañana, en lugar preferente y con grandes titulares, se decía: «El Registrador de la Propiedad de Sevilla, a punto de ser estrangulado por un loco furioso, en el Teatro del Duque...»

Coloquio Romántico. (óleo) *Colección de Don Eugenio Leal. Bilbao.*

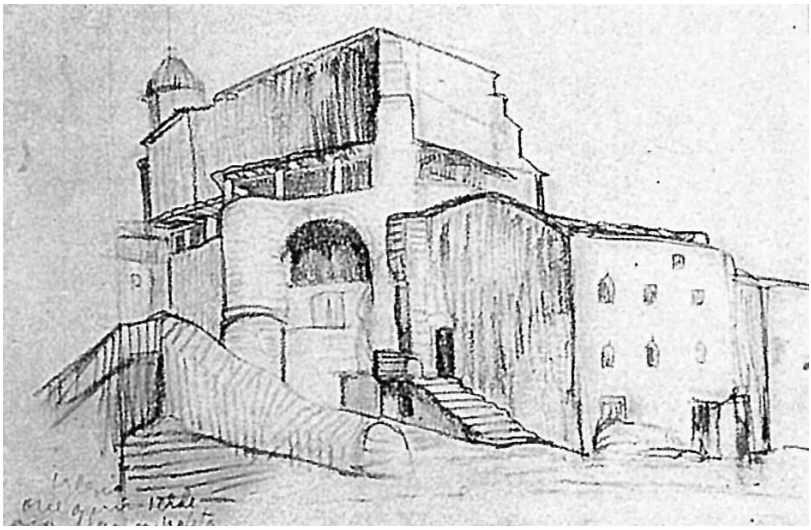
X

AL FONDO notre dame

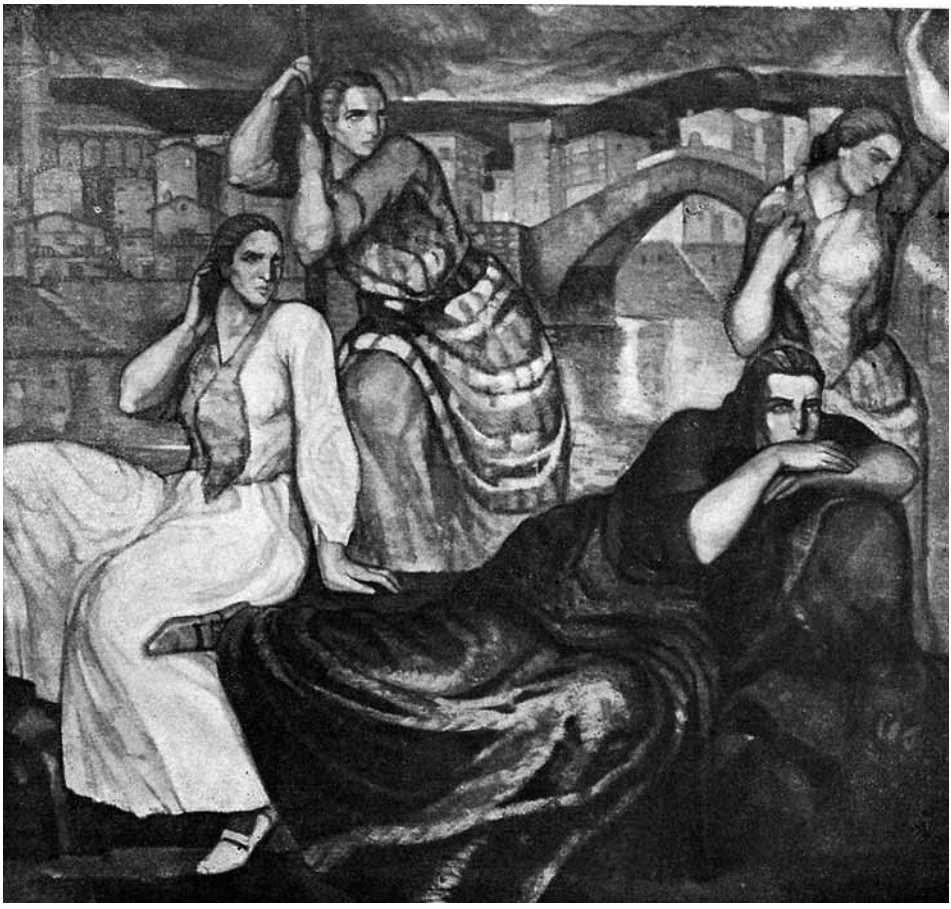
AUNQUE Gustavo de Maeztu tiene el pecho de cristal, es necesario convivir con él algún tiempo para conocerlo. Gustavo de Maeztu -mi amigo del alma- es un producto rubio, con una cabeza llena de porqués, al servicio de una vibrante sensibilidad. Despreocupado y voluble, su gran fantasía y su ágil inteligencia escapa a los detalles y resbala los matices. Como es sincero, a pesar de su pelo de zorro y su alma de arandino, su obra es su propio reflejo; de concepto grande, desdeñado el detalle, de trazo siempre fuerte como sus músculos de gabarrero y a veces lírica, a ratos decadente o humorista.

Es según las sensaciones que recibe. De aquí que su obra sea tan variada, dentro de su indudable y bien definida personalidad. En su cabeza no hay ideas firmes ni conceptos sólidos. Cree -por ejemplo- en la voz sabia de la serpiente y en el elefante blanco de la India, o en el hipopótamo del Nilo, y teme a Dios y al Diablo. De pronto se siete musulmán y se va a tomar vermouth al café Iruña, con Ramón López Chico y Leandro Aldecoa, para que le hagan posturas de odalisca, y con los ojos en blanco deja correr al galope su fantasía oriental, en aquel ambiente de arabescos complicados, porque, según él, todo lo mahometano le sienta bien.

Todo en él tiene su poso de egoísmo, en torno del cual, cree que debemos vivir sus amigos preocupándonos de sus preocupaciones. Y el caso es, que así vivimos. Su taller es la Meca de la Amistad, y es un continuo ir y venir de amigos, unos pregun-



Estudio. (dibujo)



Las Mujeres del Mar. (óleo) *Colección de Mr. Vandersouten. La Haya.*

Estudio. (dibujo)

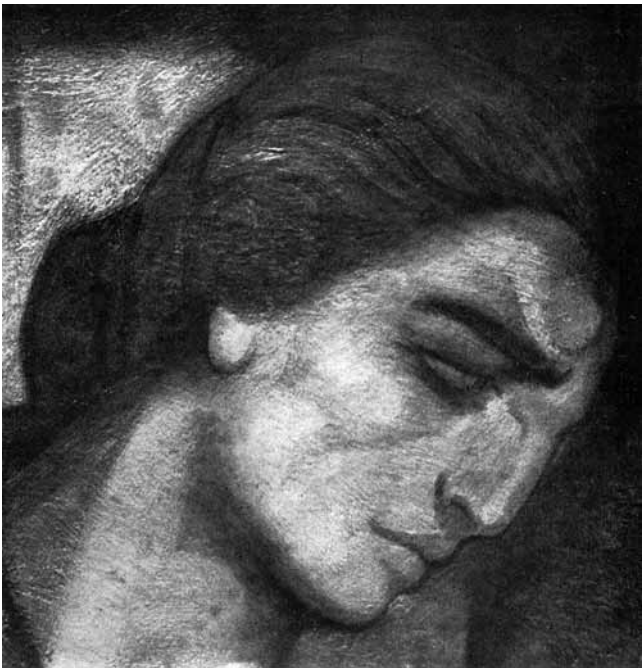
tando a ver si vende, otros si se divierte Gustavo, si es cierto que marchó para Bombay o si ayer llegó de Calcuta.

Sin su prudente preparación, le dice a uno: «Tengo que darte una buena noticia. Creo, que voy a vender las cinco partes del mundo.» Uno cambia de color, y le daría una patada en la Oceanía, por ejemplo. Pero su alegría de perro, sus carcajadas estranguladas, sus zalemas y sus abrazos, se apoderan de uno, le comunican, a pesar de todo, su alegría, y a tomar un whisky, y... tarde perdida.

Recién llegado de Londres, cuando las multitudes obreras pedían trabajo al Gobierno, Gustavo, emocionado al oír cantar la Internacional a cuarenta mil voces, se puso al frente de ellos gritando: ¡Viva el Noy del Sucre! Luego, nos describía a su manera, para decirnos en tono de sentencia: «Cuando Lenin llegue en su caballo blanco al Strand, la hora económica del mundo habrá terminado.»

Que su temperamento es literario, lo demuestra su obra pictórica, además de las novelas, *Andanzas y episodios del señor Doro, El vecino del tercero, El imperio del gato azu*l y *El robo de la Gioconda*, escritas hace algunos años.

Una tarde en París, el cardenal purpurado aparecía ante la multitud, sobre el fondo gris de *Notre Dame*, para bendecir a sus amigos, los «trompetas» de la Acción Francesa. Aquella mancha encarnada como una amapola y aquella multitud vitoreando al



Fragmento de «Las Mujeres del Mar.»

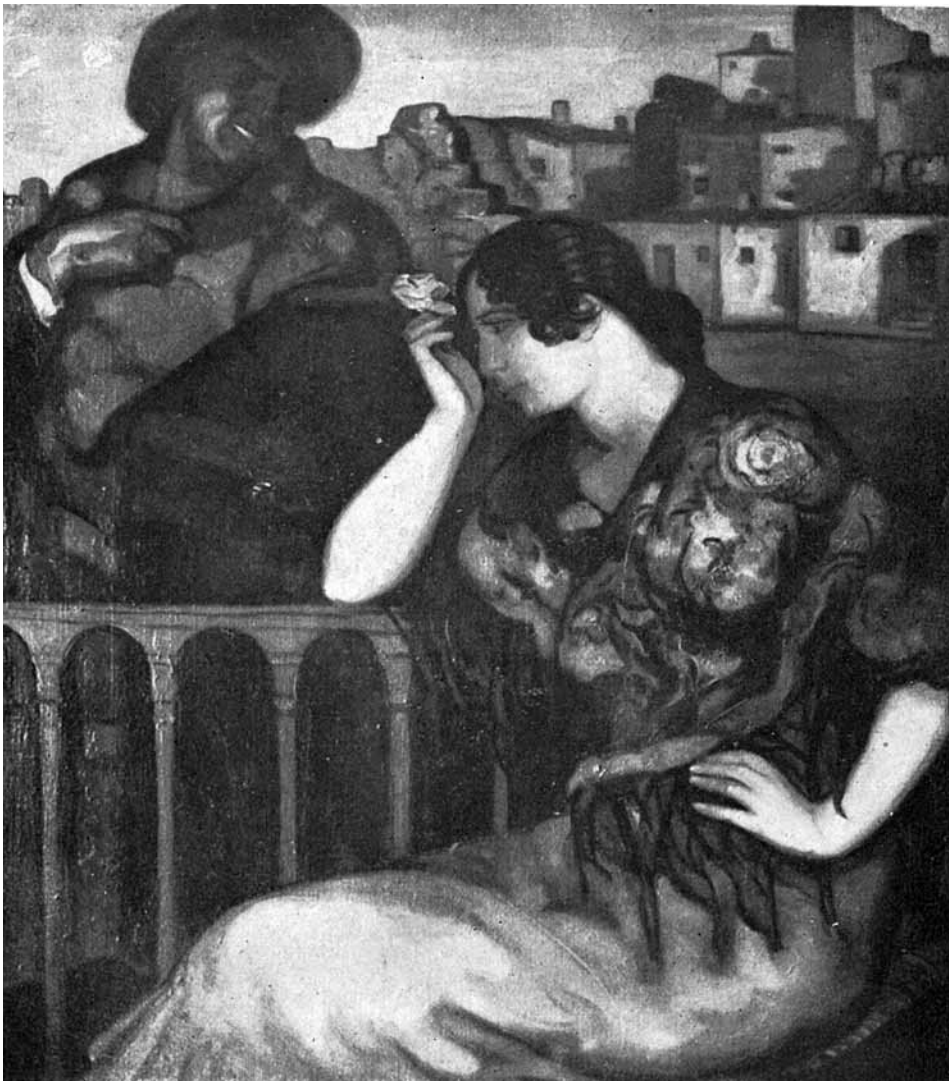
Estudio. (dibujo) *Colección del Sr. Barrenechea. Irún.*

cardenal estremecieron a Gustavo, que, emocionado, pretendió hacerse «Hija de María». Un amigo le disuadió de su descabellado propósito.

En Madrid, en París, en Londres, ha experimentado grandes emociones. En Murcia, abrazado a «Ojo de perro», un electorero de Cierva resbaló por su nariz ciranesca una de sus lágrimas que guarda para estos momentos de gran emoción.

«¿Soy clásico, o romántico? ¡No lo sé!» Ha preguntado a gritos, al Destino, mil noches báquicas, saltando entre un corro de hombres y mujeres borrachos.

Pero el Destino no contestó jamás.



Coloquio Castellano. *Colección de Mrs. Richart. Kent.*

XI

EL ESPÍA RUBIO

DICE Gustavo de Maeztu, que tiene los ojos como el besugo, que escudriña en la profundidad de los mares y presiente a través de las ondas, acercarse el temporal.

Así, este viajero curioso y distraído, de espíritu bohemio y trashumante, presiente a través de los vientos, en su perfil janícipe, donde la mesa de la amistad está servida, guiado sin duda por una estrella errante, que llega siempre a esta mesa a la hora de las íntimas confidencias.

Gustavo es un temperamento afectuoso, pero descariñado. Jamás deja raíces su amistad, aunque su cordialidad jocunda se derrama con largueza por los caminos que su espíritu errabundo le va señalando imperiosamente. Con sus maletas y carpetas debajo del brazo, ha recorrido toda España, dejando su sombra de viajero a lo largo de las carreteras polvorientas, por fonduchos, posadas y mesones, una estela de curiosos recuerdos.

Su ojo de besugo presiente a través de los cantos catalanes el bienestar del dinero, y en Barcelona cae de nuevo, desembalando sus cajas y colgando su obra en las «Galerías Layetanas»[1], regentadas entonces por el que fue Santiago Segura.

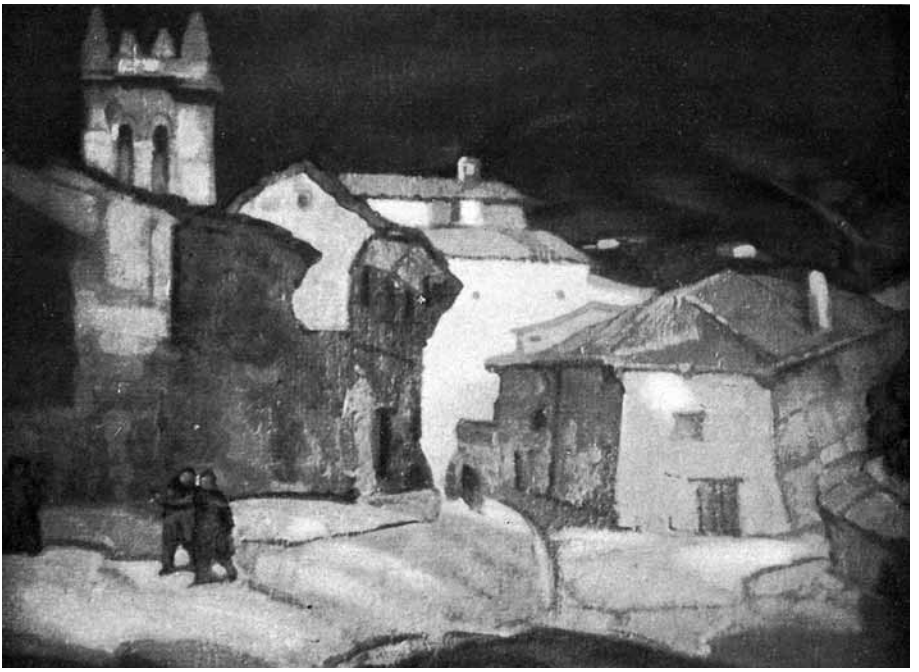
En el Café Continental, cultiva a los aburguesados y a los intelectuales. Don Miguel Utrillo, hombre inteligente y mundano, ha introducido al viajero entre sus amigos Paco Pujols, Labarta el dibujante y Cristóbal Domenech.

Por las noches, su silueta adquiere distinta fisonomía y con Paco Iribarne, redactor jefe del periódico *La Lucha*, de Marcelino Domingo, se confunde entre el lerrouxismo que palpita en el ambiente viciado del enorme Cafe Español situado en el Paralelo. Allí, conoce al «Noy del Sucre» y le proclama hombre extraordinario.

En los amaneceres, mientras Don Santiago Rusiñol canta una sardana y masca un puro rebelde, sentado junto a su pernod, Gustavo bebe y ríe empachado de satisfacción y de optimismo.

En Barcelona, se encontraban entonces Paco Iturrino y el diabólico Picasso. Aprovechando esta coincidencia, se les ofreció un banquete en unión de Gustavo de Maeztu, que, con su Exposición, obtuvo un franco éxito. Organizado por Santiago Segura, aquel hombre interesante, a quien tanto debe el ambiente artístico catalán, se sentaron en torno de la misma mesa Pablo Picasso, Paco Iturrino, Gustavo de Maeztu, San-

[1] En Barcelona ha celebrado tres exposiciones. El año 1914 en las «Galerías Dalmau». El 1915 en las «Galerías Pavés». El 1916 en las «Galerías Layetanas».



Luna en Castrojeríz. (óleo)

Llanura de Castrojeríz. (óleo) *Museo de Bilbao.*

tiago Utrillo, Javier Nougués, *Apa* el crítico de arte, Ricardo Canals, Padilla, Plandiura y Miguel Segura.

Terminada esta Exposición, embala de nuevo sus cuadros para Madrid, donde celebra otra en el Salón de *La Tribuna*.

Pero su estrella le lleva hacia Murcia, donde una vida tranquila le repone de su mala vida pasada. Toma café con un grupo de murcianos adinerados en el Casino burgués. Juega al chamelo con el presidente de la Audiencia. Con un coronel barrigudo juega al billar a las tardes. Su ojo de besugo sabio ve unos panneaux desnudos en el Casino y su fantasía realiza una decoración.

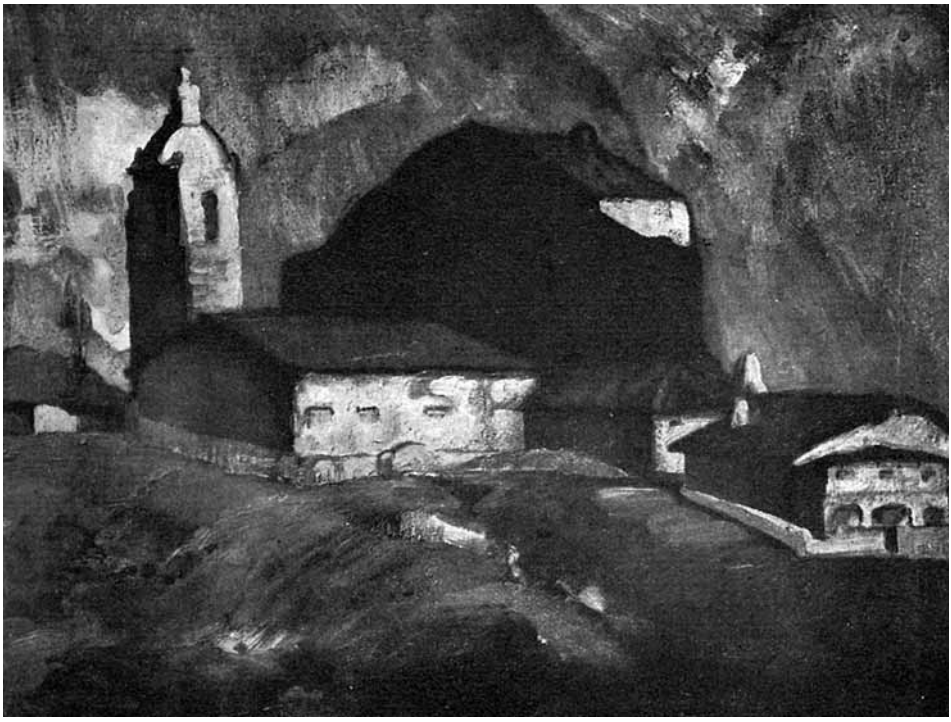
En Murcia, poco le queda ya por hacer. Arregla su maleta. Abraza al poeta Jara Carrillo. Abraza a Perea, que luego viene de Gobernador Civil a Vizcaya. Abraza a Almagro, director del periódico socialista *El Agrario*. Abraza a «Ojo de perro», y enjugándose sus lágrimas deja Murcia, perdida entre el verdor de su huerta.

Estos años recorre a pie media España. Sobre la cabeza de este viajero, un continuo peligro le seguía como su sombra.

La fantasía de las gentes veía siempre en todo forastero al espía. El espía era el fantasma misterioso de la época. En Lesaca, un sargento de la Guardia Civil lo detiene, creyendo lo que creía todo el pueblo, que se trataba de un espía rubio y, por tanto, alemán. En San Vicente de la Sonsierra, un alguacil le ve dibujando un puente y a pesar de todas las razones que da, lo encierra en un calabozo.

Y para ver al espía rubio, desfilan llenos de curiosidad, asomándose por la mirilla del calabozo del Ayuntamiento, el secretario, el juez y el médico, mientras las mujeres, los chiquillos y el ateo del pueblo, se agolpan para ver al espía rubio.

Anochecer en Labastida. (óleo)



San Antonio de Urquiola. (óleo) *Colección de D. Alejandro de la Sota. Bilbao.*

El Procurador. (óleo)

XII

EL VALOR DEL ARTE

TRISTE panorama ofrece España a los ojos del mundo, pero más triste es su realidad a los que tenemos que soportarla.

Esa línea seca y desolada, que podría ser muy bien la síntesis de nuestra actualidad, la visión lejana de su vida nacional, proviene de su total carencia de sentido crítico. Toda España es caricatura, desde la cruz que remata la corona real, hasta el gesto del último *justicia* que en la Audiencia de Albacete, por ejemplo, pega su colilla a la pared de la pocilga, mientras extiende las prerrogativas de la Ley en un papel de barba.

Si el espíritu crítico existiera en España, bastarían diez plumas demoledoras para dar al traste con tanta insensatez coloreada de purpurina. Pero este sentido crítico no existe, y su buena voluntad está encadenada a la argolla del miedo, arrastrando inconscientemente la sombría cadena de las consecuencias.

Y si para tanta insensatez, falta su sentido crítico paralelo, ¡qué hemos de advertir cuando se trate del espíritu crítico en la vida del Arte, que al fin de todo, es la razón final, como el residuo supremo, como los residuos volátiles, que se alzan sobre las groseras civilizaciones!

La crítica cultiva el ambiente intelectual del mundo, ya que la crítica no reconoce nada definitivo, siendo como es, el espíritu avanzado de toda investigación, resistiéndose por su versatilidad a convivir con los sofistas de cualquier tendencia sectaria.

Los críticos profesionales -tratemos de Arte- suponen que en cuestiones de Arte ya se ha dicho la *última palabra* y la encierran con llave de oro, en los museos, esos mismos que no admiten la *última palabra* de la Ciencia, porque la elocuencia de los hechos los confundirían todos los días. Según Federico Nietzsche, «*ver lo que es* corresponde a otra categoría de espíritus, a los espíritus *antiartísticos*, concretos» y la falta de sentido crítico, de estos *críticos concretos*, de mentalidad acartonada por la literatura de los museos, son los responsables -ya que las multitudes no tienen ojos y todo lo aprenden a oído- de que la evolución estética hacia la superación se haya estancado entre los retóricos muros de los museos.

El mundo es cada vez más inteligente y más justo, porque el talento de la novedad alumbra las tinieblas del porvenir, caminando constantemente hacia su augusta armonía, y es más lógico -pese a los buitres de museo- que cada vez se pinte mejor, como también es muy lógico, que cada vez adquieran *más valor* las vejeces encanecidas de los museos, pero *valor mercantil*, ese valor considerable que tienen las ediciones desaparecidas.

Necio sería pretender pintar como ellos, querer hacerse un tocado a su usanza, ¡Repetirse y repetirse en la consumación de los siglos! El pasado queda a nuestras es-

Visión Romántica. (óleo) *Colección de Don Miguel de Maeztu. Madrid.*

El Poeta. Fragmento de «Visión Romántica.»

paldas y no nos pertenece de él más que el *presente del pasado, el recuerdo*, que dice San Agustín, y los ojos los tenemos abiertos hacia el porvenir y no en el cogote.

Alberto Durero, al morir en 1528, exclamaba lleno de tristeza: «Siento morirme, porque no podré contemplar la pintura moderna, la pintura del porvenir.»

El Arte es creación, no repetición; novedad, personalidad. Por tanto, el artista que no traiga algo nuevo pierde tristemente su existencia. Los grandes artistas fueron siempre los modernísimos de su tiempo. Nada tiene, pues, de extraño, que los *concretos* de su tiempo, los incomprensivos, les desdeñasen.

Los Goncourt en su *Manette Salomón*, dicen «que el talento es en todas las artes la facultad de novedad, que el artista lleva en sí». Y por el don divino de novedad que comunica a sus lienzos, Domenico Theotocopuli, *El Greco*, se le trata por la encanallada nobleza y por la suficiencia pedantesca de la clerigalla de su tiempo, de loco y de alucinado. El odioso y negro Felipe II se niega a colgar su San Mauricio en el lugar destinado de antemano.

Un desgraciado crítico, otro *concreto*, dice en *El Mercurio de Francia*: «Que si Francisco Goya, *hubiera puesto más verdad en el colorido*, se le hubiera concedido el primer premio de la Academia de Parma.» Y el insensato, después de esto, se quedaba con la pluma en la oreja tranquilamente.

John Ruskin, el cursi de las corbatas azules, al hacer una crítica del *Nocturno en negro y oro*, de Whistler, que tanto escandalizó, llamaba desvergüenza a tal lienzo, no esperando -«del fatuo Whistler- pedir doscientas guineas por arrojar un bote de pintura al rostro del público.

Estudio. (dibujo)

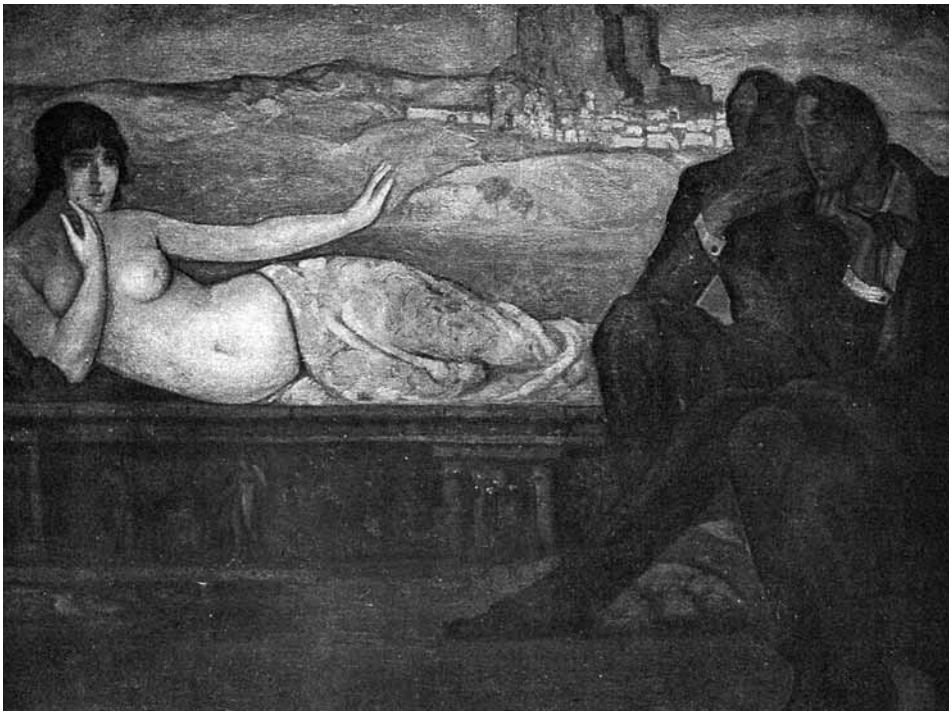
Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

Paul Gauguin ha hecho reír a todos los insensatos de Europa, que tienen la teoría de creer que no hay nada donde ellos no ven nada. Y así podría exponer miles de casos, donde la insensatez que anida en todas partes ha abierto sus grotescas mandíbulas ante el espíritu de novedad, que es el valor supremo del Arte.

El pobre Darío Regoyos siempre fue rechazado en Madrid por aquellos jurados, que al mover su cabeza y sonar el cencerro, llamaban calificar. ¡Pobres diablos!

Para que el Arte adquiera su valor supremo, necesariamente ha de ser sincero, ¿y cómo ser sinceros desplazándonos de nuestra época? ¡No, no puede ser! Hoy no gimen en la plaza pública las voces que, en los tiempos de Inocencio III, cuando al hereje o a la barragana arrastraban los alguaciles al suplicio entre el clamor de la multitud fanática. Hoy, los pintores no forman parte de la Corte entre meninas, bufones y frailes grises. Hoy, ya sacudieron su condición servil y se mueren de hambre antes que llevar a sus labios la comida del palacio en el mismo plato que el mastín, o la vigilia del convento. ¡No puede ser! Es necesario que la evolución artística recorra el curso na-



El Deseo. (óleo)

Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

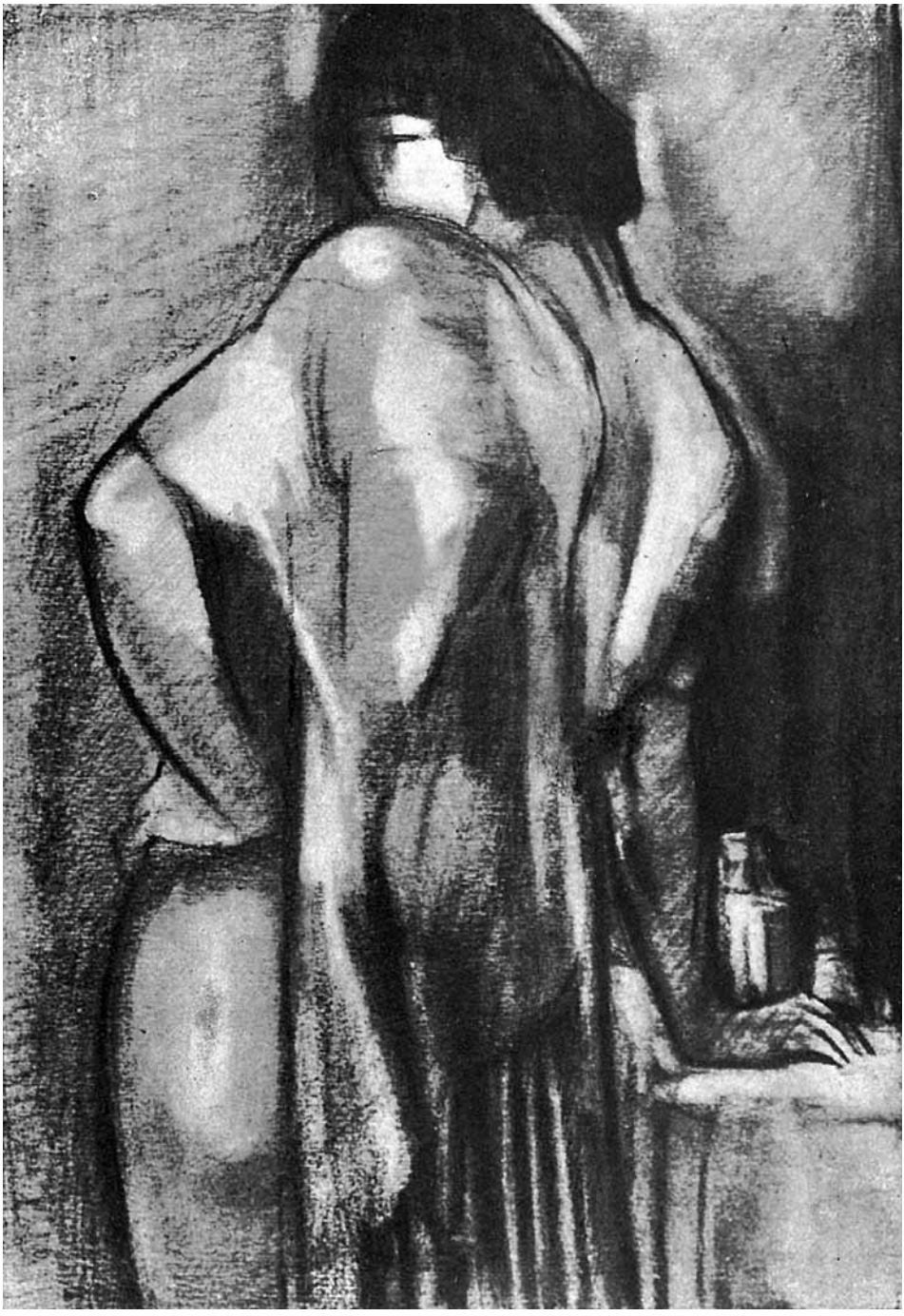
tural del Universo. El Arte, extramuros de los museos, ha mejorado mucho. En los lienzos modernos, hay más espíritu, más complejidad, más problemas que palpitan indicando preocupaciones nuevas, más inquietud. Y, por lo tanto, es necesario brindar nuestra simpatía por el Arte moderno, que es el que traerá, después de todo, el espíritu crítico como una reacción ante el pasado vergonzoso.

Cuando la Real Academia de San Fernando arda en pompa, y los bomberos lleguen tarde, empezará en España a iniciarse una curiosidad por lo desconocido, una simpatía por la novedad, que sería el principio del fin de todo lo caduco.

La vida debe buscarse -exclama Lamennais- no en el pasado que no puede renacer, sino en lo que germina y se desarrolla en el seno del presente.

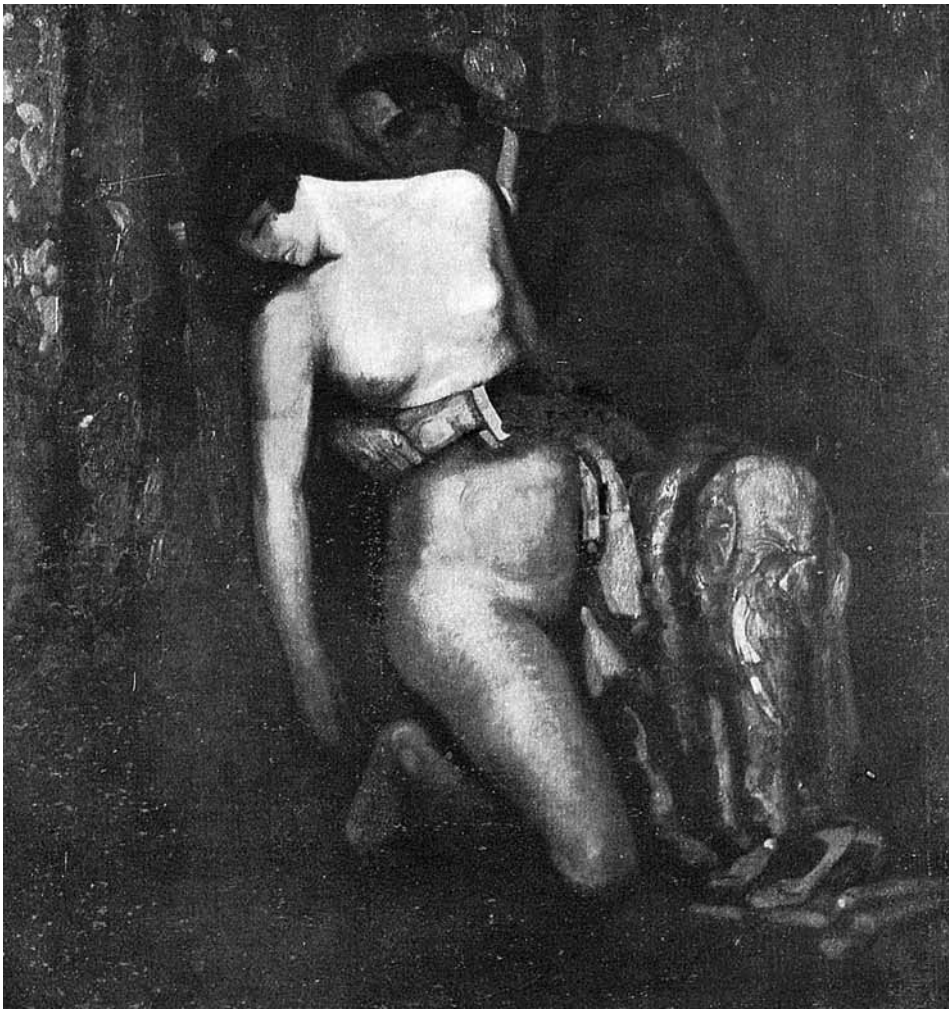
El mundo viejo se disuelve, las viejas doctrinas se apagan; pero en medio de un trabajo confuso, de un desorden aparente, se ven apuntar nuevas doctrinas, organizarse un mundo nuevo; la religión del porvenir proyecta sus primeros fulgores sobre el género humano en espera; y sobre sus futuros destinos, el artista debe ser su profeta.

El artista será quien inmortalice nuestro momento. ¡Nuestra hora de emoción!



Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)



Pasión. (óleo)

XIII

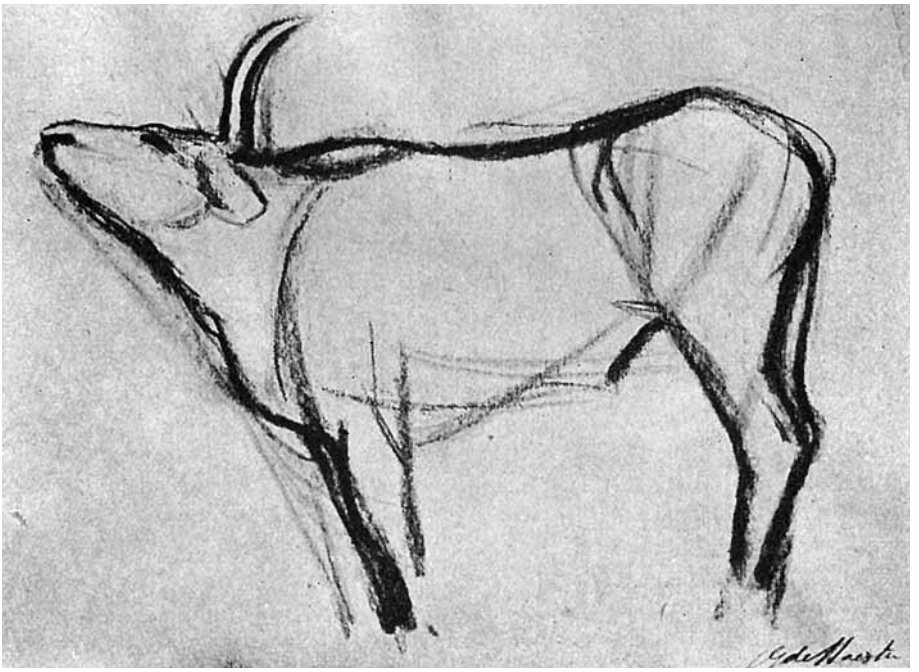
DE ORIENTE A OCCIDENTE

En la revisión de la obra de Gustavo de Maeztu se advierte fácilmente su evolución, paralela siempre a las diversas situaciones de su vida. Por eso la obra de este pintor tiene tanta emoción, porque sus lienzos son el reflejo sincero de su estado de ánimo, trozos palpitantes de su vida inquieta y compleja.

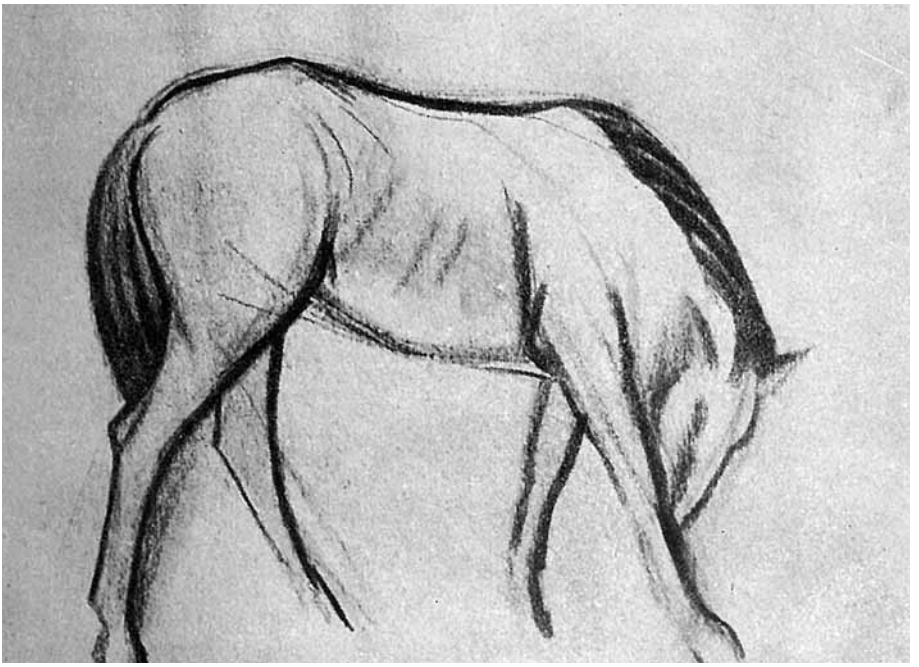
Desde que acude a la Escuela de Artes y Oficios, de Bilbao, con Pepe Arrúe y Moisés Huerta, hasta que las incidencias de la vida le empujan en los días de éxito al *Royal*, de Londres, o al *Meurice*, de París, sus telas son documentos, realidades experimentadas y vividas. En sus primeros lienzos -apenas salido de las sabias indicaciones de Anselmo Guinea- la orientación académica y sus preocupaciones literarias riñen pintoresca pugna en lienzos y cartones; pero desde entonces, se ve ya el apuntar de su carácter y su visión personal de las cosas.

Su época de París resbala en sus propósitos y firmes resoluciones, sin que influyan en él para nada, ni Paul Gauguin, el iniciador de la Escuela de Pont-Aven, ni la austeridad de Cezanne, tan influyentes ambos en la *manera* o pintura de época. Influencia que no llegó a España, sin duda, porque los Pirineos son muy altos. Indiferente a la diafanidad del impresionismo y a las tendencias complicadas, con *teorías* científicas del Arte, la interinfluencia de los colores y demás *maneras* neoimpresionistas, el París que chorrea humorismo e inteligencia, le interesa como espectáculo. La actualidad son los *sans-*

Retrato del pintor Pablo Picasso. (dibujo)



Estudio. (dibujo) *Colección de Don Eugenio Leal. Bilbao*



Estudio. (dibujo)

Estudio. (dibujo)

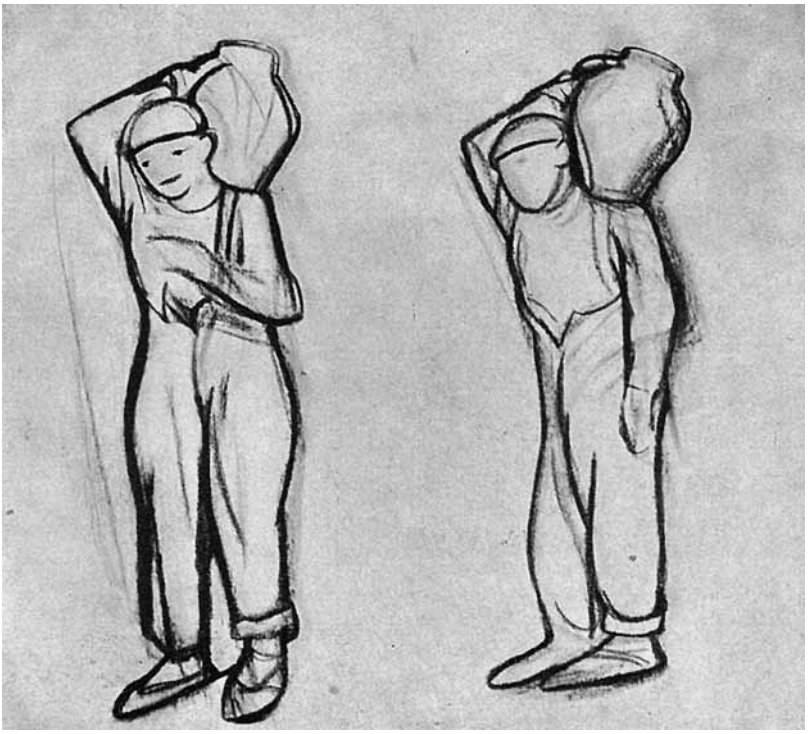
Estudio. (dibujo)

culotte y las burlas sangrientas contra la «Societé des Artistes Français». Marinetti es el coco, que con sus nuevas ideas estéticas arrastra en pos de su fe a todos los jóvenes artistas. París teme, y con razón, encontrar en un amanecer de invierno, colgados de los desnudos árboles de los Campos Elíseos, los cadáveres de cien *pompiers*. Juan Gris, Picasso y Metzinger son el talento de la actualidad artística, mientras los artistas jóvenes se entretienen en disquisiciones cubistas, orfistas, planistas o sintetistas. La inquietud y el talento le ganan su simpatía, pero nada más.

De París, sólo recoge su buena orientación y razones estéticas para fundamentar su gran sentido del Arte. Pero por París, en esta época, anda suelto el *angladismo*, influencia manifiesta que apunta toda su primera manera, no olvidándose en algunos momentos que también por el mundo pasea Ignacio Zuloaga.

De aquí su primera época, ya que su obra anterior no pasa de balbuceos, ni de intenciones bien apuntadas. Hermenegildo Anglada Camarasa, el afortunadísimo pintor, el espíritu voluptuoso del paganismo, el colorista de ritmo latino, le inicia; es ésta su primera época, sensual y romántica. En ella exalta el color y prepara su paleta con azul, verde y rojo, para sus eróticas armonías y con fervor pagano pinta sus fantásticas naturalezas de gran sentido decorativo. Sus preocupaciones son el color, el volumen y el ritmo. ¡Empacho de optimismo!

Su voluptuosidad por el color, valor de sugestión, y la preocupación del volumen, inspirado siempre por Miguel Angel y por Jacobo Robusti, El Tintoreto, son los valores esenciales de esta primera época, demostrando al realizarlo a grandes planos, buscando la profundidad, su sabio sentido escultórico.



Estudio. (dibujo)

Partida de Mús. (dibujo) *Colección de Don Eugenio Leal. Bilbao*

La filosofía de su Arte podría encontrar en Federico Nietzsche y en Oscar Wilde sus más exactos defensores. La Naturaleza -dice Nietzsche-, evaluada desde el punto de vista artístico, no es un modelo, exagera, deforma, deja huecos. El estudio del natural revela sumisión, debilidad, fanatismo. Esa posternación ante los pechos desnudos es indigna de un artista completo.

Oscar Wilde coincide al decir que, «en realidad, lo que el Arte nos revela es la falta de plan de la Naturaleza, su crudeza singular, su extraordinaria monotonía, su carácter completamente inacabado». La naturaleza tiene, indudablemente, buenas intenciones; pero como dijo Aristóteles en otros tiempos, no puede realizarlas. Cuando contemplo un paisaje, no puedo dejar de ver todos sus defectos. De todas maneras, es una suerte para nosotros que la Naturaleza sea tan imperfecta, pues en otro caso, no existiría el Arte,

He aquí la inmensa distancia que separa a Gustavo del arte de los impresionistas franceses, de la pintura a plena luz, de la pintura luminosa y del momento, de la pintura de caballete, que recoge codiciosa hasta el último rayo de luz.

Gustavo de Maeztu atormenta a la Naturaleza cogiendo de ella todos aquellos elementos, todos aquellos valores ornamentales y decorativos, para que su fantasía pueda formar con ellos su quimérica naturaleza que ha de servir como de marco a la mujer. Esta es su época romántica de jardines fantásticos de ensueño, fascinados por la melancolía, jardines exuberantes que de estar animados por el soplo cálido de Ceres, florecerían de Dagán los frutos de oro. Jardines extraños, adormecidos y embriagados por su mismo aroma, mientras Conditor vigila los trigos de la inmensa campiña.

¡Ríos de plata, donde el cisne blanco de Leda enamorada va dejando la serena estela de su amor! ¡Ríos del color del verde ajenjo, donde Apsara sumerja sus ebúrneos pechos y donde celosos caigan luego los bárbaros centauros para calmar la sed de su pasión!

¡Que todo florezca en ellos! Para que el dios Pan, haga sonar su pandero de alegría y al oírse en la llanura, el vergel florido se pueble de locura, y que de las náyades en torno de las cristalinas fuentes el ritmo de sus danzas, sea el ritmo melodioso de Idis, el pastor. Que los gnomos abandonen sus cavernas, lanzando al aire las piedras preciosas, para que sus polícromos reflejos brillen a la luz del sol, mientras Hibris, melancólica, con sus ojos ardientes contemple a Júpiter celosa y con pasión, y aprovechando Caco, cargue en sus robustos hombros el mejor ternero de la pradera y que su risa se pierda luego en la lejanía de las montañas.

¡Todo, bajo una luna que sumerja en tintas de plata los dominios sagrados de nuestro dios Pan!

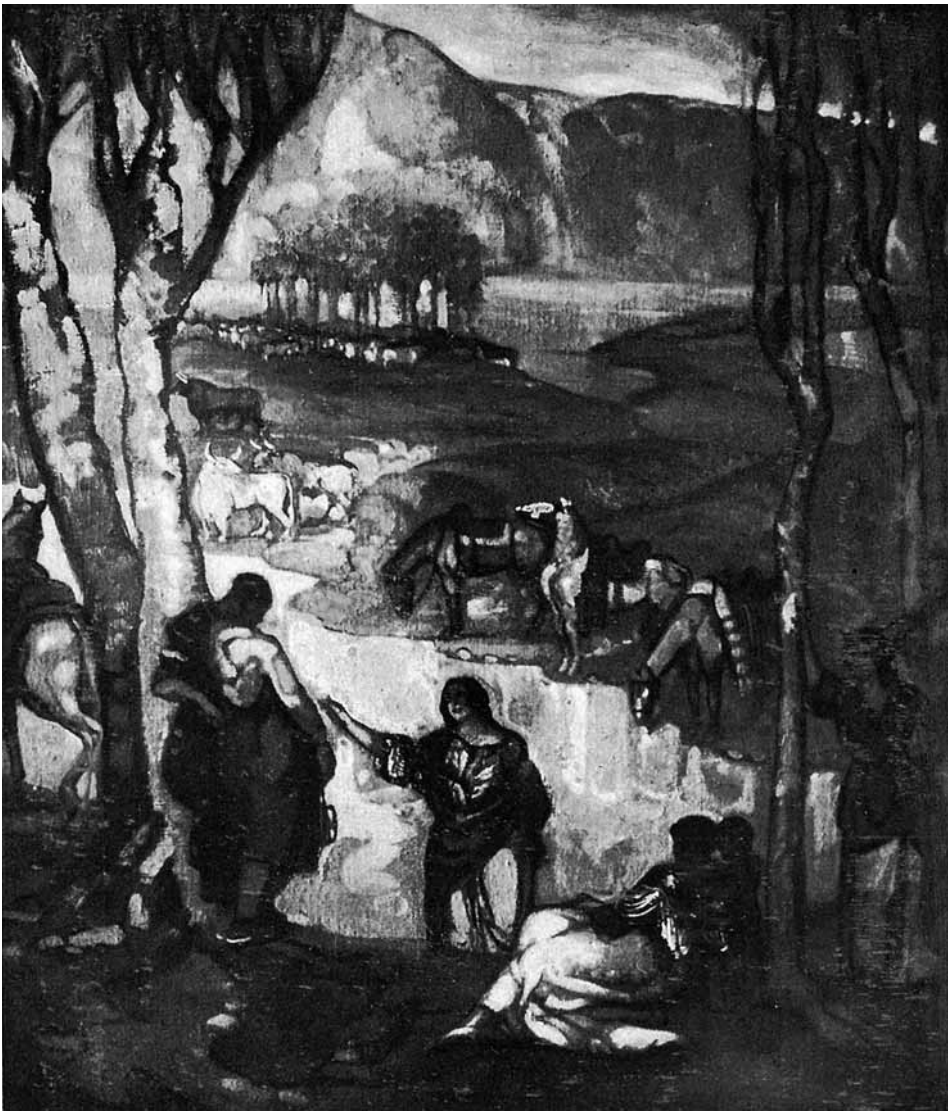
Y es que el Arte encuentra en sí mismo -como decía Wilde-, y no fuera de él, su perfección. Es un velo más que un espejo. Tiene flores desconocidas para todas las selvas y pájaros que ningún bosque posee. Puede arrancar la luna del cielo con un hilo bermejo,

La Musa Nocturna. (óleo)

Estudio. (dibujo)

y para él no tiene uniformidad. Puede ordenar el almendro que florezca en el invierno y hacer que caiga nieve sobre el campo de trigo en sazón.

De aquí el paganismo filosófico del arte de Gustavo de Maeztu, animado por ese espíritu romántico que palpita en esta su primera época, cuyo lienzo más característico es su «Musa Nocturna» y que va desapareciendo en lienzos posteriores. Su fervor por el color y sus latidos por el ritmo sagrado de una quimérica naturaleza son las características de esta época. Se orienta en otro sentido, apagándose al fundirse eróticamente en su paleta con los grises, sus colores preferidos; la violencia de su azul intenso creado para sus cielos profundos, su verde vibrante, reverdecido en sus fantásticas naturalezas y su rojo, como la sangre del leopardo. Su estrella deja ya Oriente, y con sus perfumes de oro, incienso y mirra, camina sin rumbo hacia los campos de Castilla, para después continuar hasta perderse en los grises del Atlántico. Y allí en Oriente, deja a Karim, el piojoso pescador del Tigris, a Bac-dac, el ciego astuto, que ve todo y también a Dulce Amiga, mirando a la estrella que se aleja...



Un alto en Sierra Morena. (óleo)

XIV

EL ESTIGMA DE EVA

TODO artista tiene su cuadro *tonnerre*, y aunque la hermosa «Eva» de Gustavo de Maeztu no haya logrado tanto suceso, como el famoso *Nocturno en negro y oro*, de Whistler, consiguiendo reunir en un juzgado de distrito a expertos, artistas y críticos, para luego dictar sentencia un jurado de profanos, el incidente de esta pobre «Eva» no deja de ser pintoresco.

Saud, el eunuco sudanés, que navegaba por la vida sin la hélice del Amor, se hubiera sonrojado ante la honestidad de un propietario con peleles.

En el *vernissage* de aquella Exposición de conjunto, que en el año 1915 celebraba la Asociación de Artistas Vascos, se forma ya, sobre la cabeza de la pobre «Eva», el ambiente tormentoso. Las puertas del salón se abrieron, y los ojos del bilbainismo *siete-callero* pasaban como sobre ascuas, ante las desnudeces carnosas de «Eva», pero dejando clavado el rabillo del ojo en sus carnes palpitantes.

Al día siguiente, el administrador, meneando la cola de contento, entregaba una carta del honesto propietario, despidiendo a los artistas del salón. ¡La pobre «Eva» atraía la cólera del rayo una vez más!

¡Vaya un éxito el del supremo Creador! ¡Hace el mundo y le sale achatado! ¡Según los *sedientos*, se le fue la mano y pone demasiada agua! ¡El camello le sale jorobado! Más tarde, crea a Eva, como la flor suprema de su obra, y vienen estos honestos a enmendarle la plana. Por lo visto, Dios no fue previsor en su infinita sabiduría, pues antes que hacer a su deliciosa Eva, debió crear la casa de Madame Paquin, o por lo menos, poner a su lado un baulito, con unos calzoncillos para Adán y unos pantaloncitos para Eva.

Estudio. (dibujo)

Mujer oriental. (óleo)

Rincón de Oñate. (óleo)

Este incidente, de una lujuria provinciana a flor de pelo, sirvió para que todas las revistas españolas, y la gran prensa, hicieran un reclamo desusado del desnudo, cayendo un chaparrón de risa sobre la cabeza del honesto y encolerizado propietario.

Tampoco a Mr. Stoop le debió parecer mal la pobre «Eva», puesto que al verla en los muros de «Grafton Galleries», en la Exposición que Maeztu celebró en Londres, la adquirió en 9.000 pesetas, sin duda para llevarla a casa de algún modisto acreditado.

¡Pobre Eva! ¡Después de cinco mil novecientos diez y nueve años, aún no te perdonan tu único pecado!

Noche en San Antón. (óleo) *Propiedad del «Banco de Bilbao.» Londres*

XV

CASTILLO DOLIENTE

GUSTAVO de Maeztu es el único artista español que, con su pintura social, dejará en sus lienzos un matiz interesantísimo de nuestro tiempo; quizás, el único documento pictórico, que al deslizarse los años fundiéndose en el pasado, deje la huella sangrienta de nuestra crueldad por los siglos de los siglos, ya que Guillaume Dubufe asegura que el Arte es el gran testigo del mundo, el más sincero, el más bello y hasta el más verídico.

¡Ha conseguido este artista pintar nuestra hora de emoción! Ya la sangre, no solamente empapa las arenas de los circos taurinos; la tierra del campo y de la ciudad también está regada por la sangre del pueblo.

Gustavo de Maeztu ha recorrido Castilla, y paralelamente a la de Ignacio Zuloaga, huyendo de la acusación que los pinceles del pintor eibarrés ha trazado en sus lienzos, ha querido ensalzarla, donde solamente los escombros del pasado rompen la monotonía desoladora de su paisaje seco y maldiciente. Donde el pincel de Zuloaga, como una lagartija, encuentra tierra, arcilla seca de desesperanza, el ritmo sereno del Arte de Maeztu pretende alzar el espíritu de su raza, ¡pero detrás de ese ritmo pomposo pasa la sombra de Caín!

¡Castilla es triste! Un día de sol, en que el lapislázuli del cielo en su tranquilidad intensa era un reto al vendaval de odios que barría la tierra, caminaba yo por una polvorienta carretera de Castilla. Una banda de negros cuervos cayó sobre un caballo muerto, y luego llenaron el aire de graznidos.

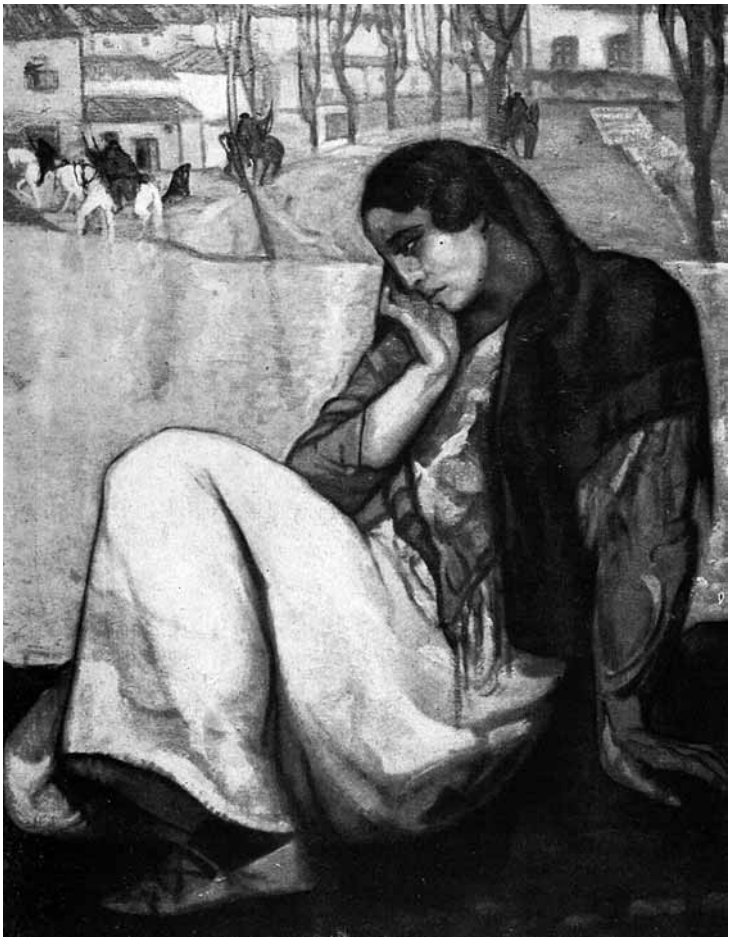
¡Yo no soy patriota! Porque nada debo a la patria, más que agravios y perjuicios. Ella, ni la tranquilidad, ni el pan me ofrece. Por no servirla, pagué mil quinientas pesetas y dos duros de propina a un sargento, que extendió *las formalidades* de *su* Ley.

En esos terribles momentos de la vida, cuando la desesperación nubla nuestro entendimiento y la indignación rasga nuestro pecho, he recurrido a ella con la última esperanza, creyendo que el rayo de la justicia caería vertical sobre el crimen, y la voz de esa patria ha turbado para siempre mi conciencia. ¡Aún está la sangre de mi inolvidable amigo Ignacio Segurola, reflejando su inocencia en lo más alto, allá donde la maldición puede llegar, mientras la sombra de Caín vuelve a pasar por las desoladas tierras de la patria!

¡No, yo no soy patriota! No puedo serlo, ya que sólo agravios la debo. Si algún día sintiese esta necesidad, por lógica, sería nacionalista vasco y, además, separatista convencido. ¡Pero la idea de la patria me da frío y terror!

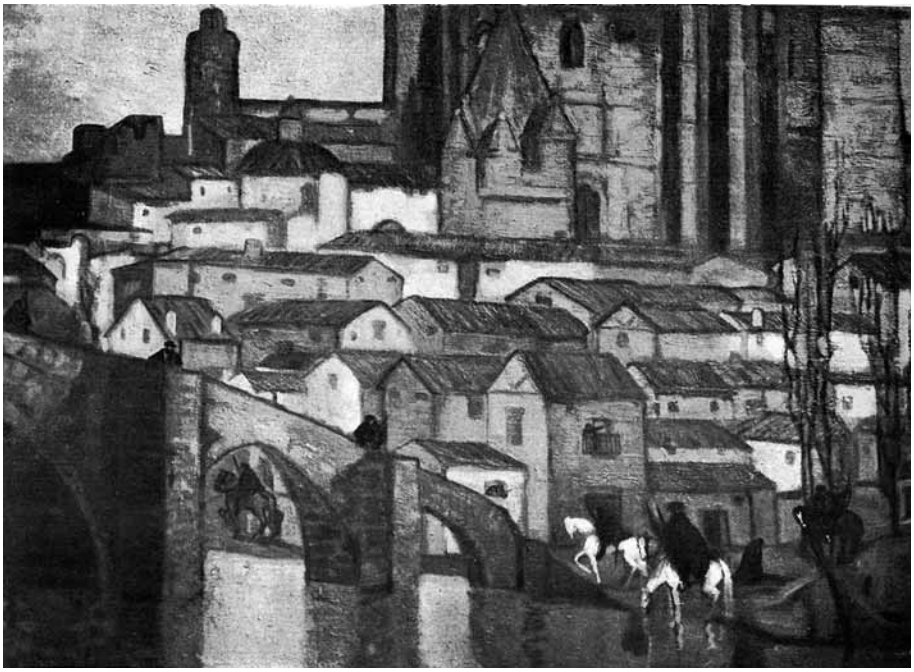
Un sentimiento de piedad producen las consideraciones psicológicas sobre los lienzos de Castilla, que Maeztu ha logrado recogerla con gran fortuna.

El Orden. (óleo)



El Dolor. Fragmento del cuadro «El Orden.»

¡Qué triste es Castilla! Sobre sus campos áridos, el soplo de un misticismo fanático ha secado todo sentimiento humano. En el fondo, calcinado por el sol, se recuesta en la colina un pueblo de adobe, conteniendo entre sus recintos murallas militares, su espíritu de conquista. En medio se alza una iglesia, ennegrecida por el aliento del tiempo como fortaleza inquisitorial que domina la llanura. A su sombra, en sus callejas, y en las horas perdidas del casino, unos hidalgos, acariciando su barba negra, comentan todos los días hasta el amanecer, a sus héroes, a sus conquistadores, a sus frailes y a sus artistas, repitiendo a sus clásicos, rumiando la Historia, como los bueyes el alimento, y con la esperanza en el escalafón -la palabra más española- del uniforme, la toga o la sotana. Es que la Historia, con su negra sugestión, les retiene en su vergonzoso pasado. Esa historia, que como dice Oscar Wilde, son simples ficciones deliciosas, bajo la forma de hechos.



Rincón de la Ciudad de Plasencia. Fragmento del cuadro «El Orden.»

Guardia Civil. Fragmento del cuadro «El Orden.»

La Víctima. Fragmento del cuadro «El Orden.»

Estudio. (dibujo)

Mientras tanto, Castilla se va consumiendo en sus capeas, en sus luchas continuas con el caciquismo, azotada por el hambre y las enfermedades. ¡Castilla se despuebla! Una mañana de sol, con el atado de ropa en la mano y las lágrimas en los ojos, salen para *las américas*, a buscar *el pan* o para Francia. Los mozos a servir al Rey o a las capeas. Las mujercitas famélicas y comidas por las pulgas y la viruela marcharon a la ciudad, las más hermosas, consumidas por la miseria y embadurnadas de polvos, al lupanar, a servir de bocado a la prostitución de las grandes ciudades.

¡Castilla queda vacía! Sólo quedan ya sus pueblos, como panteón funeral, la Iglesia, su plaza de toros, el vago que come el rancho en las puertas del convento, el cacique, su amigo el secretario, la pareja de la guardia civil, el enterrador, y ese tonto que existe en todos los pueblos. Ese tonto como Gregorio, *el botero*, de Zuloaga, que sigue hasta las afueras al carretón del ordinario, con su ojo descentrado que escudriña en el misterio, el idiota, agorero de la Muerte.

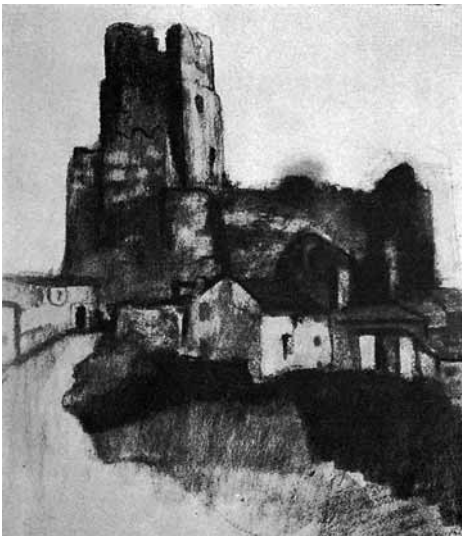
A lo lejos, junto al camino, una higuera retorcida es el penacho funeral del pueblo.

Yo no siento simpatía por el campo. Odio al pueblo del cacique y al campo con sus cigarras, con sus cabras y sus culebras. Prefiero el pensamiento reanimado por el alcohol de un cafetín cualquiera de la ciudad, a los sanos consejos del cura de aldea.

La Fuerza. (óleo)

La Ley. Fragmento del cuadro «La Fuerza.»

Mozo de Ólvega. (dibujo)



Castillo de Voz-Mediano. (dibujo)

Prefiero las perspectivas del Arco de la Estrella o de la City, a las fanfarronas ondulaciones de las montañas. El misterio del río gris, que atravesando los ojos de los puentes, se desliza civilmente por la ciudad, al riachuelo de los campos, que el día que llueve saca su pecho insolente.

Filosofía más que lirismos; la verdad, más que espejismos; la tensión máxima del cerebro, ante el dolor de la ciudad, más que la tranquilidad de los pastos, donde se nutren la humildad, la paciencia y la resignación.

El canalla del lupanar, con la cicatriz junto a la boca, es más interesante que las sentencias del cabrero haragán que os ofrece un trozo de pan y queso de cabra. Aquél es un curioso producto de la civilización, y éste no es más que otro producto de la tierra, como la higuera retorcida o el pino fresco.

¡Qué triste es Castilla!

Hasta que las hoces de tus campesinos no arranquen de tu suelo la idea de Patria, seguirás siendo lo que siempre fuiste: campo devastado, nido maldito de tus cuervos negros.

¡Pero también las amapolas rojas destacan en sus campos!

Andalucía. (óleo)

CORTEJO DE SANGRE XVI

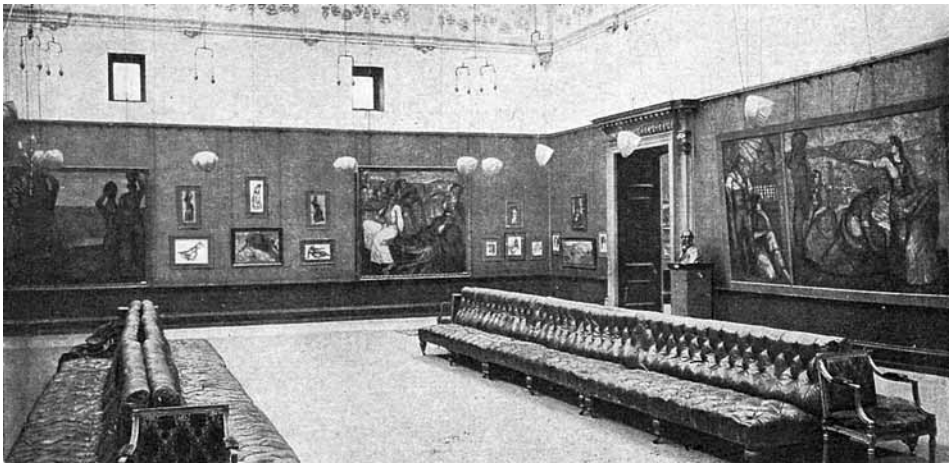
LA mano descarnada de la Guerra ha atronado a aldabonazos el viejo portón de Europa, y el militarismo, con sus colmillos de acero, ha respondido.

Bellatrix, la estrella de color de sangre, brilla en las noches siniestras de Europa, por cuyos campos va el militarismo como una hiena herida, dejando su reguero de sangre. ¡La vieja civilización tenía que liquidar sus cuentas!

En esta época, Gustavo de Maeztu, agitado siempre por su inquietud, decide trasladarse a Londres, donde luego vive, iniciándose su tercera época. En ella, los grises armonizan otros asuntos de tendencia más decadente y de factura mundana. ¿Será el crepúsculo de su Arte? ¿Será la vejez prematura?

La guerra transcurría ensangrentando el corazón de Europa, mientras en Rusia, el sucio Rasputín, en un prólogo de lujuria, descorría las cortinas de la Gran Tragedia. Como un sátiro alocado, cae el barbudo fraile sobre las carnes blancas de las princesas, y su boca, ansiosa de placer, muerde las nucas femeninas. Su aliento sofocante de macho cabrío empaña los espejos de los *boudoirs* íntimos de las damas de la Corte, hasta que las pistolas de unos *cadetes*, después de arrastrarlo de las barbas, por los suelos alfombrados, incrustan en el cráneo del fraile sus plomos. A las pocas horas, el cadáver del sucio Rasputín se balanceaba sobre las aguas del río.

Y Rasputín inicia el cortejo de espectros ensangrentados que caminan hacia el Bosque de la Muerte. Nicolás Romanow-Holstein cae acribillado por las balas de la Guardia Roja en el mismo calabozo, y así desfilan ensangrentados la real familia y otros aristócratas, ante los ojos atónitos del mundo entero. Otro día al amanecer, cuando Bellatrix se esfuma en el infinito, otra mancha roja, la bandera revolucionaria, levantan los marinos de Kiel. Guillermo huye como una mujer, sin que una pistola le corte el paso, y las muchedumbres hambrientas rebasan las calles de Alemania. En Colonia, las muchedumbres alocadas encuentran a su paso la estatua de Guillermo. Del pueblo surge el genio humorista, un zapatero barrigudo y colorado que en mangas de camisa se encarama, le coloca un sombrero viejo de copa, un paraguas en sus manos y al pie del pedestal pone: «¡Buen viaje!» La muchedumbre estalla de risa.



Sala central de la Exposición Maeztu en Grafton Galleríes. Londres.

Estudio para el cuadro «Horror de la Guerra.» (óleo)

Retrato de Don Alejandro Bareño. Londres. (óleo)

XVII

EL NÚMERO 317

TAMBIÉN repercutieron en el ánimo del pueblo español aquellos acontecimientos europeos. El malestar y el espíritu de protesta caldeaban el ambiente bastando sólo la chispa o el incidente para desencadenar la tempestad. Este espíritu revolucionario enrarecía hasta el ambiente aburguesado de Bilbao, dulce remanso del dinero en aquella época y refugio tranquilo de submarinos alemanes.

Después de los gloriosos días de la Semana Roja, de Barcelona, Gustavo de Maeztu vuelve a sacar del armario y envuelta en una hoja de *El Motín* su vieja pistola -que, según dice, perteneció al teniente Ruiz- acariciando a tan leal compañera. Era en Agosto de 1917. Una tarde de ésas, que hasta los cafés están cerrados y que la impaciencia espera los acontecimientos en el ambiente de tragedia, con la disculpa de quién hacía mejor el *coctail*, unos cuantos revolucionarios peligrosos nos reunimos en el taller de Gustavo. En Bilbao no había pan ni nada; pero a nosotros nos sobraba humor, y allí nos fuimos a endulzarnos en la porfía.

Y no es que a aquel comité secreto le gustara emborracharse, pero prueba de éste; toma éste; éste tiene mostaza, aquél pipermín, el caso es, que confiando en nuestra audacia, decidimos tomar el cuartel de San Francisco. El convencional Masip era partidario de aplazar el golpe hasta el día de la jura de bandera, ya que este día las tropas no están en el cuartel. Pero Ramón López Chico quería que a la Gloria no empañase ni la duda de un porqué. Murciano, el representante de la publicidad de *El Sol*, se puso tierra por medio. El convencional Masip estuvo encerrado seis días en la caja de caudales de una oficina. ¡Cualquiera lo buscaba! Y Murciano no volvió más por Bilbao.

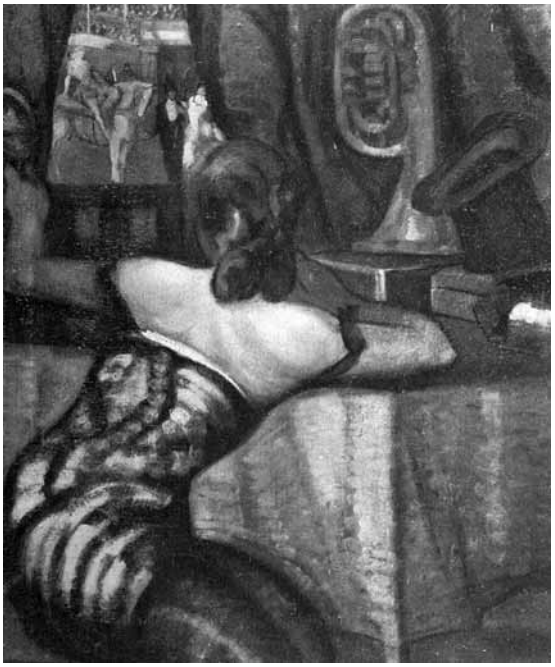
Mientras fui el preso 317, viví entre bayonetas caladas, pero acostumbrado a ellas, no pienso reírme tanto en la vida. Un charangón, el del acorazado *Alfonso XIII* -no he oído jamás tocar peor- nos daba conciertos al oscurecer, mientras hacinados y tumbados en el suelo hombres y mujeres, fumábamos y comentábamos, como buenos revolucionarios, los acontecimientos.

Otazua, Couceiro, Madinabeitia y Mendoza, fueron mis compañeros aquellas horas de risa y de piojos. Nada diré de cuanto vi, oí y observé, porque no hace al caso, pero a los pocos días salía roto y barbudo como un revolucionario de zarzuela.

Pero de Gustavo nada sabían mis amigos. Unos aseguraban que agarraba la cabeza, mientras Gustavo nos seguía escurriendo el bulto, como el que pretende dar un esquinazo.

Una descarga de fusilería al llegar a la calle Hernani desgarra el ambiente, arrancando a las mujeres desde los balcones y portales, gritos de terror, pero caldeando más

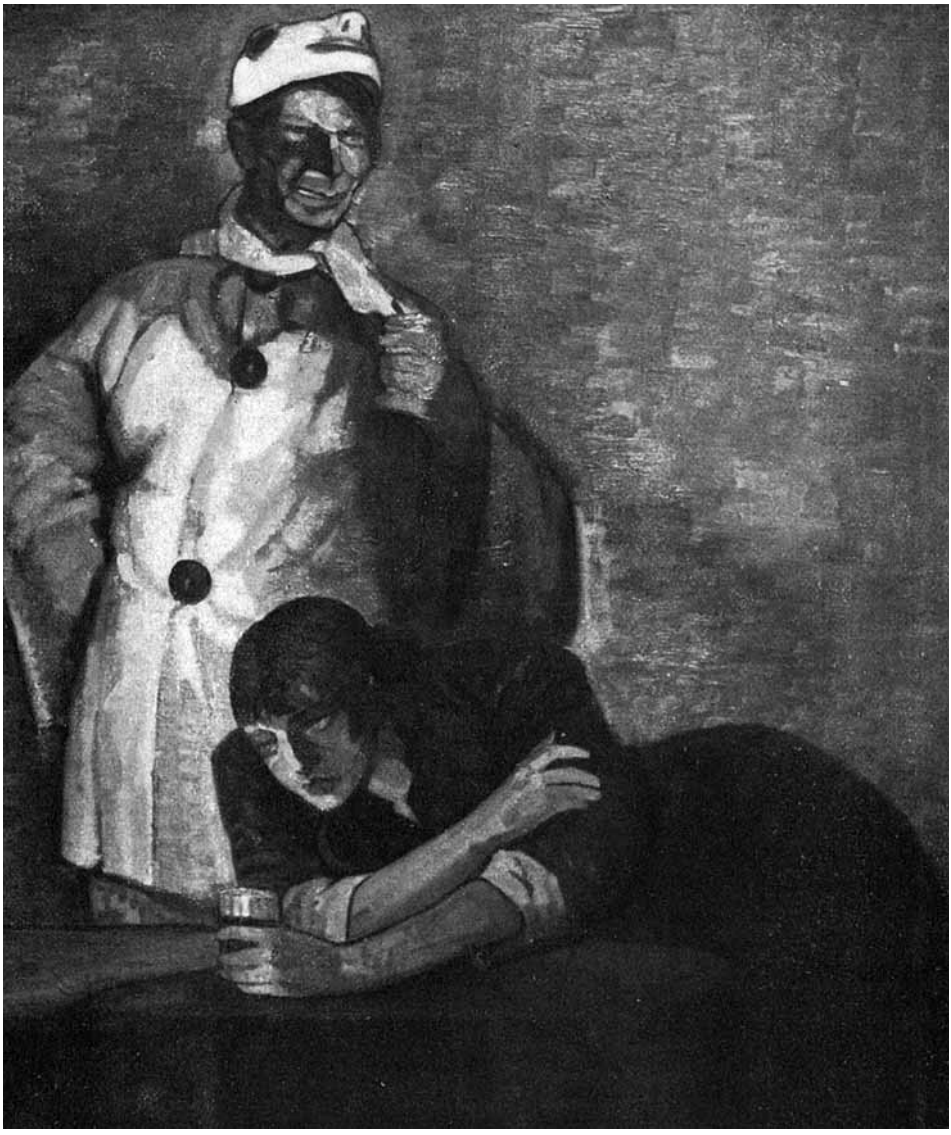
Figuras del Circo. (óleo)



La Funámbula. (óleo)

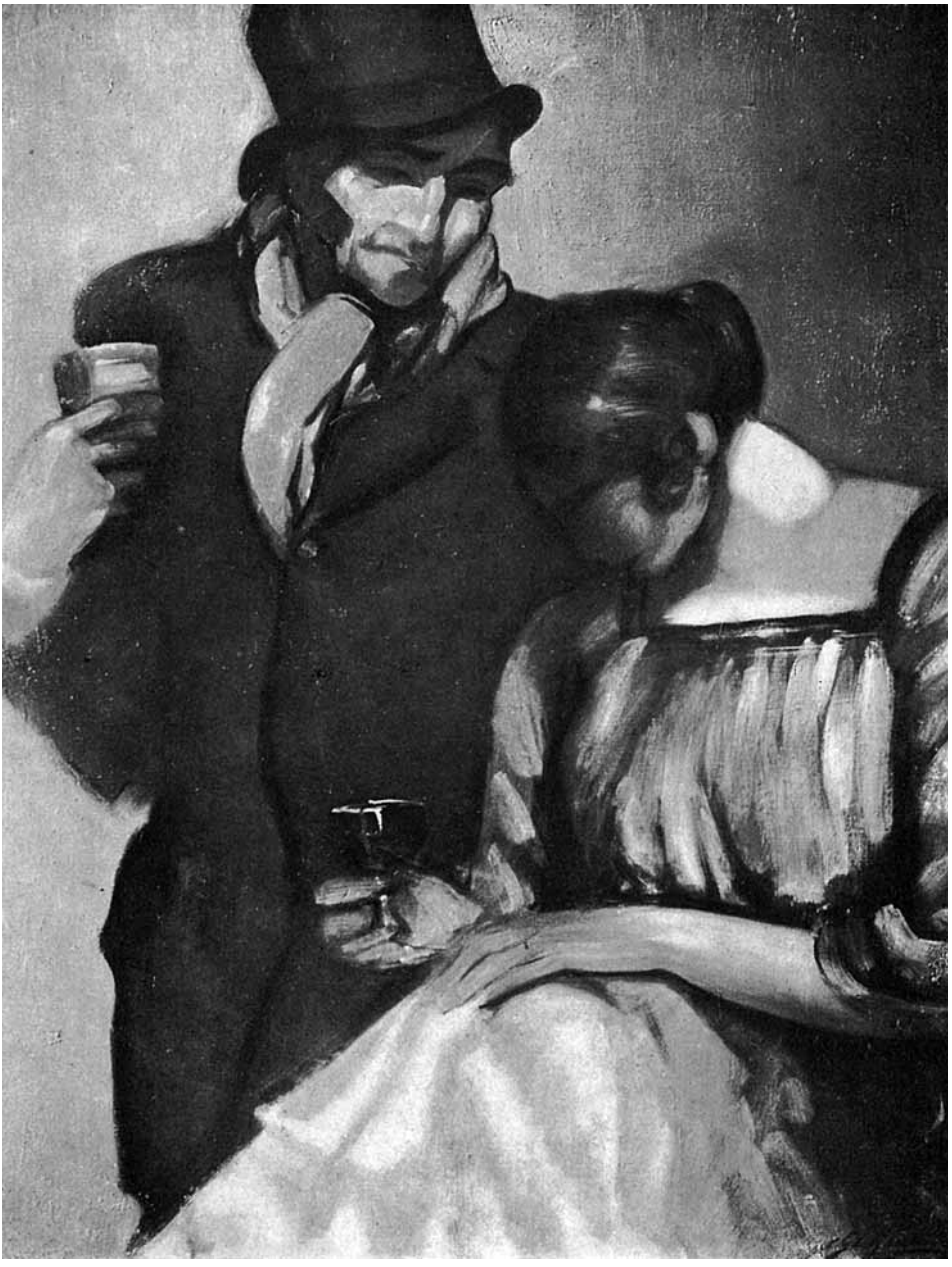
el ánimo a los revolucionarios. Así llegábamos a las puertas del cuartel, cuando entre los pocos transeúntes se nos acercaron Indalecio Prieto y Angel Baza. ¡Estáis locos -dice Prieto-, atacar a un cuartel con un paraguas! Y sigilosamente, nos diseminamos entre las gentes aterrorizadas. Al día siguiente, era yo el preso número 317 y en rueda de detenidos y maniatados era conducido entre una mujer gorda y embarazada y un minero -de los que trabajan, se entiende- entre otros veinte revolucionarios más, el cuartel Reina Victoria. D. Ramón López Chico compró *El Pueblo Vasco* para despistar, y había pasado la frontera, mientras en Sondica estaba como siempre, esperando las consecuencias de todo aquello. Una buena mañana, se levantó completamente optimista, y se atrevió a mirar por la cerradura de la puerta. Al ver que nadie había, se aventuró a salir hasta la carretera y respiró. Al siguiente día, se alejaba de la casa como a tiro de una piedra. Al otro, casi la perdió de vista, pero... a un insensato francés se le ocurrió ir a cazar con una escopeta de pistón por aquellos lugares.

Gustavo, tendido en el suelo con la cara al cielo, pensaba en sus cosas. A su lado, un buey gozaba del verde, cuando... ¡Pum! ¿Un tiro?, se pregunta Gustavo incorporándose. ¡Pum! Otro tiro más cercano, y alzándose bruscamente aprieta a correr entre sembrados y con el agua hasta las rodillas cruza un riachuelo, llegando a su refugio de paz, que en días más tranquilos fue caseta de un perro.



Pierrot en la Taberna. (óleo)

Cafetín Nocturno. (óleo)



Love at the Public House. (óleo)

XVIII

NIEBLA

LOS cristales ha empañado la helada de la noche. La niebla intensa deja adivinar el poco tránsito del barrio de Chelsea, amortiguando las luces, aún encendidas, de la ciudad de Londres. Chelsea tiene esa melancolía de los barrios londinenses vividos en sí mismos y donde las horas resbalan en su tranquilidad misteriosa. En Cheyne Walk, tiene Gustavo su taller y su hogar de soltero. La punta del cigarro puro sobre un mueble y el clac sobre el diván, con sus siete reflejos, como destello simbólico de los siete pecados capitales, revelan el temperamento desordenado de su dueño y la posibilidad de que la noche anterior se acostó tarde.

El éxito de su Exposición en «Grafton Galleries», le brinda una vida regalada, ya que en Fleet, se ha acogido con simpatía al Arte de este pintor, que bien entrada la mañana, empieza a asomar un ojo entre el embozo de las sábanas. El estudio amueblado tiene ese toque de genérica distinción, que la filosofía tradicional del buen vivir ha legado al pueblo inglés.

La amable Mrs. Palmers, una señora afectuosa, llega todos los días con un trozo de rosbif como para un león con apetito, y pone el puchero de legumbres al fuego. Luego vuelve con *The Thimes* y *The Daily Telegraph* y la taza de té, descorriendo las cortinas, para dejar paso a los tibios rayos de sol, que ya pretenden rasgar la intensa niebla que envuelve a Londres.

Gustavo trabaja hasta las cinco. Extranjero en la gran ciudad, la melancolía empieza a destemplarle el espíritu, en las tardes tristonas, pero la botella de whisky man-

Estudio. (dibujo)

Retrato de Doña Juana Whitney, Vda. de Maeztu. Bilbao. (pastel)

Retrato de Doña Ana de la Cortina de Maeztu. Madrid. (pastel)

Retrato del gran hispanista Robert Cunnynghame Graam, Esq. Londres. (dibujo)

Retrato de D. Benjamín Fernández y Medina. Madrid. (dibujo)

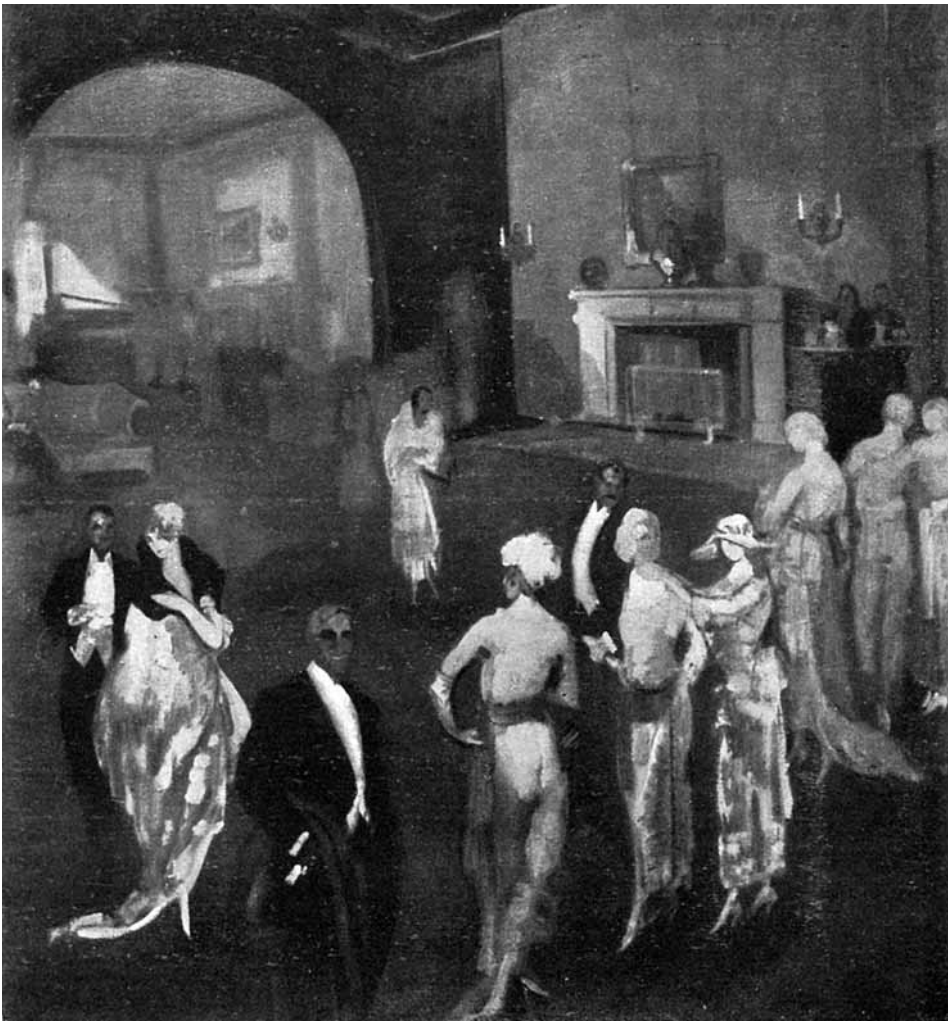
tiene su ánimo como el aceite la luz de la lamparilla. El nuevo ambiente y la vida social empiezan a influir en su Arte, adquiriendo sus últimas producciones una modalidad distinta como medio de expresión de sus diversas preocupaciones.

Después, al atardecer, a la hora del crepúsculo, su camisa impecable se destaca en el fondo de un taxi, que se mezcla entre la corriente, entre el tráfico enorme de vehículos en dirección a la City, a Cavendish Square. En el Club escribe dos cartas, para dos mujeres, en una pone toda su pasión de enamorado y en la otra vierte lo mejor de la literatura de sus veinte años de escritor folletinista, mientras Londres va encendiendo sus millones de luces y el optimismo de Gustavo lo inunda todo.

¡Hoy cena con Alejo Sota, en el Royal! Alejo con la sonrisa en los labios y el último número de *Hermes* bajo el brazo, acaba de entrar en el clásico restaurant, y Gustavo con este motivo besa la copa emocionado, ya por novena vez, mientras esperaba, y por otros muy diversos motivos. Y estos dos extranjeros afectuosos comen, charlan, ríen, se abrazan entre plato y plato y luego vuelven a beber. Parece que en el fondo del cristal de sus copas pretenden buscar la felicidad que les circunda. Luego, llega la hora de las íntimas confidencias. Alejo ya se ha enjugado cuatro o cinco veces las lágrimas. Quiere cantar una canción bilbaína, pero en su garganta se ahogan las notas entre suspiros y sollozos. Gustavo canta como un riojano de mal oído y Alejo llora de risa.

La efusión se ha desbordado, y las copas de los dos extranjeros están en alto; ya en el Royal, no queda más que una pareja en un rincón y Gustavo brinda por su última gorda, por su amor. Luego, abrazados, Gustavo confiesa que está enamorado y llora desconsolado, mientras unos lagrimones enormes caen en su copa, siempre vacía, que los recoge como al mejor licor.

Un taxi se ha parado a las pocas horas ante un puesto ambulante de café caliente. De él se apea un extranjero envuelto en su abrigo y pide un café. Es el amanecer. El taxi desaparece en una vuelta, y avanza entre las calles desiertas, dejando allá en el fondo la dormida City; lleva la dirección de Chelsea, como otras muchas noches, también como esta noche londinense, en que la niebla cubre a Chelsea.



Evening Party. (óleo)

XIX

EL CRIMEN DE CHELSEA

ESPERAREMOS a otro, le decía Félix Ortiz, con esa flema de hombre fatalista, de hombre espectador, que le caracteriza, al ver pasar como en una cinta cinematográfica, uno tras otro, aquella enorme cantidad de vehículos entre el gris invernal de Cavendish Square.

Gustavo, impaciente -puesto que es el reverso de su compañero y no sabe esperar-, con sus grandes maletas en cada mano, a cada tranvía que pasa le decía mil injurias entre dientes. ¿Cómo que a otro? Subiremos al primero: a ése que viene. Y arrancándose de un extremo a otro de la plaza, burlando la velocidad de un taxi, dando un quiebro a un camión y pasando entre dos autobuses, confiándose en sus piernas, lo alcanza y pretende ganar la plataforma.

Félix detrás, da algunos pasos, como dominado por la acción sugestiva de Gustavo, quien no reparando en nada, sube al estribo y a cabezadas y empujones, con sus dos grandes maletas, pretende hacerse sitio. Pero la rodilla del salvaje empleado tranviario la pone en el pecho del intruso, haciéndole perder el equilibrio y rodando por los suelos con sus maletas.

Félix, que lo seguía, agarrándose de los lentes que quieren escapársele de las narices, abre la boca de risa de oreja a oreja. Gustavo se ha levantado rápidamente y congestionado de odio, lanza con gran furia una de sus maletas al tranvía que se aleja, esparciéndose por los ai¬res cuellos, pañuelos, calcetines y puños, como ramillete polícromo de fuegos artificiales.

El espectáculo producido por este hecho, debido al exceso de nerviosidad de Gustavo, resulta de una comicidad extraordinaria.

Algunos transeúntes detienen su paso, creyendo que se trata de la impresión de alguna película y también se acercan los *policemen*. Pero Félix da algunas explicaciones, y todos riendo continúan su camino.

Aparte de algún incidente como éste, la vida de Gustavo, en Londres, transcurre tranquila. La fortuna se le dio de cara en «Grafton Galleries», y un talonario de libras -que guarda Cendoya, director del Banco de Bilbao, en Londres- le permite una vida de *gentleman*. Su éxito artístico hace que su exposición se repita, invitado por el conservador del Museo Municipal de Sheffield, en «Mappin Art Gallery», tanto como por invitación de los Museos Municipales de Leeds, Hull y Manchester, abonándosele todos los gastos, y en otras poblaciones inglesas. Su temperamento afectuoso y su especial *causerie*, captan pronto grandes influencias entre artistas literatos e interesantes amistades. Nada tiene de particular, por lo tanto, su influencia en Fleet, la calle donde están los grandes diarios, apareciendo en las principales revistas de Arte, reclamos

Estudio para el retrato de Lady Diana Manners. (dibujo)

Lady Diana Manners.

desusados.

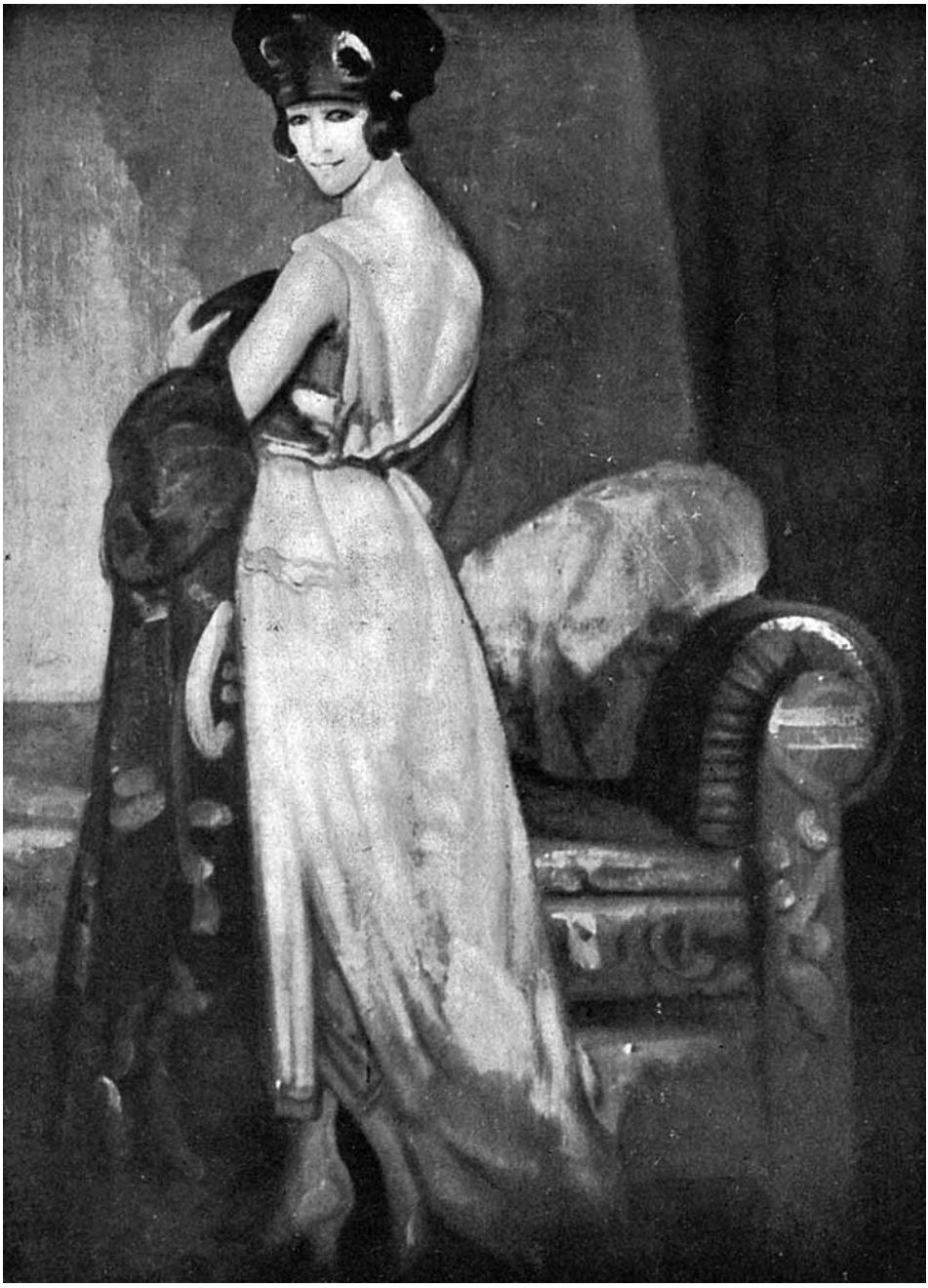
Sus reminiscencias folletinescas y su curiosidad por lo pintoresco, algunos días le empujaban hacia el barrio chino, donde hace como en todas partes, amistades y apuntes. En Trafalgar Square también se ha hecho amigo de un *genio* -según él- que toca el cornetín sobre una mesa, y dice que es hijo de Dios, aunque esto no lo cree ningún inglés. Lo que sí es verdad, que el «hijo de Dios» duerme con un garrafón de whisky debajo de la cama.

En Chelsea, barrio de artistas, en Cheyne Walk, pasa Gustavo, sus horas de melancolía, algunas tardes en *Piccadilly*, o en *Hyde Park*, y las noches en *Ciro's Club*, en *Covent Garden*, *Hydemarket*, o *Savoy*.

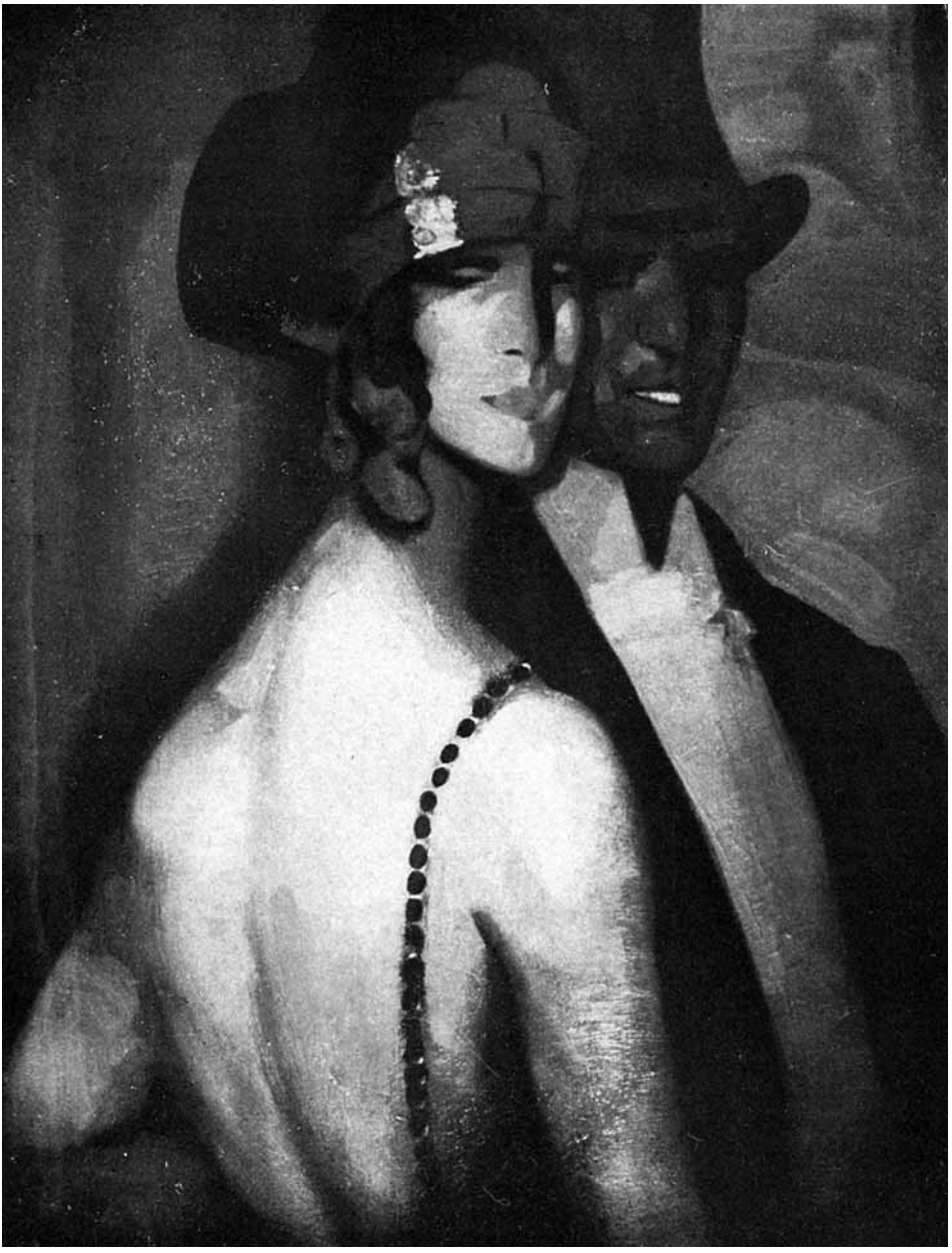
Una mañana en Chelsea, patio por medio al taller de Gustavo, apareció degollado y ensangrentado sobre su cama, el cuerpo desnudo de una mujer hermosísima. Las gentes devoraban las gacetillas con gran ansiedad.

Aquel mismo día salía Gustavo, camino del Canal, para París, y los periódicos de la noche terminaban sus gacetillas...: «el criminal no ha sido habido».

Mrs. Barett. (óleo)



Gladys at Home. (óleo)



Fragmento del cuadro «Ciro's Club.» (óleo)

XX

NOCHE DE VINO Y DE CONFIDENCIAS

HE cenado esta noche con Gustavo, en casa de *Luciano*, y me he reído mucho. Gustavo tiene gran preferencia por los primeros platos, sean los que sean, pero si son habas -fatal recuerdo para Ramón Villaamil- está uno expuesto a tener que *monologuear* de sobremesa, porque se le suben a la cabeza y queda abotargado. Aquel día fatal, que se comió la ración de Villaamil y la mía, le tuvimos que soltar el cuello y abanicarle luego con un artículo de Manolo Aranaz, que con su marco está colgado en la pared de este popular restaurant, ya que no teníamos un abanico a mano.

Damiana nos ha preparado una comida como para curas de pueblo y, ¿cómo negarse, si nos ha servido luego la encantadora Amalia, con sus deliciosos brazos remangados?, ¡hasta el codo nada más!

Gustavo no podía respirar después de una chuleta mayor que el plato, y soplaba como un buey, yo soplaba también, como otro buey, y las migas de pan, iban y venían de él para mí y de mí para él.

Luego, me ha preguntado: ¿Cómo va ese libro? Gustavo es un zorro; no cree en nada, ni en nadie, solamente en sí mismo. Después, a la hora incomparable del café, cuando el humo azulado de los cigarros habanos sube indeciso, en espirales multiformes, invitando, como el incienso, a la plegaria, a las íntimas confidencias, Gustavo me ha hablado como un cínico, después de haber devorado una ternera.

Las copas de coñac brillan sobre la mesa como piedras preciosas. Supongo -me ha dicho convencido- que me tratarás muy bien en tu libro. Luego ha proseguido: Yo sé que en el mundo no hay más que un pintor y un escritor. -Una pausa que equivale a la desaparición de una piedra preciosa-. El escritor, eres tú..., ahora tú dirás quién es el pintor.

Otras dos piedras preciosas que desaparecen sobre el blanco mantel.

Yo no creo en el Arte; el Arte es solamente una ficción inventada por los pobres de espíritu, como una necesidad quimérica, para decorar su vulgar existencia y envolverse en él como un histrión en su manto de púrpura, cuando en las farsas se cree Rey. Las piedras preciosas van desapareciendo. Yo -ha continuado Gustavo- sólo creo en el Amor y un poco en Baco, como todos los dionisíacos. Yo soy un hijo bastardo de Dionisios, y bastardamente, por lo tanto, interpreto el Arte. De mi padre heredé el espíritu aventurero y mi amor por las *gordas* que tengo en Londres. Dionisios, a pesar de ser un descarado, sintió pasión por Osiris, y se lo calló, de igual manera que, entre sus aventuras, guardaba el impertérrito Don Juan en lo más recóndito de su corazón, el amor

Amigas. (óleo)

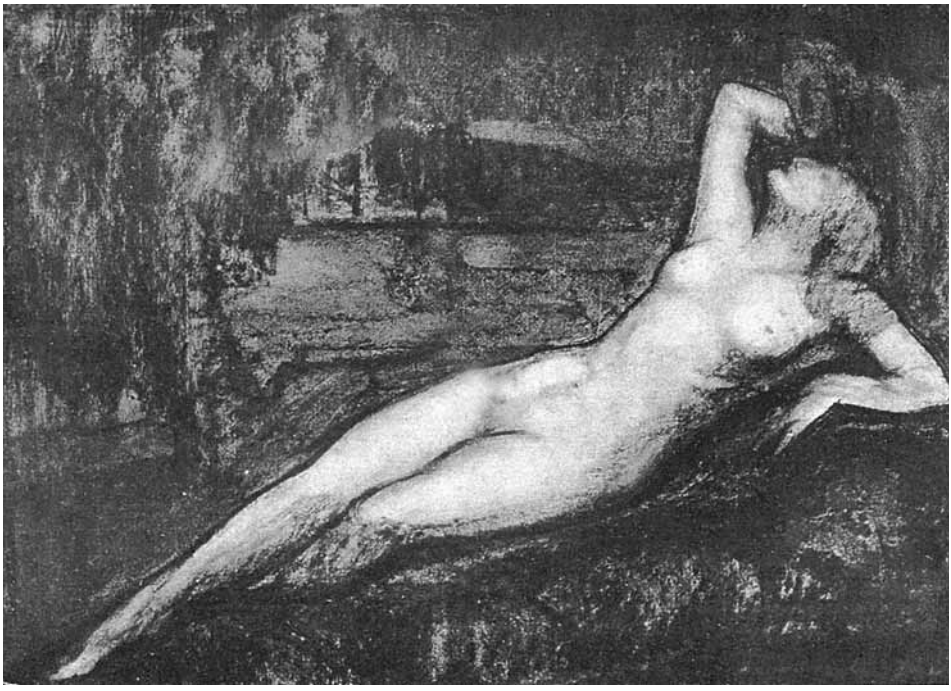
Retrato de Mrs. Albar. (dibujo)

por una mujer bella y bondadosa, y no se lo dijo nunca. En el fondo -mi querido e ilustre crítico- es que tú y yo somos dos dioses venidos a menos, dos dioses arruinados que necesitamos mucho dinero. Tú eres un dios brujo y pervertido de bastante cuidado, y yo soy un dios sediento, completamente acratopotosco.

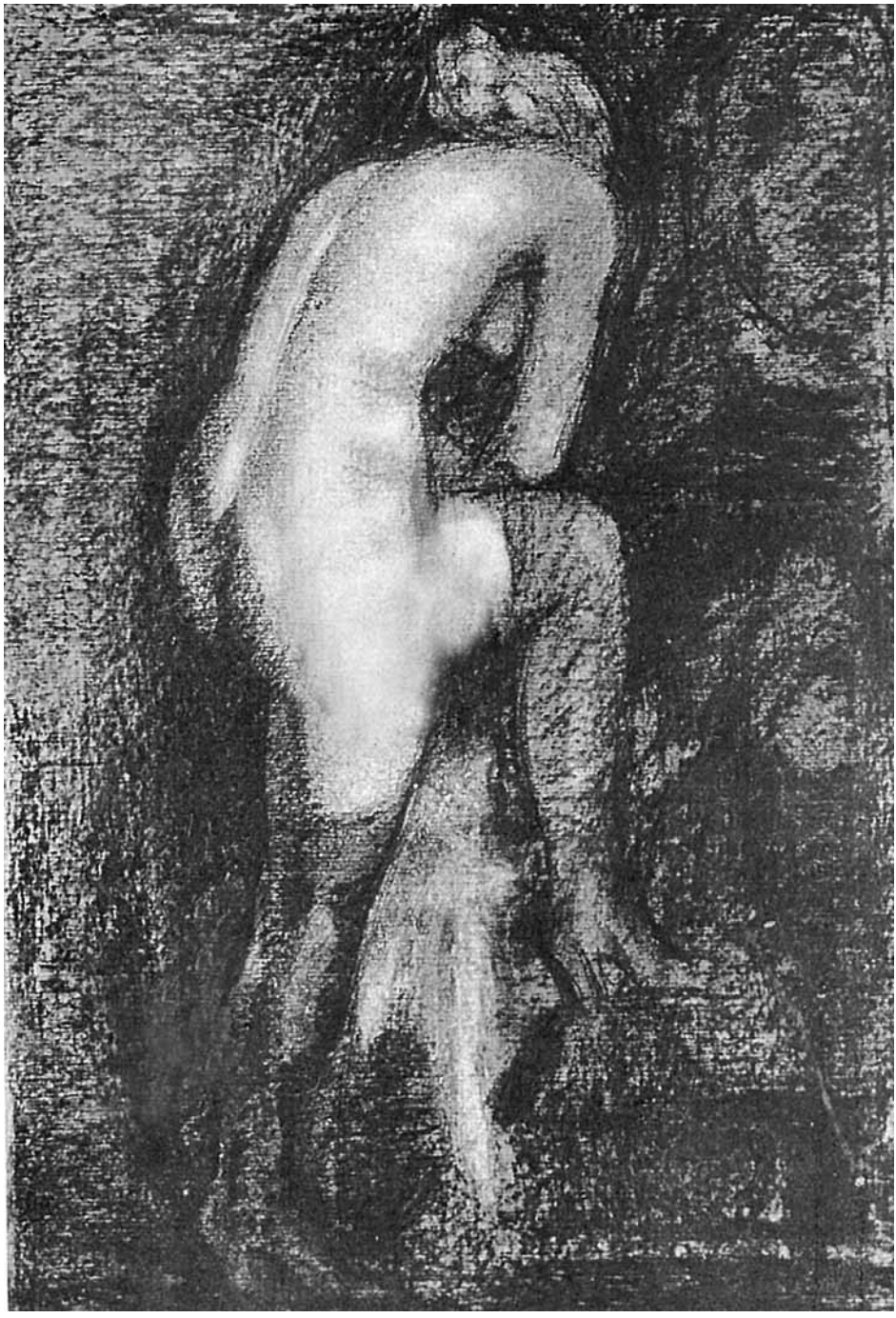
El chuzo de un bárbaro sereno interrumpe el diálogo de los dos dioses venidos a menos, y Damiana trae la cuenta de los *manjares*. ¡Ya ves -interrumpe Gustavo-, hasta las deidades tienen que pagar en este cochino planeta! ¡Hay dioses que no pagamos!, le respondo, poseído ya de mi papel divino. Gustavo se ríe, suelta a los aires dos notas desgarradas y desafinadas: «¡Beber la copa al fin!» grita, más que canta, y la acción sigue a la letra...

Después, en la calle, los dioses ven a lo lejos una luz misteriosa en medio de la tinieblas. ¡Es el Casino de Artistas!, y como en el teatro, la vida cambia de decoración.

Unas pobres mujeres, cubiertas de insensatez y de sedas, rodean a los dioses. Los dioses beben, como en las mejores noches dionisíacas. Unos pollos de cabeza de cretino y espíritu donjuanesco danzan con las pobrecitas aprendizas de cocota, las locuras que el *jazzband*, burlón como el diablo, arranca de sus instrumentos chillones, complicados y retumbantes. Momo preside la fiesta, prendiendo la risa en los corazones y la sátira en las bocas de los dos dioses que se tambalean por su base.



Estudio. (dibujo)



Estudio. (dibujo) *Colección de Mr. C. P. Walker. Londres*

Fragmento del retrato de Lady Lavery. Londres. (óleo)

XXI NOCHE EN EL MÓNICO

UNAS guirnaldas de luces multicolores, de azules turquí, de rojos sanguíneo, de rubíes rosa y carmesí, de amarillas topacio y limón agridulce, de verde de esmeralda y ajenjo, circundan alocadas como reflejos de todos los pecados y todas las pasiones, la alegre sala del Mónico, como aprisionando dulcemente a los *cautivos* del Pecado. Las carnes palpitantes y blancas de las mujeres y la sed insaciable de placeres de los hombres rugen babeando al ritmo lascivo de una música canalla. ¡El aliento sofocante del pecado empaña las copas del champaña!

¡Son los residuos de la guerra, las piltrafas de esta civilización, que como mariposas recoge la luz brillante del cabaret, en las noches de París, mientras allá en los campos de Rusia nace un nuevo mundo, doliente y ensangrentado que dignifica la calidad Humana! ¡Es la civilización burguesa y egoísta que caerá en racimo bajo los fusiles de la Guardia Roja de mañana!

El cabaret es el remanso del vino y de la carne, es «un tranvía lleno que va al Infierno». Es la contribución de Europa, por la sangre de los negros, vertida en la gran guerra, bajo los pliegues criminales de las banderas. El negro está cobrando a Europa el tributo de la Victoria. Con su cráneo achatado y su nariz de presa se pasea con su querida europea por las calles de París. Su música de selva ha colonizado a la oreja civil y ha domesticado al salvaje blanco.

Aquella noche, Gustavo de Maeztu iba en el tranvía lleno, que va al Infierno. En el boulevard Malesherbes, y en la *Galerie Devambez* celebraba su última Exposición; pero a la noche, la cama del Hotel *Lutetia*, a primera hora, es mucho más triste que la *Place Pigale* donde, y atraído por la influencia de la luna, caía en el Mónico, en aquel ambiente cosmopolita, que rezuma su alegría, y donde el Shimmy arrulla con sus cadencias a la canalla universal.

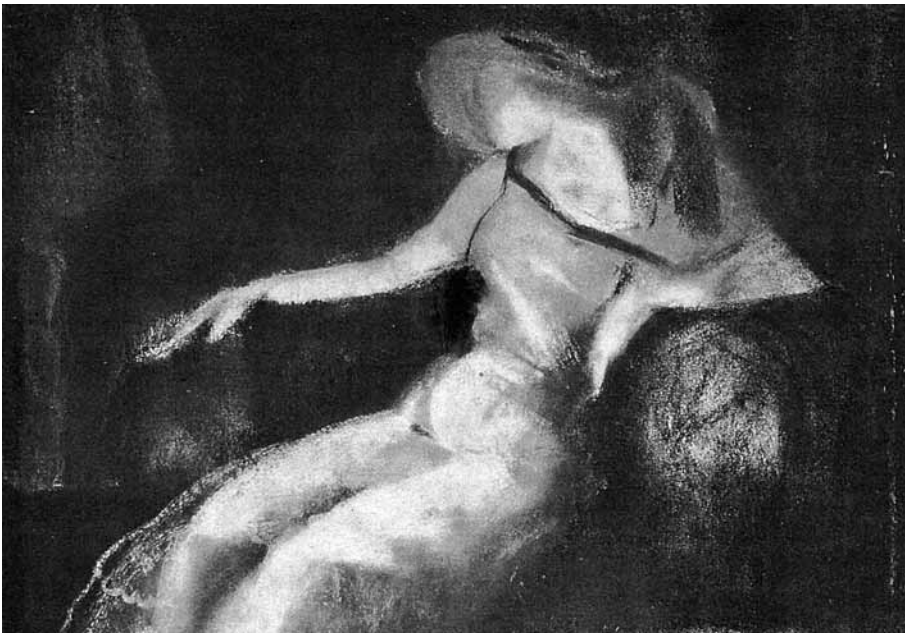
El Shimmy es la interpretación psicológica de la memez de nuestros días. Suspiros de Jockey, neurastenia de cursi, postura de cocota, cigarrillos de oriente, cocktail de niño repeinado, nerviosidades del treinta y cuarenta, militarismos de figurín; en fin, el Orden Social con paso *acamellado*.

Y contorsionándose y retorciéndose, deslizando las piernas rígidas, en grotescos movimientos y en estremecimientos de hombros, sacudían su *spleen* la alegre concurrencia del Mónico.

La sala se caldeaba por momentos, como si el reloj marcase la presión de la alegría con sus agujas impasibles.

Un camarero brinda a Gustavo una copa de champaña en nombre de un señor desconocido. Es el general Serrail quien se la ofrece. Y un músico italiano, con su bancho,

Estudio para retrato. (pastel)

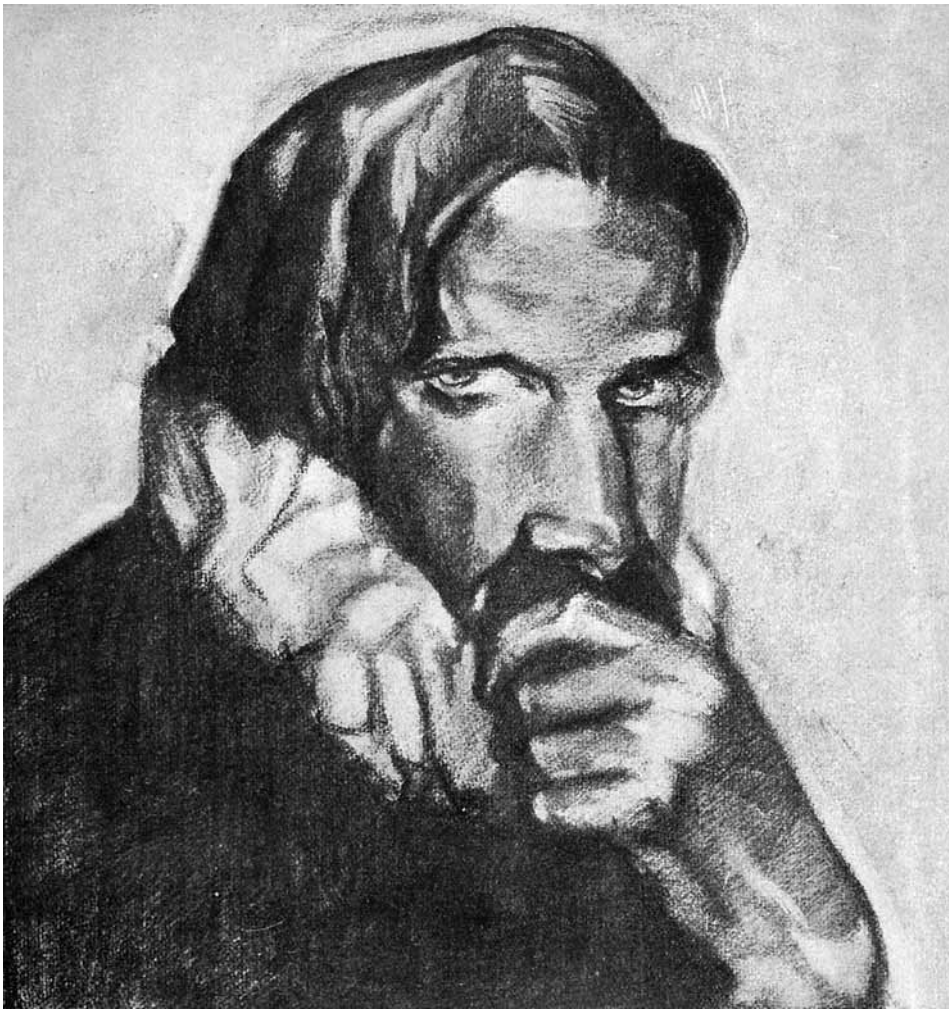


Estudio para retrato. (pastel)

melancólico, se alza entre todos, con la majestad de un rey y entona una canción que todos cantan, mientras Dionisios, sonriente, levanta en alto la copa de la consagración, apurándola inmediatamente hasta las heces,

Y Gustavo oye la voz del poeta árabe, que le dice al oído: «¡Ya leilí! ¡Ya einí! Nunca bebas sin que cante tu amiga. Observa que el caballo no bebe, sin el ritmo del silbido. Después halaga a tu amiga y acaríciala. ¡Ya leilí! ¡Ya einí!»

¡Oh, noche! ¡Oh, tus ojos!



Estudio para «El Don Juan.» (dibujo)

XXII

¡CUÁNTOS AMIGOS SE VAN!

POR el negro sendero, que atraviesa el Bosque de la Duda, y con los ojos abiertos hacia el Misterio... ¡se fueron sus *sombras blancas*!

¡Qué cerca sonó para nosotros la hora del reloj fatal!

Tu frente serena y tus ideales de Amor, ¡pobre Raimundo!, te redimieron en este Valle de lágrimas, donde sólo la flor del sacrificio besó tu frente, sin otra recompensa que nuestra pobre amistad. ¿Por qué te fuiste? .¿Es: que los ojos abiertos, bondadosos y suplicantes de Ramón, desde el otro lado de la tumba, te esperaban? Fue tu vida sacrificio y seguiste a la sombra blanca de tu amigo. ¡Qué vale la vida!

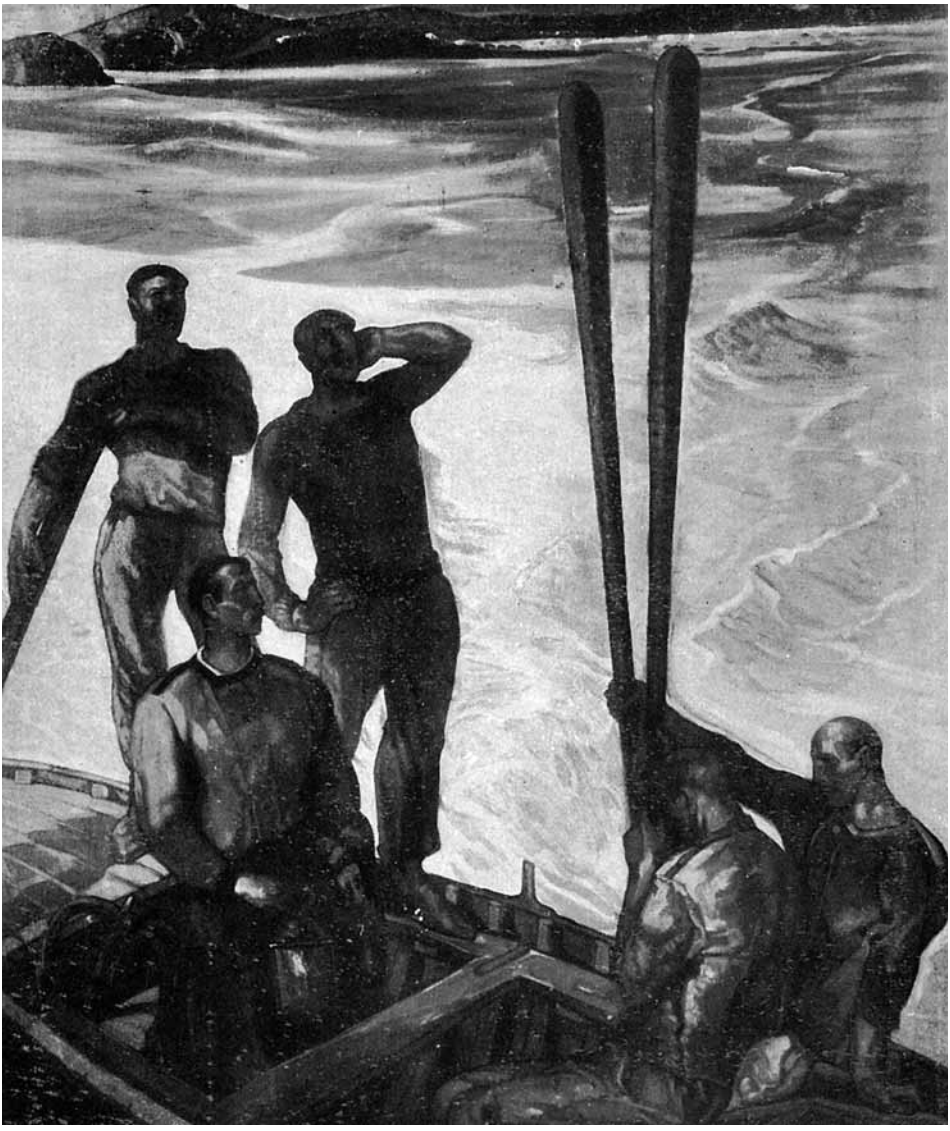
No quisiste vivir más y tu sangre tiñó una mañana la tierra de aquel pueblo que te negó Todo. ¡Pobre Sarría!, hasta lo que tú más querías, «más que a tu propia vida», puso después de epitafio tu muerte.

¡También tu vida bondadosa, querido Agustín, quiebra el Destino!

Y tú, Padre Elizondo, mueres como viviste: ¡besando tu cordón franciscano! También las olas del mar, enrojecidas por tu sangre, besaron tu cuerpo santo y esos hábitos que tú tanto amaste.

Si la tierra es fría, el calor de nuestro cariño llegará hasta el sereno reposo de vuestros cuerpos yertos. ¡Que un sauce llorón bese con sus ramas la tierra que os cubre, y que esas rosas blancas, cultivadas por Atropos, Laquesis y Cloto, sean eternas, ya que están regadas por nuestras lágrimas!

¡Noche eterna! ¿Por qué das tanto frío...?



La Lírica.- Panneau central del tríptico «Lírica y Religión.» (óleo)

XXIII

LOS SABIOS QUE FUIMOS AL CONGRESO DE GUERNICA

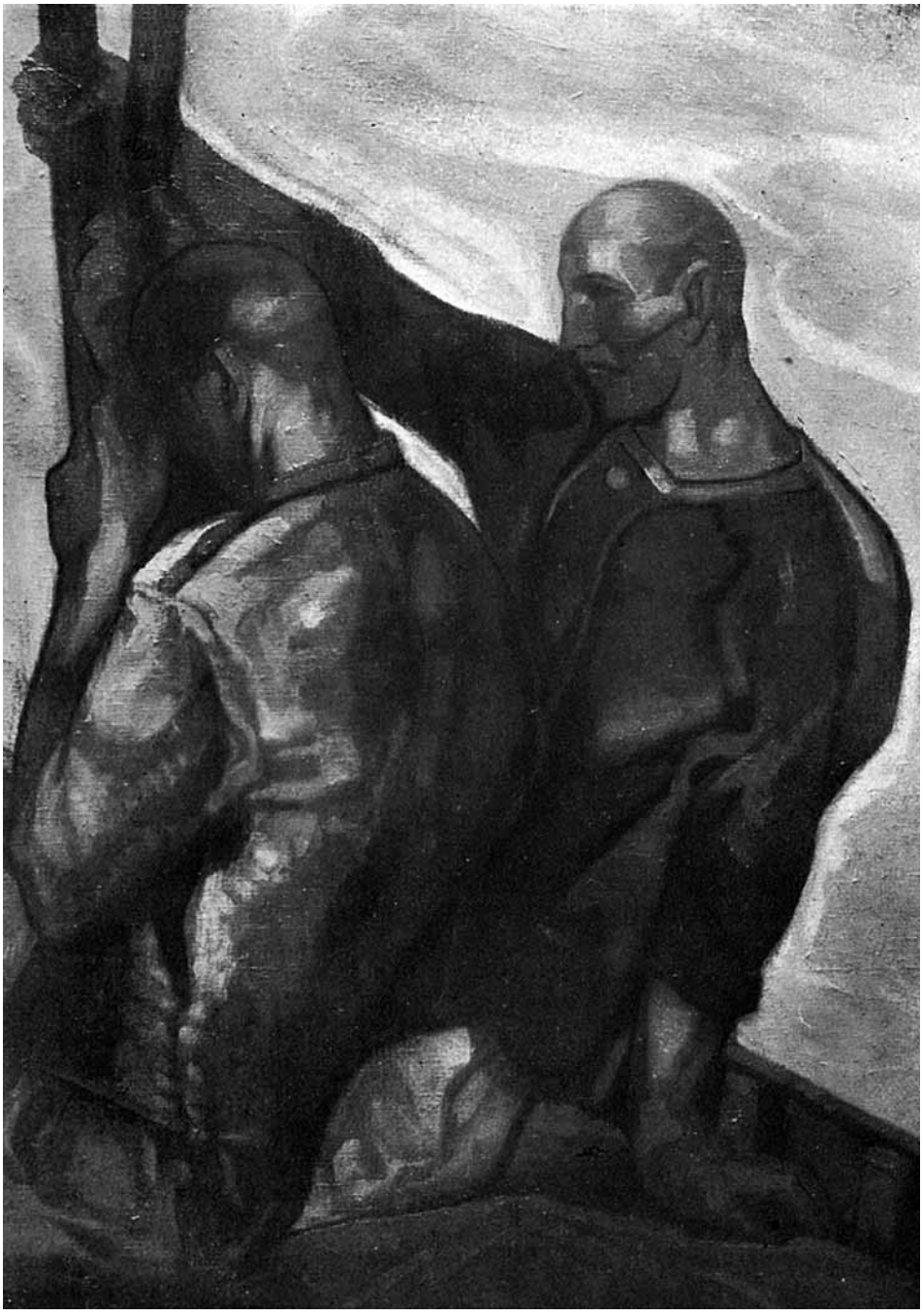
QUÉ quieren esas trompetas pragmáticas y rituales, que como plañideras gimen entre los verdes paisajes del País Vasco? Son los clarines de nuestras Diputaciones, que lloran y cantan al mismo tiempo, porque a la lengua se le ha perdido un acento, porque el idioma ha perdido su color fonético. ¡Cubramos nuestras cabezas de ceniza y rasguemos nuestras túnicas! ¡Lloran los bosques húmedos, donde los hongos brotan; lloran las praderas frescas, donde los corderos balan! Todo llora, hasta el *chocholo* árbol de Guernica.

Cuando la existencia de una raza se ventila en terreno tan mezquino, en cuestión de coma o acento más o menos, es señal de que a esa raza hay que ponerla su punto final, ya que no supo dirimirse en el problemático enigma de los puntos suspensivos.

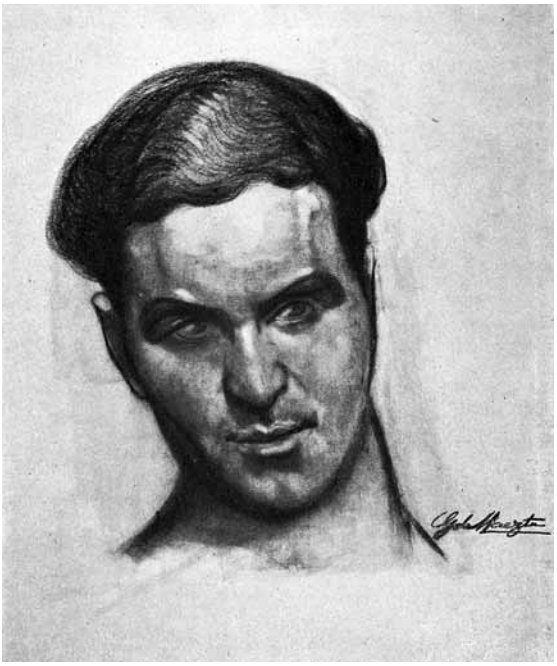
Convocar a los sabios con sus melenas al viento, para que encuentren el sonido sentimental de la raza -como aquellos de «¿dónde estará mi dedal?»- equivale a prender el derecho de un pueblo con alfileres.

En un automóvil rojo que el *guezalismo*, tan bien ha interpretado en un lienzo desbordante de color, llegó a Guernica precintado, el humorismo, con el letrero de «muy frágil» Y allí el humor se quebró. De aquella carga, Pepe Acha pierde su prestancia concejalicia. *Antxon* Bandrés se derrite en genuflexiones ante todos los frailes y curas que tropezamos en la carretera. Alejo Sota levanta sus brazos y los vuelve a su pecho acon-

Peru-Mari (dibujo) *Colección F.R. Smith. Londres.*



Fragmento del panneau central del tríptico «Lírica y Religión.»



Retrato del barítono Aguirrezarobe. (dibujo)

gojado. Perico Mourlane salta como un sátiro con su flauta en la campiña vasca. Somonte suelta a los vientos un *santzo* que se pierde en el fondo de las lejanas montañas. Manu Sota calla y ve todo extasiado, y el Padre Elizondo mira todo con sus inocentes ojos de niño. Pero Luzuriaga es quien ha encontrado el sonido fonético de la raza, que tanto ha preocupado a los sabios allí congregados, y yo, gozoso, para celebrarlo, enciendo el puro más grande de Guernica, algo así como un retoño plantado en la Habana, de ese Arbol *Santua*, que, según dicen, fue el símbolo de nuestras libertades, mientras *Maixi* Olabarría saca emocionado del fondo del bolsillo, de su chaquetón de corte alemán, su armónica, y babeándola toda, preludia una *biribilketa*.

El único que no claudica es Modesto Neyra, a quien le encontramos en la plaza, deteniéndome del brazo, sin dejar llevarme el puro a la boca, para hacerme siete objeciones sobre la deficiencia de la organización, y en su fogosidad abogadicia me impulsa con tal violencia, que doy más vueltas que un *sacapón*, ante el escepticismo fatalista de Ibarra y de Pato Arellano.

Pero en realidad, el humorismo precintado del *auto rojo* no iba a Guernica a experimentar su reacción humorista, sino francamente a la caza y captura del jabalí, Gustavo de Maeztu, el último romántico, que andaba por las *abruptas* e indomables montañas de Pedernales, veraneando, y al mismo tiempo, como atalaya desde donde escudriñar el horizonte, para ver si algún inglés -únicos posibles compradores- se acer-

Los misteriosos trabajadores del cuero.

Descanso en la tarea.

caba a la tradicional villa. Cuando a ella llegamos le encontramos abrazado a un *foral*, creyendo ver en él la recomendación eficaz para que la Diputación le comprase su cuadro «Lírica y Religión» que tantos sudores le ha costado a Quintanilla, el astuto cazador de vacas cordobesas, que ha conseguido con su ciencia oculta y su *métier* secreto rehabilitar a éstas en su tradicional utilidad, forrando de piel de vaca el enorme mareo de policromía extraña.

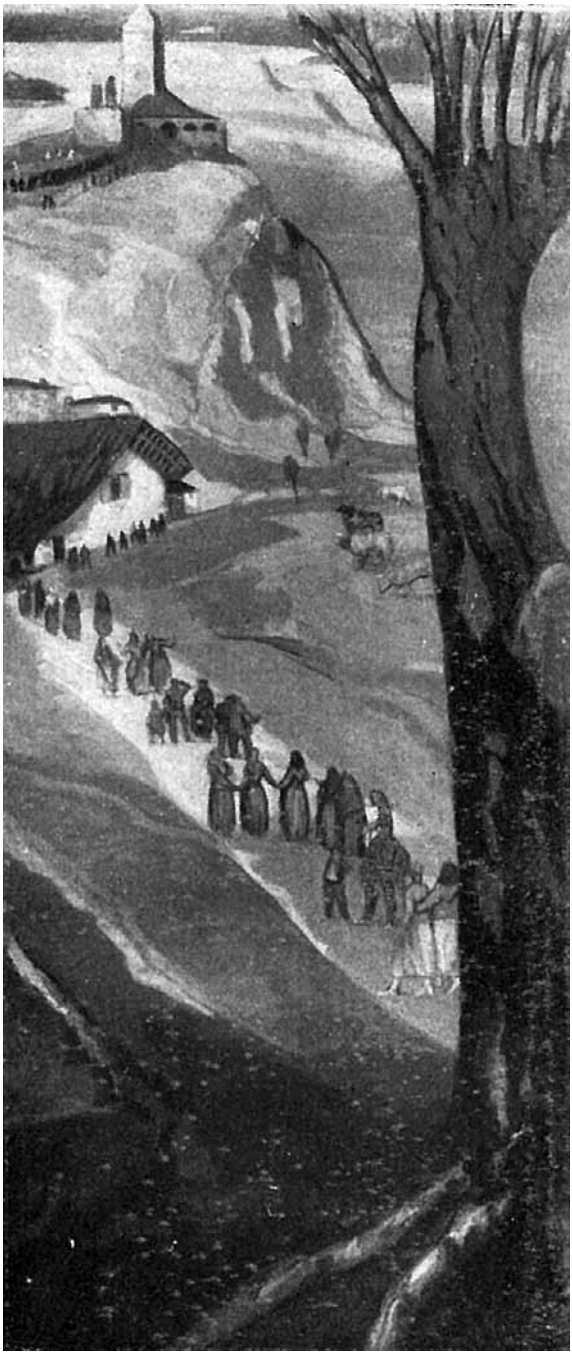
Nuestro estupor fue tremendo al contemplar aquella escena, creyendo que por fin el gran revolucionario había caído en manos de los forales y no podía escaparse. ¡Pobre Gustavo! -exclamó Alejo, sin poder contenerse. ¡No, no! -replicó Bandrés, lleno de entusiasmo-; creo que el triunfo es nuestro. ¡Es Gustavo quien ha cogido preso al foral! Y Gustavo seguía abrazado con efusión sin límites al *chapelgorri*, mientras nosotros seguíamos petrificados de terror ante tal duda.

Luego, la decepción fue grande, y ante tanta claudicación, nada de particular tenía que terminase aquel Congreso con la conducción por carretera de dos héroes llorones, que en sus lamentos quedaba toda la fonética de la raza humillada y confundida ante la trinidad inquebrantable de la unidad nacional, «Martín Veloz, Anido y Marquet, para otros tres».

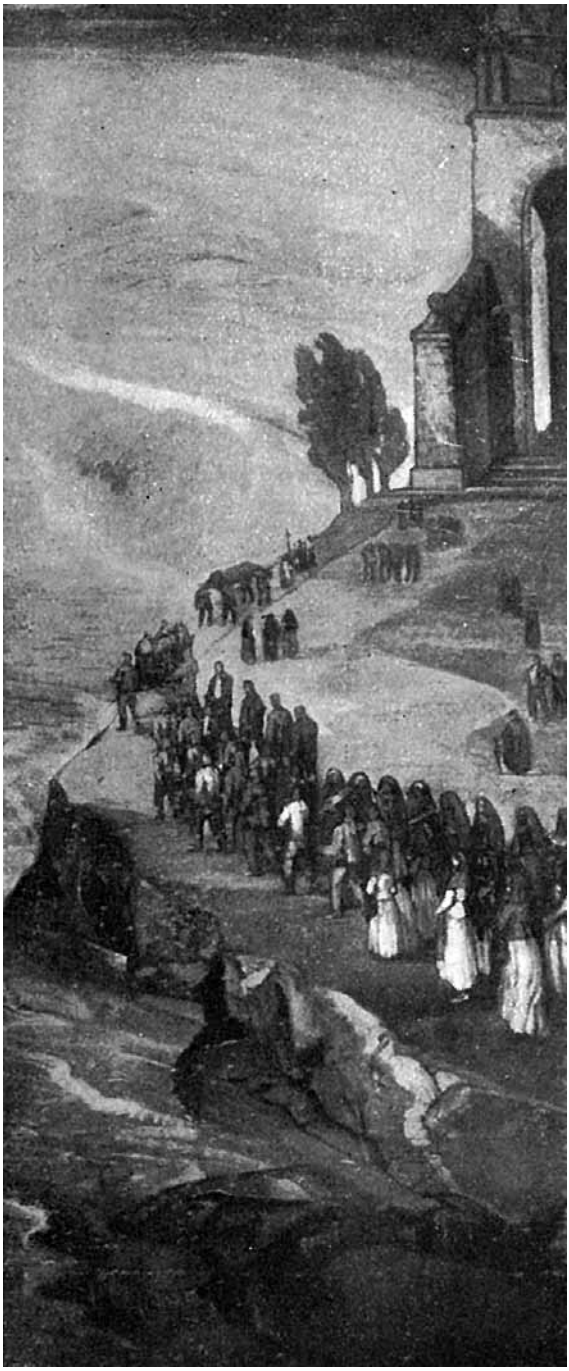
Pero como un destello de esperanza, en aquel lago de lágrimas sentimentales, se destaca el Arte joven y rebelde, aquel arte nervioso y sanguíneo -ya que la sangre del artista es el color- de los artistas jóvenes, de estirpe de artistas de los Matisse y los Van Donguen; de esencias rebeldes, pero disciplinados, que allá en la Exposición de Arte de Guernica, dan todo el matiz de novedad y simpatía, y toda la alcurnia del gran Arte Moderno.

Esta fue la nota más interesante de aquel Certamen de pintura, nota de modernidad entre tanta cosa caduca y despreciable.

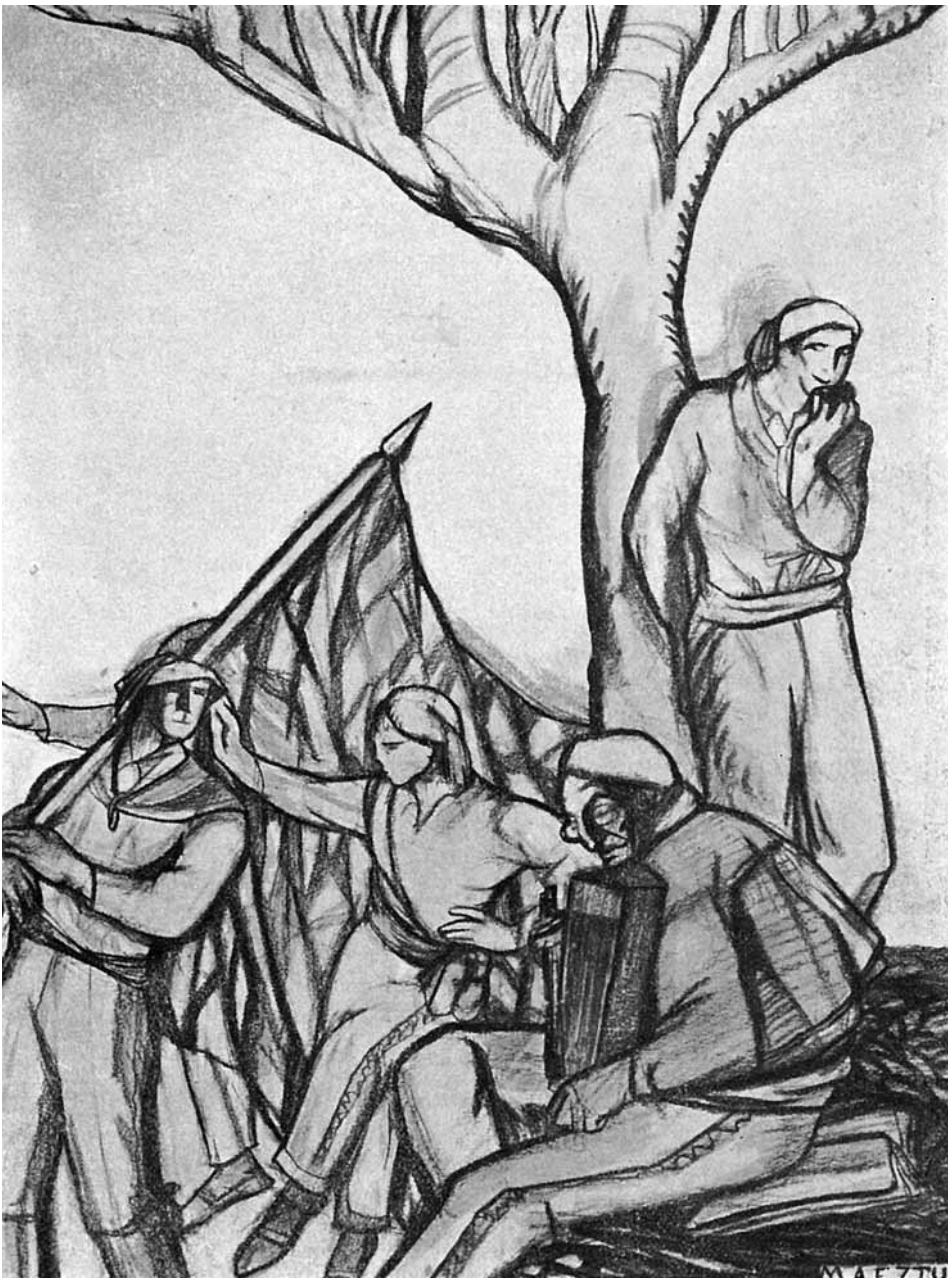
Esta es la obra, la gran obra de la Asociación de Artistas Vascos, de ese pequeño salón, que destella desde hace algunos años, en Bilbao, donde todas las inquietudes, todos los *snobismos* de los *fauves*, con sus dentelladas al futuro, son las victimas generosas de las avanzadas del Arte. De ese pequeño salón que ha dado un matiz europeo y un renombre universal a Bilbao, con sus años de puertas abiertas a todo lo nuevo, a lo novísimo, mantenido por el desinterés de sus asociados y por el fervor espiritual de su *alma*, Alberto Arrúe, su mano secreta, el que mantiene su espíritu, junto a una campanilla enana que jamás oímos su sonido.



Religión.- Panneau izquierdo del tríptico «Lírica y Religión.» (óleo)



Religión.- Panneau derecho del tríptico «Lírica y Religión.» (óleo)



Charivari. (dibujo)

XXIV

¡YA CAEN LAS ÚLTIMAS HOJAS!

EN la calle hace frío, y buscando su tibio ambiente, me refugio en el café.

El aburrimiento chorrea por mi cuerpo, como la esperma por un cirio funeral, que alumbrase mis pensamientos grises y la desesperanza que me ahoga. El artritismo clava sus garras, como las uñas de un mono, en mis carnes,

Junto a mi mesa, unos ingleses me envuelven con el aroma de sus cigarrillos de hierbas orientales, que yo aspiro como la brisa de lejanas tierras, con la melancolía de quien ha lanzado al fondo su ancla marina y se resigna a ver los horizontes del mar, con sus gemelos de pobre *lobo* retirado.

Las vidrieras del café están empañadas por el frío de la calle, y en un rincón, una mujer joven, que lleva en sus ojos el estigma de su vida pecadora, parece aguantar el temporal de su existencia, envuelta en sedas y pieles, aguardando la aventura desconocida.

¡Qué placer secreto tiene lo desconocido!

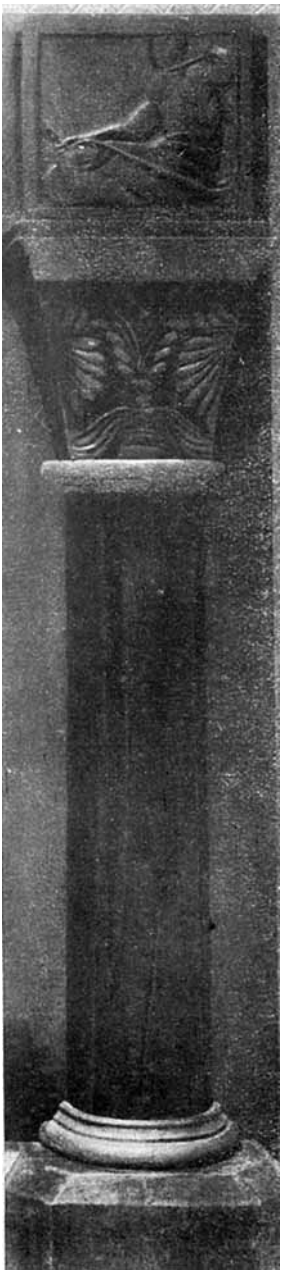
Comprendo su tragedia. Espera al vampiro de ciudad que ha de satisfacer en sus carnes flácidas su ansia de lujuria seductora.

Ahora mira insistente hacia mí, y creo reconocerla. Era una noche como ésta, en el Bar del Kursaal, de San Sebastián, bebimos juntos los dos.

Recuerdo también cómo aquella misma noche, en un rincón del Bar, y envuelto en su visible melancolía, estaba Malvi, el desterrado de Francia, en su humilde situación de desterrado. Recuerdo también, cómo esta mujer ojerosa le llamaba ¡asesino y traidor!

Malvi, con sus ojillos vivaces, parecía escudriñar en su inquietud. ¡No podría llegar a menos el pobre Malvi! Bien es verdad que tampoco podía llegar a más el desterrado.

¡Sí, es la misma mujer!



Columna del retablo «Lírica y Religión.»

Gustavo de Maeztu en un jardín de Surrey...

... evocador paraje, lleno de añoranzas y de ensueños para el pintor español.

Aquellos recuerdos y estas consideraciones me distraen unos minutos, hasta que las uñas del mono invisible se clavan de nuevo en mis carnes. Esa mujer ha sacado de su bolsa femenina el secreto de su belleza, un espejito pequeño en el cual se refleja su cara de viciosa, y una barra encarnada con la que frota sus labios sensuales. Luego, espera... espera...

En la calle caen las últimas hojas de los árboles sobre el asfalto mojado, y al caer las hojas secas, han dibujado en el aire extrañas interrogaciones.¿Qué quieren decir esos signos misteriosos?

¿Escribirán en el aire mi Destino? o ¿el de esa pobre pecadora que aguarda al vampiro...?

Las luces de la ciudad van encendiéndose una a una, y las últimas hojas secas se desprenden lentamente de los árboles ya desnudos.

¡Es el Otoño melancólico!

18 de Noviembre de 1922

EXPOSICIONES

DE LAS OBRAS DE GUSTAVO DE MAEZTU

(Hasta el año 1922)

1914 - Barcelona. Galería Dalmau.

1914 - San Sebastián. Salón de *El Pueblo Vasco*.

1915 - Madrid. Salón del *Palace Hotel*.

1915 - Barcelona. Galerías Parés.

1916 - Madrid. Salón de *La Tribuna*.

1916 - Barcelona. Galerías Layetanas.

1918 - Bilbao. Salón de la *Sociedad Filarmónica*.

1919 - Londres. Grafton Galleries.

1920 - Sheffields. Mappin Art Gallery.

1920 - Leeds. Leeds Art Gallery.

1920 - Manchester. Manchester Art Gallery.

1921 - Londres. Walker Galleries.

1921 - Bilbao. Asociación de Artistas Vascos.

1922 - París. Galerie Devambez.

1922 - Bilbao. Asociación de Artistas Vascos.

CRÍTICA

... Maeztu ha llegado a un sentimiento de la obra de arte, que ya sólo se complace en el ritmo primitivo de la vida, desnudo de todo elemento superfluo. Busca la opulencia, la decoración y la sensualidad, pero todo dentro de un movimiento único, sobrio y definitivo... —*Frans Pujols (de la revista «Estudio»), Barcelona 1914*.

... El arte de Gustavo de Maeztu responde también a su propio modo de ser, de hombre del Norte. Es más violento, es impetuoso como el mar de su tierra, es grandilocuente y es su tradición, la tradición atormentada de los místicos españoles que pesa sobre su espíritu inquieto y moderno... —*J.M. Jordá (de «El Noticiero Universal»), Barcelona 1914*.

... Viene este hombre de cara pálida, llevando al fondo de los claros ojos (los Maeztu son medio vascongados, medio ingleses) una visión trágica y sensual. Sensualidad y tragedia hacen en la visión una misma cosa... —*«Xenius». Glosario (de «La Veu de Catalunya), Barcelona 1914*.

... Gustavo de Maeztu es uno de esos artistas que con más o menos fuerza hacen servir las formas para evocar la sentimental melancolía de sus bellos países. Las formas toman un estilo bárbaro, encaminando a la sensación que quieren producir... —*J. Folch y Torres (de «La Veu de Catalunya»), Barcelona 1914*.

... Gustavo de Maeztu es un artista potente, tan entusiasta de las nuevas tendencias, como enamorado de los clásicos españoles... —*A. de Riquert (de:«El Día Gráfico»), Barcelona 1914*.

... Solamente lo personal, lo puramente auténtico de cada individuo, es lo que a través de toda cultura y de toda costumbre, se incrusta en la Eternidad Humana... —*Cristóbal de Domenech (de «La Lucha»), Barcelona 1917.*

... Las obras de Maeztu sorprenden por su brillantez: semejan enormes cerámicas ricas en vigorosos tonos. Hay que proclamarlo sin ambages: Gustavo de Maeztu, sin que neguemos uno solo de sus defectos, y con todos ellos, es uno de los más brillantes, originales y audaces decoradores que hoy tenemos en España... —*Juan de la Encina (de la Revista «España»), Madrid 1917.*

... Y si nada, al parecer, le preocupa, ¿cómo explicarse esa profunda concepción de los asuntos que lleva al lienzo? Este es su mérito. Yo creo que Maeztu ha descendido de la luna... —*E. Lámbarri (de «El Norte»), Bilbao 1918.*

... El pensamiento literario español, en sus más altos vuelos, está representado para siempre por un manco: Cervantes; el pensamiento político con todas sus trapacerías y embrollos está representado por un cojo: Romanones, y, ahora, Maeztu nos ofrece otro aspecto de España con un ciego... —*T. Mendive (de «El Liberal»), Bilbao 1918.*

... Gustavo de Maeztu, con su paleta fuerte y jugosa, es el verdadero pintor de la raza. Oriundo de las dulces y verdes costas cantábricas, guarda en el fondo de su alma un caudal ingente de poesía, y por esto, porque es profundamente poeta, dejando las riberas de sus mares, cruzó el Ebro y se internó en Castilla, donde sus ojos estáticos, contemplaron los horizontes dilatados de las pardas estepas... —*Fernando López Martín (de «El Fígaro»), Madrid 1918.*

... Most of the modern Spanish painting that we see over here —and even in Madrid— is merely French; but Gustavo de Maeztu, who is exhibiting at the Grafton Galleries, is nothing if not Iberian... —*Charles Marriolt (de «The Outlook»), Londres 1919.*

... Lo primero que nos sorprende es la expresiva individualidad que se advierte en aquellas cabezas de castellanos viejos de pura cepa, plenas de vigor; en esos rostros de ascetas sombríos y taciturnos de térrea carne, como las arcillas tostadas por el sol de las estepas de su tierra... —*S. Gómez Izaguirre (de «El Pueblo Vasco»), San Sebastián, 1914.*

... Su color, dentro de una soberbia armonía, es violentamente audaz. Es un sensual del color espléndio en la visión y fuerte y decidido en el procedimiento... —*José Díaz y Alberdi (de «La Tribuna»), Madrid 1914.*

... Y yo termino acusando la exquisita sensibilidad de Maeztu, que, repito, es el verdadero signo de su excelente aptitud... —*Francisco Alcántara (de «El Imparcial»), Madrid 1915.*

... Y así se encuentra que las características de sus cuadros son: robustez, exuberancia y armonía; vigor, riqueza y ponderación; carácter recio, color brillante y equilibrio de masas... —*Manuel Abril (de «La Ilustración Española y Americana»), Madrid 1915.*

... La máquina espiritual de Gustavo es simple, pero bien segura; y desarrolla su fuerza y elabora su obra de una manera sobria y perfecta, haciendo limpias estampaciones... —*Ramón Gómez de la Serna (de «La Tribuna»), Madrid 1916.*

... El colorido de los cuadros de Maeztu es brillante, magnífico, con magnificencia de esmaltes y, sin embargo, vagamente sombrío, con una especie de pomposidad crepuscular en que los matices adquieren su máxima profundidad... —*A. de Hoyos y Vinent (de «El Día»), Madrid 1917.*

... Su tríptico «Tierra Ibérica» es una concepción de España tan valiente, tan profunda, que Maeztu se acredita una vez más, en esa obra, de artista trascendental... —*Arturo Mori (de «El País»), Madrid 1917.*

... El arte en esta exposición, decía yo, se nos aparece primitivo, se nos aparece lleno de fuerza; si miramos las figuras de Gustavo de Maeztu vemos que en todas hay un concepto patriarcal; los hombres y las mujeres son extraordinarios y enormes sementales capaces de engendrar una raza fuerte... —R*amón M. del Valle Inclán (de «La Pintura Vasca»), Bilbao 1919.*

... Se mueve el artista dentro de una atmósfera especial, de condensadas luminosidades, de ritmos agazapados que sólo esperan el esfuerzo libertador para caer en armonías que se extiendan y desarrollen en brillos de gemas o en superficies esmaltadas, las primeras, y para lanzarse en líneas fugitivas de tigre que salta o trazar la ondulada gracia de una danzarina, los segundos. Esto es precisamente lo que le distingue de sus contemporáneos y le dota desde el primer momento de una personalidad bien definida Es un decorador, pero no tentado de la epopeya heroica, ni del simbolismo delicuescente, ni de vagas y débiles reminiscencias clásicas... —*José Francés (de Monografía «Gustavo de Maeztu», Biblioteca Estrella), Madrid 1919.*

... What distinguishes the art of this remarkable young painter is his sense of statuesque dignity, and the arbitrary use he makes of light for pictorial composition... —*P.G. Konody (de «The Observer»), Londres 1919.*

... Here is a young man of thirtytwo, wo can fill one of the largest galleries in London with oils, charcoals and watercolours to the number of close on one hundred and fifty, wo is equally at home with mural decoration, landscape, portraiture, animal drawing. Prodigious! Old families and old races are not all decadent... —*M.T.H. Saddler (de «The New Europe»), Londres 1919.*

... Is a realist in his choice of subjects but a decorator in his form of expression. His pictures are full of the spirit of Northern Spain, as regards both people and landscape, and they are designed and painted with a restrained force that wins immediate respect... —*(de «The Standard»), Londres 1919.*

... His figures are all statuesque, while his colouring is rich and yet sombre were it not for his characteristic use of light. His fondness for a thick dark outline contributes to the feeling of power in his work... —*(de «Challenge»), Londres 1919.*

... Maeztu would, as we think, be at his best in the mural decoration, completely reasoned, yet imaginative, of a great public edifice or monument... —*Claude Phillips (de «The Daily Telegraph»), Londres 1919.*

... His forms, too, are more summary, more suggestive of carving, whilst his colours, his flesh-tints, his blues and red and greens are more intense than nature's. For all that he regards himself as a realist, or defines, at all events, his great Trilogy «Order-Force-Death», as coceived in the painting... —*Tis (de «Colour Magazine»), Londres 1920.*

... A large number of drawings and sketches of heads and animal are included in the exhibition. Most of these are executed in charcoal or soft chalk, and they show us Señor de Maeztu as a clever exponent of the art of summarising either in tone or line... —*(de «Sheffield Daily Telegraph), Sheffield 1920.*

... The glowing, Indian-red skin daring against a fringed shawl-girdle of cobalt, the skirt, the blue and red drapery held by one upraised hand, the green landscape background obviously designed in simulation of stained glass forms and colors... —*Augusta Owen Patterson (de «Town & Country»), New York 1920.*

... A realist in search of beautiful adventure. Il Greco seems to have been his spiritual master, although his presentment has the monumental quality of Michael Angelo... —*(de «Drawing and Design»), Londres 1921.*

... Voici un peintre au talent très puissant et très coloré, mais qui semble encore chercher avec passion son expression définitive... —*G. Palowski (de «Le Journal»), París 1922.*

... M. Gustavo de Maeztu peintre d'un réalisme parfois un peu outrancier mais auquel on ne saurait refuser une grande puissance et cette apreté qui est une des caractéristiques des vrais peintres espagnols... —*(de «New-York Herald»), París 1922.*

... Couleur et dessin, richesse et sobriété, surbordination du détail a l'ensemble, composition sure mais réaliste, préconçue mais non affectée... —*P.J. (de «L'Echo National»), París 1922.*

... Il faut reconnaitre ses qualités de peintre, vigoreux, parfois même puissant et solide et nerveux talent de dessinateur... —*René Chavance (de «La Liberté»), París 1922.*

... The most beautiful figure in the world thus paying a rich compliment to the fair sex of the British isles, for although Mr. Maeztu paints Spain, he loves London more than any other city. A charcoal sketch of Lady Lavery is here seen but the large oil portrait just completed of her is in London... —*(de «Chicago Tribune»), París 1922.*

... De Maeztu is a strong man physically, and his style of painting and the richness of his palette reflect his physical vigor. If he has any one artistic idiosyncrasy it is his belief that sunlight is best expressed by putting plenty of paint on the canvas. He, flowever, makes no attempt to epater the public through a pose or through novelty of sucject. He has made his impression on the art world by being true to himself and to his native country... —*Philip Sawyer (de «International Studio»), New-York 1922.*

... Un artista de generosa índole, que ha nacido del germen sembrado por los más viejos maestros y ha florecido, nutriéndose de la savia de su siglo... —*(de «Euskadi»), Bilbao 1921.*

... Los cuadros todos están llenos de valentía y firmeza, de esa seguridad de cosa lograda. Quizás ello se deba a un influencia personal y moral del enérgico temperamento de su autor... —*Adán (de «El Nervión»), Bilbao 1921.*

... En los instantes en que duda de sí mismo es cuando da a su arte mayor prestigio; cuando aparenta mayor dignidad y cuando redobla sus esfuerzos... —*José Iribarne (de «La Tarde»), Bilbao 1922.*

... Cada día le trae su afán, y este verano le ha traído muchos que confluyen en el retablo. Celebremos ante todo esa vuelta de nuestra pintura, del caballete, en que divertía su anemia, al muro religioso y civil o al alto techo, que es abovedado, para que las alegorías tengan anchura y resonancia... —*Pedro Mourlane Michelena. Bilbao 1922.*

... Maeztu no está por el silencio augusto de la naturaleza, Maeztu quiere que el paisaje le diga algo, que le cuente una historia y si es extraordinaria, mejor. Así sus paisajes tienen algo de geológicos —folletín de la naturaleza— o algo de escenario para que comience el drama... —*Joaquín de Zuazagoitia (de «El Pueblo Vasco»), Bilbao 1922.*

... Il y a surtout chez lui une entente de la composition et un sens de l'allégorie qui sont des qualités assez rares chez les artistes... —*René Jean (de «Comedia»), París 1922.*

... Les dessins révelent une observation trés poussée, beaucoup de talent et un grand sens artistique... —*André Beucler. París 1922.*

ÍNDICE

Introducción .....pág. 08
Carta de Gustavo de Maeztu .....pág. 10
CARILLÓN .....pág. 12
I La hora de los espíritus .....pág. 13
II El gorro rojo de la locura .....pág. 15
III Una ciudad poco complicada .....pág. 19
IV El Orangután Negro.....pág. 25
V Las aves frías .....pág. 35
VI Espiral de humo en Closserie des Lilás.....pág. 43
VII Los amigos de Arrauchi .....pág. 51
VIII Desde el Café Farniére.....pág. 59
IX El Registrador de la Propiedad de Sevilla .....pág. 65
X Al fondo, Notre Dame .....pág. 69
XI El espia rubio.....pág. 75
XII El valor del arte .....pág. 81
XIII De Oriente a Occidente .....pág. 91
XIV El estigma de Eva .....pág. 99
XV Castillo doliente .....pág. 103
XVI Cortejo de sangre.....pág. 111
XVII El número 317 .....pág. 115
XVIII Niebla.....pág. 121
XIX El crimen de Chelsea.....pág. 125
XX Noche de vino y de confidencias .....pág. 131
XXI Noche en el Mónico .....pág. 137
XXII ¡Cuántos amigos se van! .....pág. 141
XXIII Los sabios que fuimos al Congreso de Guernica ....pág. 143
XXIV ¡Ya caen las últimas hojas! .....pág. 151
EXPOSICIONES.....pág. 154
CRÍTICA .....pág. 155

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A
Abril, Manuel, 156.
Acha, Pepe, 143.
Adán, 99.
Aguirre, Estanislao M.ª de, 7, 14.
Agustín, San, 83.
Alcántara, Francisco, 156.
Aldecoa, Leandro, 69.
Almagro, 77.
Amalia (de «Luciano»), 131.
Anglada Camarasa, Hermenegildo, 45, 93.
Anguiano, Angel, 59.
Anido, 147.
«Apa», 77.
Apollinaire, Guillaume, 45.
Arana, Sabino, 29.
Aranaz, Manolo, 131.
Arellano, José M.ª, 29.
Arellano, Pato, 145.
Aristóteles, 95.
Arrauchi y Arrauchi, Serafín, 51, 55.
Arriarán, Pablo, 45, 65, 67.
Arrue, Alberto, 37, 147.
Arrue, José, 37,53,55,65,91.

B
Bagaria, 27.
Bandrés, Antxon, 143,147.
Baroja, Pío, 19, 55.
Basterra, Ramón de, 29, 37, 55.
Beucler, André, 160.
Baza, Angel, 117.
Bellido, 45, 49.
Bruyére, La, 35, 37.

C
Canals, Ricardo, 77.
Cendoya, 125.
Cervantes, 156.
Cezanne, 91.
Cierva, 73.
Couceiro, 115.

CH
Chavance, René, 159.
Chesterton, 13, 15.
Chopin, 45.

D
Damiana (de «Luciano»), 131, 133.
Dato, Eduardo, 19.
Díaz y Alberdi, José, 156.
Doelter, Eleonora, 39.
Domenech, Cristóbal, 75, 155.
Domingo, Marcelino, 75.
Dubufe, Guillaume, 103.
Durero, Alberto, 83.

E
Elizondo, Padre, 141, 146.
Encina, Juan de la, 29, 37, 55, 155.

F
Felipe II, 83.
Ferrer, 27.
Ferrer y Guardia, Francisco, 47.
Folch y Torres, J., 155.
Francés, José, 157.

G
Garat, 19.
Garrote, 43, 49.
Gauguin, Paul, 85, 91.
Gómez Carrillo, 45.
Gómez Izaguirre, S., 156.
Gómez de la Serna, Ramón, 157.
Goncourt, 83.
Govinner, 15.
Goya, Francisco de, 83.
Gris, Juan, 93.
Guiard, Adolfo, 21.
Guinea, Anselmo, 91.

H
Hohenzollern, Guillermo, 23.
Hoyos y Vinent, A. de, 157.
Huerta, Moisés, 91.

I
Ibarra, 145.
Inocencio III, 85.
Iribarne, José, 159.
Iribarne, Paco, 75.
Iturrino, Francisco de, 75.

J
Jara Carrillo, 77.
Jáuregui, 45.
Jean, René, 159.
Jordá, J.M., 155.

K
Kaiser, 23.
Konody, P.G., 157.

L
Labarta, 75.
Lámbarri, E., 156.
Lamennais, 87.
Lenin, 71.
León, Ricardo, 19.
Linacero, 55.
López Chico, Ramón, 69, 115, 117.
López Martín, Fernando, 156.
Luzuriaga, 145.

M
Madinabeitia, José, 37, 115.
Maeztu, Gustavo de, 15, 16, 17, 18, 19, 27, 29, 37, 39, 43, 45, 53, 69, 75, 91, 95, 97, 99, 103, 111, 115, 137, 145, 152, 154, 155, 156, 157, 159.
Marañón, 19, 23.
Malvi, 151.
Marinetti, 93.
Marquet, 147.
Marriolt, Charles, 156.
Masip, 115.
Matisse, 147.
Maura, 21.
Mauricio, San, 83.
Meabe, Tomás, 37, 39, 43, 45, 49, 61.
Mendive, T., 156.
Mendoza, 115.
Metzinger, 93.
Miguel Angel, 93, 158.
Mogrovejo, Luis, 37, 53.
Mogrovejo, Nemesio, 37, 39.
Mori, Arturo, 157.
Morral, Mateo, 47.
Mourlane Michelena, Pedro, 61, 145, 160.
Murcinao, 115.
Murger, Henri, 45.
Musset, Alfred de, 45.

N
Neyra, Modesto, 145.
Nietszche, Federico, 81,95.
Nougués, Javier, 77.

O
Olabarría, Maximiliano, 145.
Ortiz, Félix, 125.
Otazua, 115.
Owen Patterson, Augusta, 158.

P
Padilla, 77.
Palmers, Mrs., 121.
Palowski, G., 158.
Paquin, Madame, 99.
Pedro, San, 67.
Perea, 77.
Phillips, Claude, 158.
Picasso, Pablo, 75, 91, 93.
Plandiura, 77.
Platón, 45.
Prieto, Indalecio, 117
Pujols, Frans, 155.
Pujols, Paco, 75.

Q
Quintanilla, Luis, 147.

R
Rasputín, 111.
Regoyos, Darío de, 85.
Reinisch, Karl, 39.
Riquert, A. de, 155.
Robusti, Jacobo, 93.
Romanow-Holstein, Nicolás, 111.
Rostand, 61.
Ruiz, Teniente, 115.
Rusiñol, Santiago, 75.
Rull, 45, 47.
Ruskin, John, 83.

S
Saddler, M. T. H., 157.
Salas, Tito, 45.
Sánchez Díaz, Ramón, 55.
Sand, George, 45.
Sarria, Jesús de, 141.
Sawyer, Philip, 159.
Schopenhaüer, 15.
Segura, Miguel, 77.
Segura, Santiago, 75.
Segurola, Ignacio, 103.
Serrail, General, 137.
Somonte, 145.
Sota, Alejandro, 123, 145.
Sota, Manu, 145.
Stoop, Mr., 44, 50, 101.

T
Tellaeche, Julián, 37.
Theotocopuli, Domenico, 83.
Tintoreto, El, 93.
Tis, 158.
Troisieuer, Juana, 15.

U
Unamuno, Miguel de, 55
Utrillo, Miguel, 75.
Utrillo, Santiago, 77.

V
Valle-Inclán, Ramón M.ª del, 157.
Van Donguen, 147.
«Vélez del Duero, Don Tejón», 53.
Veloz, Martín, 147.
Verlaine, Paul, 45.
Villaamil, Ramón, 131.
Villafranca, Soledad, 47.

W
Whistler, 83, 99.
Whitney, Juana, 15, 17, 27.
Wilde, Oscar, 45, 95, 105.

X
Xenius, 155.

Z
Zaballa, Alejandro, 39.
Zuazagotia, Joaquín, 160.
Zuloaga, Ignacio de, 93, 103, 107.

GUSTAVO DE MAEZTU, por Estanislao M.ª de Aguirre.

Edición numerada de quinientos ejemplares.

Exlibris, por Antonio Guezala.

Caricatura, por Luis Bagaría.

Fotografías, por Linker, Torcida, Espiga y Hoop.

Fotograbados, por Gráfico Hispano, Forgas, Royo y Gráfico Bilbaíno.

Cubierta de cuero repujado, dorado y policromado, por Luis Quintanilla.

Este libro consta de doscientas seis páginas de papel cartón fabricado especialmente para esta obra, por Sucesión Hereditaria de Miguel Rivilla Oteiza, de Cegama. (Guipúzcoa).

Primer volumen de la BIBLIOTECA COLOR

Editado por

MIGUEL DE MAEZTU

Bilbao. Madrid.

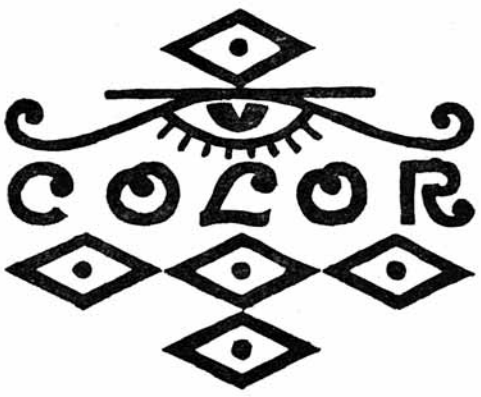
Este libro se terminó el día 1.º de

Diciembre de 1922, en los talleres

de Tipografía y Encuadernación de

ECHEGUREN Y ZULAICA

Bilbao.



NUNCA SE LLEGA; SE VA SIEMPRE.

Chillida Leku
MUSEO MUSEOA